



José Zorrilla

# **María, corona poética de la Virgen**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Zorrilla

## María, corona poética de la Virgen

Al Excmo. Sr. D. Manuel Joaquín de Tarancón, obispo de Córdoba y senador del reino.  
Excmo. e Ilmo. Señor.

La amistad íntima y antigua que habéis dispensado a mi familia, el cariño que me habéis mostrado en mi niñez, los buenos consejos de que os es deudora mi juventud, y el aprecio que habéis hecho de mis obras literarias, me han impulsado a tomarme la libertad de dedicaros mi CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN: esperando que recibiréis mi dedicatoria como leal testimonio de lo honrado que me considero con vuestra generosa amistad, de la buena memoria que guardo de vuestro cariño, del respeto con que he recibido vuestros consejos, y de la alta estimación en que tengo los juicios de vuestra ciencia. Permitid, pues, que aproveche en favor de mi presente obra el prestigio que la dará vuestro ilustre nombre. Sabéis mi historia y conocéis mis extravíos: sé que sois justo al juzgar aquella, y benigno para con estos; leed mis religiosas inspiraciones, como habéis leído mis profanos versos, y comprenderéis el fondo del corazón de vuestro más atento, reconocido y respetuoso amigo.

José Zorrilla.

### Prólogo

Este venturoso siglo de las luces y de la civilización, en que fue voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido más objeto que el de una lucrativa especulación. El nombre de MARÍA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es sólo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devoción del pueblo católico de nuestra España; pero el siglo de las luces y de la civilización, a pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiración espontánea de una devoción sincera, concebida desde la niñez a la Madre de Dios, y a la luz de la fe pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesión que el siglo sabio afectará oírme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasión contemplar a mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse a confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme a su vez servir de mofa a la despreocupación, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado a adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida a un monstruo, que ha esclavizado a su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo a un siglo

que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que sólo existe en su imaginación asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que sin fe, sin creencias, sin religión, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilización, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos o las devociones de la religión en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar a la soledad de la alcoba las demostraciones de una fe, a la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningún pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; sólo los Católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar a entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fe que profesamos: como si las ciencias, la civilización y el progreso social estuviesen en contradicción con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religión hace libres a los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio o de la esclavitud. El sabio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creación, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movable tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan a verdear, busca en su corazón el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos más terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracán, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar a su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARÍA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven a los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado a la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando a gritos a la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y a la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abríseles a cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus pies como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupación tienen al fin que acudir con espanto a la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba ¿por qué yo, más cuerdo y más osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazón el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?

Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaría un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvía mis ojos arrasados de lágrimas a la imagen de MARÍA, invocando su auxilio para que me ayudase a conseguir una gloria profana, que era la ambición de mi juventud, y por

la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir. -«Si yo lograra (decía yo a la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograra un gran renombre que me diera crédito para con mi Nación, yo cantaré tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaré sobre la atención de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes a la de un río fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.»

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambición del niño, para que el hombre cumpla a su vez la oferta que hizo el niño a su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe religiosa.

He tenido además otra razón, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme a la composición de la presente obra. La revolución y las tendencias del siglo, franqueando más ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando a la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debía naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías, cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos de el suntuoso alcázar de una civilizadora ilustración, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas e institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente dirección, germinara y se robusteciera en la fe y en la ciencia, para elevar mañana a la Nación al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demás naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que a hombres más sabios pertenece el escudriñar, vinieron a dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desorden consiguiente a la división del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: el demonio de la especulación y el demonio de la poesía. Del primero ingenios más profundos hablarán en su día; del segundo voy a decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin a parar en torpe sacerdote de su deformado templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria, se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trovadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trobas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces a porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de periódicos de literatura y artes, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, después de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edición esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de más atención y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica a favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo también a la exageración y virulencia de la época; pero juzgado con precipitación, o desapercibido entre los demás, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin

que se había propuesto. Los periódicos políticos, a imitación de los de Francia, abrieron su folletín a las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneración literaria: este era el crepúsculo que debía de haber sido precursor de un día sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del siglo de las luces sofocó las semillas próximas a dar fruto, y la revolución literaria, como la política, por intentar remontarse a más altura de a la que podían subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolución literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el demonio de la poesía embriagó a la juventud, descarriando o embotando su talento, y un enjambre de melencólicos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla a nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¡Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada sólo de un capitán prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseía. ¡He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulación desordenada, y que asiendo con brío el timón de aquella hermosa nave, próxima a salir del astillero para ser votada a la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desorden: la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja e inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generación de poetas, se encastillaron en el silencio, o se adormecieron en la inacción indignados o sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, a cantar imaginarios pesares, en composiciones notables sólo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el demonio de la poesía se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil, y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbión de poetastros. Pronto tuvieron los más que reducirse a ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron a la ribera asidos a las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reacción comenzaba a efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se había estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. El demonio de la poesía extendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados sólo por sus rizados cabellos y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, o de la favorita de un príncipe Musulmán.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni a mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya a Dios gracias en aquellos lamentables días.

Basta empero lo expuesto para explicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composición de mi libro de MARÍA. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar a la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volumen tras de volumen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestión de velocidad o de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente a las manos un volumen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda, fui más leído que otros autores que en conciencia valían más que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela a cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona a mis errores y extravagancias, y que pone mis versos a cuestión de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía a alguna feliz combinación de palabras, o destruyendo la solidez de construcción, que logro dar alguna vez a pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones tuyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precisión. Lo mismo sucede a los demás escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputación que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparición en la escena literaria: pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir a la perdición de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) a la perdición de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme a la poesía sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán a la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fe sincera, serán atendidos en el cielo aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraíso después de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien; puesto que, dando a mi escuela dirección tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razón de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta explicación a los que tienen fe literaria.

En cuanto al mérito e importancia que pueda yo atribuir a esta obra mía, poco tengo que decir; los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. MARÍA es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como a sus demás obras: el cristiano la tiene en tanto como a su salvación.

Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretensión de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARÍA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro, a pasar por erudito a los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son

conocidos de todo el mundo, y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en explicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, e insuficiente de todo punto para llevar a cabo el divino pensamiento del libro de MARÍA, declaro que le someto sin restricción al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra a estampar en el contesto de mi obra alguna proposición, alguna idea o alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero que se las considere como no proferidas.

José Zorrilla.

Madrid 1.º de Enero de 1849.

## Introducción

Voy a contaros la divina historia  
de una mujer a quien el alma mía  
adora, y de quien son nombre y memoria  
objetos para mí de idolatría.  
Bella cual la esperanza de la gloria,  
no se aparta de mi noche y día  
su casta imagen: mi pasión, mi dueño,  
con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora:  
la conocí y la amé desde tan niño,  
que de mi infancia dividí la aurora  
entre mi madre y ella mi cariño.  
Su imagen tuve en mi primera hora  
en frente de mi cuna: el desaliño  
del lecho maternal me la dejaba  
ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fue el primero que mi labio  
aprendió a balbucear: nombre tan suave,  
que se le hiciera al compararle agravio  
al son del agua y al trinar de el ave.  
La ciencia ruin de el Universo sabio  
otro más dulce componer no sabe:  
porque es su nombre bálsamo que calma  
el mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura  
percibiendo la luz del nuevo día:  
vaga en las nieblas de la noche oscura:  
reposa en un rincón del alma mía.  
Yo le invoco en mis horas de amargura,  
le bendigo en mis horas de alegría;  
tres veces cada sol mi fe Cristiana  
le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano  
Satán huyendo amedrentado ruge  
y el alma suelta que apresó su mano:  
el mar se aduerme, que soberbio muge:  
tórname el huracán aire liviano:  
espira el trueno, que rodando cruje;  
se disipa en la atmósfera la peste,  
y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero  
sabe ya que le adoro: yo le he escrito  
mil veces en mis versos y le quiero  
escribir otras mil. Nombre bendito,  
luz de mi fe, de mi placer venero,  
quiero que halle en mi voz eco infinito,  
quiero que dure más que mi memoria,  
quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave  
para que el polvo de mi ser reciba  
sobre la piedra funeral se grave:  
quiero que el dedo del amor le escriba  
sobre mi corazón, para que lave  
con su pureza mi maldad nativa:  
porque la tierra, a su vital contacto,  
deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mía,  
celebrar a la faz de el Universo  
de este nombre la santa poesía,  
con voz solemne y cadencioso verso.  
Quiero el viento llenar de la armonía  
de este glorioso nombre, y que disperso  
por sus espacios mi cantar resuene,  
y que su nombre el Universo llene.

Azucenas de abril, dad a mi aliento,

al pronunciar su nombre, vuestro aroma:  
auras de la arboleda, el suave acento  
dadme del ruiseñor y la paloma,  
en palabra al tornar mi pensamiento:  
plantas donde su miel la abeja toma,  
dadme de vuestros jugos la dulzura  
al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad a su nombre terrenales  
cantares y profanas relaciones:  
desvaneceos vientos mundanales  
que embravecéis el mar de las pasiones:  
venid a oírme y preparad, mortales,  
a la luz y al placer los corazones,  
porque en verdad os digo que es su historia  
más grata que los himnos de la gloria.

Venid a mí, los que creéis que existe  
otro mundo mejor que nuestro mundo:  
venid, los que buscáis la sombra triste  
del solitario altar, en lo profundo  
del templo abandonado, que resiste  
al vendaval del siglo furibundo:  
venid y os bañaréis en la ambrosía  
del dulcísimo nombre de MARÍA.

MARÍA, emanación del puro aliento  
del infinito creador: MARÍA,  
augusta emperatriz del firmamento,  
gozo del triste, del perdido guía,  
madre buena de el huérfano, alimento  
del alma casta, luz que en la agonía  
más allá del sepulcro, en lontananza  
alumbra la región de la esperanza.

MARÍA, arca sellada, guardadora  
del tesoro inmortal de la clemencia  
de Dios; ser de su ser, fe del que ora,  
santuario del pudor, de la inocencia  
pabellón perfumado, sombreadora  
palma triunfal del Gólgota, excelencia  
de los mundos creados, poesía  
del paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto,  
tal es el nombre y la mujer que adoro:  
yo me prosterno ante su nombre santo,

y a la señora de los cielos oro.  
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,  
que nada soy para quien es no ignoro:  
mas me infundió mi madre su cariño  
y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!  
voy a ser el cantor de tu existencia:  
mas tus ojos alumbran el oriente,  
los astros de placer a tu presencia  
tiemblan, corona el sol tu regia frente,  
calza tus pies la luna, tu excelencia  
no alcanza a comprender la criatura...  
¿qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás a darme  
para hablar de tu gloria soberana:  
tú me darás vigor, para elevarme  
sobre el turbión de la impiedad mundana;  
tú vendrás con tu manto a cobijarme  
cuando al morir me den tumba cristiana,  
y yo a tus pies invocaré tu nombre  
libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que vivo,  
y Dios, mi fe para cantar, me ha dado  
gigante voz corazón altivo:  
el siglo, pues, me escuchará asombrado  
cantar la fe de mi país nativo,  
tal vez por su tormenta arrebatado,  
mas de la fe de mis creencias lleno  
con firme voz y corazón sereno.

## Primera parte

En el nombre de Dios, a cuyo acento  
brotó obediente cuanto alumbró el día,  
y cuanto más allá del firmamento  
existe, ser tomando en la ambrosía  
de su divino creador aliento,  
empiezo aquí la historia de MARÍA.  
¡Ojalá que la fe de mi palabra  
vuestra alma alumbre y el Edén os abra!

Dulce Señora, celestial MARÍA,  
tu nombre purifica cuanto toca:  
tu nombre al pronunciar la lengua mía  
haz que sean, amor mi poesía,  
fuego mi corazón, oro mi boca.

Libro primero  
Nazaret

Señor de Roma Augusto, y de Judea

Herodes, extranjero cuya cuna  
sombreadaron los cedros de Idumea,  
gemía lamentando su fortuna  
en vil esclavitud la raza Hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros días  
de libertad y gloria señalaron  
las antiguas y santas profecías,  
y sus días a término llegaron  
comenzando a brillar los del Mesías.

El universo ante el poder Romano  
se humillaba vencido, y de su mano  
recibía en silencio nombre, leyes,  
ritos, tributos, términos y reyes,  
sujeto a su capricho soberano.

Jerusalén, la reina que ostentaba  
coronada la frente en algún día  
y señora de reyes se llamaba,  
sobre su frente impreso como esclava  
el sello real de su señor tenía.

Decoraban las águilas Romanas  
sus puertas, defendidas por soldados  
extranjeros; corría en sus mercados  
la moneda del César, y ¡cuán vanas!  
lágrimas de sus ojos desdichados.

El oro de sus ricos mercaderes  
iba a Roma con nombre de tributo  
para pagar del César los placeres;  
y daban, de su amor al dar un fruto,  
un soldado Romano las mujeres.

Mas esperaba en el silencio un día  
de regeneración la raza Hebrea:  
esperaba aquel sol que la traería  
un rey que su poder la volvería,  
un rey libertador de la Judea.

¡Mísero pueblo de Judá! esperaba  
un rey que al son de la broncínea trompa  
a Roma hiciera de Salem esclava,  
y al prometido rey imaginaba  
del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Mísero pueblo de Judá!-delante  
de ti tuvistes a tu rey: le vistes  
ir entre palmas a Salem triunfante,  
y ¡oh multitud imbecil! tú ignorante  
al rey libertador no conocistes.

¡Mísero pueblo de Judá! en tus ojos  
tu avaricia febril puso una venda,  
y Dios te ha condenado en sus enojos  
a vender de tu herencia los despojos  
de lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces de un valle en la angostura  
entre el monte Tabor y el del Carmelo,  
yacía Nazaret, aldea oscura  
por un arroyo hendida, que frescura,  
sombra y fertilidad daba a su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,  
umbrosos sauces y sonoras cañas,  
eran abrevaderos de palomas;  
y huertos mil ornaban sus montañas  
de uvas cargados y fragantes pomos.

Canastillo aromático de flores  
asemejaba la escondida aldea,  
guardada entre dos cerros protectores;  
y olvidada tal vez de sus señores  
era la más feliz de la Judea.

Y he aquí que en el retiro de esta villa  
habitaba un varón justo y prudente,  
partiendo su existencia sin mancilla  
con una esposa que, como él sencilla,

era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:  
la dulce paz de su modesta casa  
imagen era de la paz del cielo:  
su fe era pura, sin ficción su celo  
por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia exentos, de ambición y encono,  
la oración de sus almas ascendía  
libre de Dios hasta el excelso trono:  
y Dios al aceptarla bendecía  
su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra  
¿qué corazón no amarga algún secreto?  
¿qué espíritu un pesar en sí no encierra?  
Ninguno: al pecho del mortal se aferra  
el dolor al nacer, y a él va sujeto.

Aquel varón justísimo, intachable,  
aquella esposa púdica, sencilla,  
su morada pacífica, envidiable,  
cual raza vil, cual antro abominable  
mirados eran en su propia villa.

Nadie a Joaquín con su amistad brindaba,  
nadie a su esposa Ana por ejemplo  
proponía a sus hijas, ni trataba  
con las mujeres ella, ni pasaba  
del pórtico exterior cuando iba al templo.

Su ardiente fe, su caridad sincera,  
su honda piedad por el Señor bendita,  
una existencia de virtud entera,  
infamante padrón en ellos era,  
cual si les diera ser casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza  
y abandono tal se contemplaban,  
oriundos de tal raza y de nobleza  
tal, que los primogénitos llevaban  
de su casa corona en la cabeza.

Vástagos eran cuya raza pura  
del regio trono de David manaba  
aquellos, que vertían en la oscura

soledad por sus ojos la amargura  
de la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril: de su sangre fría,  
de su inútil amor no nacería  
el rey libertador de la Judea;  
esa es la hiel mortal que su alma cría:  
ese el baldón que su virtud afea.

Por eso lloran de vergüenza llenos  
la pena infame, de la culpa ajenos,  
en su mansión oscura y solitaria  
Ana y Joaquín; mas nunca de los buenos  
desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama a los que lloran  
resignados el mal que les envía;  
Dios escucha benigno a los que oran  
con fe leal, y a los que a Dios adoran  
no les olvida Dios un solo día.

Libro segundo  
La Purísima Concepción de María  
(8 de Diciembre)

El Ángel del Sueño

Es alta noche. En el valle  
donde oculta se guarece  
y en que eterna prevalece  
juventud primaveral,  
Nazaret, entre los huertos  
donde su ambiente se aroma,  
duerme como una paloma  
que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,  
la luna brilla en el cielo  
derramando sobre el suelo  
argentino resplandor;  
y de su Dios en los brazos,  
a su luz tibia, reposa  
la tierra como una esposa  
en los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,  
pabellón de astros bordado!  
Dios os tiende como un velo  
de la tierra en derredor:  
y detrás del cortinaje  
de esa tienda de reposo,  
como padre cuidadoso  
vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿quién a mirarte  
levantar puede sus ojos  
sin caer ciego de hinojos  
a los pies de Jehová?  
Tus estrellas son las lámparas  
con que alumbra su santuario,  
y el espacio solitario  
de su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio  
de la noche sumergido:  
calla el aire adormecido  
bajo el césped; el rumor  
de las inmóviles hojas  
yace mudo, y solamente  
se oye del agua corriente  
el son adormecedor.

En esta calma solemne,  
de vida y de movimiento  
exhausta, que ni el lamento  
interrumpe más fugaz,  
con dulce sueño que aduerme  
los pesares en su pecho,  
Ana y Joaquín en su lecho  
reposan también en paz.

Castos, fieles, cariñosos,  
veinte años ha que le parten  
como ejemplares esposos  
en salud y enfermedad.  
Veinte años ha que dividen  
el lecho nupcial, y veinte  
que vela constantemente  
sobre él la esterilidad.

Veinte años ha que al dormirse

demandan orando al cielo  
alivio en el desconsuelo  
de su soledad sin fin,  
y veinte años ha que solos,  
al reposo al entregarse  
y a la luz al despejarse,  
se encuentran Ana y Joaquín.

Y veinte años atestiguan  
con bien claro testimonio,  
que su infausto matrimonio  
bendecir no plugo a Dios:  
y se duermen bajo el peso  
del baldón que les alcanza,  
entrambos sin esperanza,  
mas resignados los dos.

¡Miseros juicios del hombre  
que en el error siempre vive,  
y los juicios que concibe  
siempre falsos ve salir!  
¡Ay! en su ciega ignorancia  
de sí mismo nada sabe!  
solo Dios tiene la llave  
de su oscuro porvenir.

He aquí que mientras en sueño  
sumergido yace el mundo,  
en el silencio profundo  
de aquella nocturna paz,  
con vuelo apacible y lento  
que movió apenas el viento,  
cruzó la atmósfera límpida  
un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano  
dejó de una luz de rosa  
una huella luminosa  
que al ambiente esclareció:  
y que cual brillo fosfórico  
de exhalación de verano,  
sumida en el aire vano  
al punto se disipó.

Era el ángel misterioso  
del sueño: al rumor sonoro  
de sus alas, los de oro,

los de hierro hace brotar.  
Dios a la tierra le envía  
con los tristes o halagüeños,  
cuando Dios quiere en los sueños  
sus misterios revelar.

Es el más vaporoso,  
más vago, más indeciso  
que nació en el paraíso:  
su ser, su forma y color  
son tan indeterminados  
que Dios solo les percibe,  
y es el ser que de Él recibe  
ser de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes  
en un apartado espacio,  
mora este ángel un palacio  
que no visitan jamás  
ni los justos, ni los ángeles,  
porque su atmósfera espesa  
sobre las potencias pesa  
y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico,  
donde solo este ángel vive,  
nunca ruido se percibe:  
ni una voz, ni un eco en él.  
Unos bosques ondulantes  
le circuyen en contorno,  
y a su parque presta adorno  
un quimérico vergel.

Los espíritus más bellos,  
las imágenes más puras  
de los gozos y venturas  
de la gloria y del placer,  
atraviesan silenciosas  
estos bosques y jardines,  
y una vez por sus confines  
se las logra sólo ver.

Las que pasan nunca tornan:  
de una vez se desvanecen,  
y ningunas se parecen  
aunque hermanas todas son;  
y si más tenaz alguna

otra vez cruza o asoma,  
un contorno nuevo toma  
y otra faz, y otra expresión.

Mas tal vez en lugar de estos  
espíritus deleitosos,  
mil espectros temerosos,  
tristes sombras mil y mil  
pueblan estos densos bosques,  
y al impulso de un encanto  
misterioso, dan espanto  
al valor más varonil.

Pero todos estos seres  
que devoran en silencio  
el dolor o los placeres  
de esta incógnita región,  
y el alcázar y las selvas  
en que mora eternamente  
este ángel, de la mente  
son ficciones, sueños son.

De las plumas de sus alas  
estos sueños guarecidos  
con él van, y repartidos  
a su antojo son por él;  
y al pasar sobre la tierra  
donde ejerce su destino,  
va dejando en su camino  
a este el dulce, el triste a aquel.

Sin ser nunca percibido  
se introduce donde quiera,  
y en silencio se apodera  
de la vida universal;  
cuanto en agua, tierra, fuego  
y aire existe le obedece:  
todo al soplo se adormece  
de su hálito letal.

Y la fiera como el ave,  
el reptil como el gusano,  
a su influjo soberano  
caen rendidos sin vigor:  
de él se exhalan contagiosos  
los miasmas del beleño,  
y a su voz ceden al sueño

desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente  
este espíritu invisible  
cernió su vuelo apacible  
sobre el ameno confín  
de Nazaret un momento,  
y batiéndole sin ruido  
se perdió desvanecido  
sobre el techo de Joaquín.

A no pesar sobre el mundo  
la letárgica influencia  
de su mágica presencia  
y de su poder letal,  
comprendiera, de pavora  
y de respeto temblando,  
que se estaba allí efectuando  
un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida  
todo el valle iluminaba,  
el contorno circundaba  
de la casa de Joaquín,  
y un aroma desprendido  
de sus muros se extendía,  
como darle no podía  
Babilónico jardín.

Un murmullo soñoliento,  
tan armónico y tan suave  
como sólo en voces cabe  
de concierto celestial,  
resonaba en todo el valle,  
y su místico sonido  
no cabía en el oído  
de ningún débil mortal.

Aquel globo refulgente  
cuya esencia creadora,  
cuya roja luz viviente  
su morada circundó,  
del contacto corrompido  
de la torpe raza humana  
a Joaquín un punto y a Ana  
misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo  
de su ardiente cortinaje  
y el angélico mensaje  
comprender de Jehová?  
Nadie: nunca; su palabra  
manantial de fe y de vida  
por el ser sólo es oída  
a quien dicha por él va.

Del celeste mensajero  
los contornos vaporosos  
vieron sólo los esposos  
en un sueño celestial,  
y ellos sólo percibieron  
su presencia vagarosa  
a la luz de oro y de rosa  
de su auréola inmortal.

Dirigida al ser de entrambos;  
en su oído solamente  
resonó la voz viviente  
de la mística visión,  
y sus ánimas tan sólo  
de su místico mensaje  
comprendieron el lenguaje  
y el valor de tal misión.

«¡Alegraos! dijo el ángel  
»a los cándidos esposos.  
»¡Alegraos, que dichosos  
»vuestros días lucirán!  
»¡Ana, alégrate! Una hija  
»tu infecundo seno encierra,  
»que a reinar va en cielo y tierra  
»bajo el nombre de Miriam.

»Ana estéril, de mi aliento  
»tu fecundo ser recibe:  
»¡Regocíjate y concibe  
»a la voz de Jehová!  
»de la hija que te nazca  
»en el tálamo fecundo,  
»nacerá, Señor del mundo,  
»el monarca de Judá.»

Dijo el ángel y a su soplo  
fecundado de Ana el seno

concibió, del germen lleno  
de la esencia de Miriam.  
Tornó el vuelo a alzar el ángel  
y con santo regocijo  
sonriendo le bendijo  
en su tumba el viejo Adán.

La natividad  
(8 de Setiembre)

Y con el nuevo sol se levantaron  
los que la voz de Dios soñando oyeron,  
y ante la faz de Dios se prosternaron  
los que en su gran poder su fe pusieron;  
y Ana y Joaquín ante su Dios oraron  
cuando tan altos ante Dios se vieron,  
y la mujer, hablando en su alegría  
con Dios y con el mundo, así decía:

«Oídmme: cantaré las alabanzas  
del Dios de mis mayores:  
del que apartó de mí las asechanzas  
de mis perseguidores.

Él descendió desde su inmensa altura  
hasta su humilde esclava,  
e hizo de mí apartarse con pavora  
la muchedumbre prava.

Para que confundiera su malicia,  
me dió su omnipotencia  
fruto de bendición y de justicia,  
fecundo en su presencia.

¿Quién a los hijos de Rubén ahora  
dirá que madre es Ana?  
¿Cúya será la voz propaladora  
del triunfo de la anciana?

¡Oíd, vírgenes, madres y varones  
del pueblo preferido!  
¡Oíd extrañas gentes y naciones:  
la anciana ha concebido!

Venid a ver la milagrosa infanta,

la flor de las doncellas.  
Venid a ver la Reina cuya planta  
camina sobre estrellas.

¿Quién como yo, Señor, tus santos dones  
numerará, prolijos?  
Adorados serán por las naciones  
los nombres de mis hijos.»

Así decía la feliz esposa  
fecunda por la gracia soberana:  
y así avanzaba la preñez dichosa  
de la escogida entre las madres Ana.

Y a su término así, día por día  
conducida por Dios, llegó la hora  
en que a la luz mortal nació MARÍA,  
a ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!  
¡Oh favor sobre todos excelente!  
¡Oh beneficio inmenso, inestimable  
de la bondad de Dios Omnipotente!  
Regocíjate ¡oh siervo miserable  
del pecado y la muerte! ya el oriente  
alumbra de tus días una aurora  
de libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,  
ángel bajo de humanas vestiduras,  
flor de pureza, virgen sin mancilla,  
divina entre terrestres criaturas,  
belleza que ante Dios ufana brilla  
sobre cuantas celestes hermosuras  
creó y de cuya espléndida persona  
son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nacía  
de este mundo al dolor y a la pobreza  
sin la pompa, el aplauso y la alegría  
con que ensalza su mísera grandeza  
el orgullo mortal, porque venía  
a quebrantar la bárbara cabeza  
de la orgullosa sierpe con la planta  
de su casta humildad, de su fe santa.

Nació, como el divino mensajero

de Jehová se lo anunció a la esposa,  
la divina Miriam, y el mundo entero  
la saludó al nacer Reina gloriosa;  
y en el instante de su ser primero  
ante su aparición maravillosa  
la eternidad y el tiempo se pararon  
y en muda admiración la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo  
bajó hasta Nazaret, abrió camino  
desde la gloria hasta el oscuro suelo  
a la corte inmortal del Rey divino.  
De adorar a su Reina con anhelo  
todo celeste ser por ella vino,  
y ante Miriam se prosternó un momento  
la excelsa población del firmamento.

La tierra ante su Reina de alegría  
saltó como un cordero: la pureza  
de su aliento, que aromas esparcía,  
la rejuveneció, y su gentileza  
recobrando total con su alegría  
nuestra madre común naturaleza,  
de sus bosques, sus ecos y sus mares  
la arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura  
el aura matinal: de frescas flores  
se cubrió de los montes la espesura  
y el desierto erial: los ruiseñores,  
las palomas y tórtolas, la pura  
atmósfera encantaron, y, en primores  
compitiendo, ostentose por do quiera  
del otoño a la par la primavera.

Ebrio de gozo el universo entero  
bebió el aliento de Miriam hermosa,  
en el instante de su ser primero  
su presencia al sentir maravillosa.  
El solo ser por quien nacía empero,  
sólo el hombre ignoró su misteriosa  
aparición, y reales ovaciones  
no hicieron a su Reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adán, que la veían  
nacer de labradores sin fortuna,  
la madre de su Rey no comprendían

naciendo en la humildad sin pompa alguna,  
porque colchas de Egipto no cubrían  
el puro lecho de su humilde cuna,  
ni estaba de oro y nácar incrustada  
ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron  
con maderas preciosas que pulieron;  
con mimbres, que en su huerto se cortaron,  
las manos de sus padres se la hicieron:  
con flores, que en su huerto se criaron,  
pabellón campesino la tejieron,  
y en la triste región de los dolores  
coronada no más entró de flores.

Mística flor de celestial frescura  
sembrada en el desierto de la vida,  
se abrió de su arenal al aura impura  
como silvestre flor desconocida.  
Toscas pañales de grosera hechura  
ciñeron a la real recién nacida,  
de cuyo seno virginal fecundo  
nacer debía el Redentor del mundo.

Flor pura y bella más que cuantas flores  
pueden criar jardines terrenales,  
sus hojas desplegar, dar sus olores  
debía entre los duelos mundanales;  
por eso, de sencillos labradores  
naciendo, de sus labios virginales  
las primeras palabras que salieron  
para los pobres e ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no vían  
sino una esclava más que Dios enviaba  
entre ellos, y sus hembras se afligían  
por el destino de la nueva esclava.  
Ana y Joaquín empero, que sabían  
el inmenso tesoro que fiaba  
a su cuidado paternal el cielo,  
su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia  
gozaban de su célica presencia:  
ellos solos sabían que su infancia  
alcanzaba perfecta inteligencia.  
Dios derramó sobre ella la abundancia

de sus gracias sin fin, y su existencia  
ni pasó por la infancia, ni doctrina  
necesitó: nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,  
su alma de la ignorancia del pecado  
fue libre, y fue sin enseñanza lenta  
su entendimiento puro iluminado.  
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta  
el trono a que la había destinado,  
y atendiendo a su excelsa jerarquía  
Dios la llamó Miriam, Judá MARÍA.

Iris de paz, de dicha mensajera,  
sello entre Dios y el hombre de alianza,  
fanal que alumbra su vital carrera,  
lucero anunciador de la bonanza,  
fuente de amor y caridad sincera  
y de fe incontrastable y esperanza  
inextinguible, y manantial de vida...  
Tal fue MIRIAM en Nazaret nacida.

El dulce nombre de María  
(13 de Setiembre)

¡Estrella de la mar, virgen MARÍA,  
de la infinita creación Señora!  
tu nombre es un raudal de poesía,  
de fe, vida y placer engendradora:  
y al corazón del hombre da alegría,  
miel a sus labios, música sonora  
a su oído, a su ánima consuelos  
en el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música más grata  
que cuantas escuchó la baja tierra.  
Cuantos ecos la atmósfera arrebató  
en bosque o llano, población o sierra:  
cuantos el viento en su extensión dilata  
robándoles al mar que les encierra,  
no imitaron jamás la melodía  
del dulcísimo nombre de MARÍA.

Yo quisiera encontrar en mi garganta  
sonidos y palabras celestiales  
para explicar la melodía santa  
que atesora su nombre a los mortales.  
¿Mas su nombre inmortal cómo se canta  
con lengua y con palabras terrenales?  
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre  
la miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura  
no manche su esplendor cuando le alabe,  
ni encarecer su mística dulzura  
torpe la humana inteligencia sabe,  
ni en comprensión de humana criatura  
la concepción de su excelencia cabe;  
ni osar puede a tan gran merecimiento  
más que la fe que asalta el firmamento.

Perdona, pues, emperatriz divina,  
si para celebrar tu nombre santo  
conceptos de él indignos imagina  
mi comprensión al elevar mi canto.  
Perdona si mi voz se determina  
a ponderar tu nombre excelso tanto  
con miserables símiles profanos  
y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores  
que componéis la mágica armonía  
del globo universal: susurradores  
murmillos de la noche, melodía  
de los ecos del valle, zumbadores  
gemidos de las auras, poesía  
del son con que la hoja, el agua, el ave,  
en lengua hablan a Dios que Él solo sabe:

Prestad a mi garganta  
el acordado ruido  
de vuestra lengua santa  
de Él solo comprendido:  
la voz que sólo para Dios levanta  
cuanto con voz por Él creado ha sido.  
Prestádmela un instante  
porque la lengua mía  
como vosotros cante,  
y mi bárbara y tosca poesía

embelese la tierra,  
procurando imitar la melodía  
que en sus letras suavísimas encierra  
el dulcísimo nombre de MARÍA.

Nombre de bendición y de esperanza,  
como expresivo santo,  
mayor que todo extremo de alabanza,  
de admiración y canto,  
abarca y simboliza  
en la expresión que encierra  
cuanto la débil existencia hechiza,  
cuanto del sumo cielo a ver alcanza  
el mísero mortal desde la tierra.  
Nombre más grato al alma y más sonoro  
que la conmovedora salmodia  
que, en la nave del santo monasterio  
alza de monjes reverente coro,  
la fiesta honrando de solemne día  
con los sonos del órgano y salterio;  
más grato que el arábigo perfume  
que allí aventado en incensarios de oro  
ante el altar brillante se consume,  
cuyo humo azul en espiral se eleva  
por el aire incoloro,  
que a las sagradas bóvedas le lleva.  
Consuelo del que llora,  
del extraviado guía,  
para el alma apenada que le implora  
es ámbar y ambrosía;  
y más que nombre bálsamo divino,  
el erial de la vida fertiliza  
y en la carrera del mortal destino  
alivia las fatigas del camino  
y las llagas del alma cicatriza.  
Más deliciosa que la mansa calma  
tras huracán bravío y estridente;  
más que en el haz del arenal ardiente  
la sombra de la palma  
¿Quién explicar ni comprender sabría,  
ni con qué a comparar se atrevería  
en el lenguaje mundanal mezquino,  
el misterio secreto, peregrino  
del dulcísimo nombre de MARÍA?

¿Oísteis por ventura  
en la nocturna soledad serena

cantar en la espesura  
de la floresta amena  
a la alegre y canora filomena?  
¿La oísteis en el viento  
mezclar el suave acento  
de su amoroso pío.  
con el trémulo son de la onda pura,  
con que el sonoro río  
fecunda de los olmos la verdura?  
Pues más dulce es aún que la armonía  
del son del agua y del cantar del ave  
la melodía mística y suave  
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Habéis guiado acaso  
del mar por las orillas  
el descarriado paso,  
las blancas arenillas  
con distracción pisando,  
la música escuchando  
y el manso movimiento  
absortos contemplando  
del oleaje lento  
con que la mar en calma  
distrae el pensamiento  
e infunde, sus recuerdos inquietando,  
memorias melancólicas al alma?

¿Habéis prestado oído  
al hervoroso ruido  
de la flotante espuma  
que deja en el arena,  
y que, antes que se suma  
entre sus granos, suena  
con bullidor murmullo,  
a cuyo vago misterioso arrullo  
embebecida el alma se adormece?  
Pues música más dulce es todavía  
que la del mar que arrullador se mece  
para aquel que le invoca con fe pía  
el dulcísimo nombre de MARÍA.

¿Imagináis por suerte  
del náufrago espirante  
que lucha con la muerte,  
cual es la penetrante  
y rápida alegría,  
si ve poco distante

la nave protectora cuyo amparo  
cable oportuno y salvador le envía?  
¿Imagináis el ansia con que avaro  
de salvación aprieta el cabo suelto?  
¿Concebís el placer con que respira  
al percibir que el cable le retira  
de la salobre mar, y cuando vuelto  
en sí, seguro en el bajel se mira?  
Pues es más dulce al corazón humano  
náufrago errante por la mar sombría,  
de la miseria y del dolor mundano,  
invocar el auxilio soberano  
del dulcísimo nombre de MARÍA.

¡Dichoso quien le adora!  
¡feliz quien en él fía!  
Dulce será su postrimera hora  
y dulce su agonía;  
y al cerrarse sobre él la sepultura  
para emprender temblando de pavora  
de la tremenda eternidad la vía,  
MARÍA de su alma protectora  
alumbrará su eternidad sombría.

## Plegaria

MARÍA, cuyo nombre  
como conjuro santo  
ahuyenta con espanto  
la saña de Luzbel,  
escribeme en el pecho  
tu nombre omnipotente,  
porque jamás intente  
aposentarse en él.

MARÍA, Soberana  
de cuanto el orbe encierra,  
rocío de la tierra,  
estrella de la mar,  
tu nombre misterioso  
será el fanal tranquilo  
que alumbrará el asilo  
de mi terreno hogar.

MARÍA, cuyo nombre  
es fuente de pureza  
que lava la torpeza  
del frágil corazón,  
tu nombre será el agua  
que el mío purifique  
de cuanto en él radique  
maligna inclinación.

MARÍA, luz del cielo  
cuya brillante esencia  
es luz de toda ciencia,  
y del saber raudal,  
tu nombre sea antorcha  
cuyo fulgor ahuyente  
de mi acotada mente  
la lobreguez letal.

MARÍA, a cuyo nombre  
es música más suave  
que el cántico del ave  
y que del agua el son,  
tu nombre sea fuente  
do beban su armonía  
mi tosca poesía,  
mi pobre inspiración.

MARÍA, a cuyo nombre  
la divinal justicia  
al pecador propicia  
se inclina a perdonar,  
tu nombre sea, cuando  
la eternidad se me abra,  
la última palabra  
que exhale al espirar.

La presentación  
(21 de noviembre)

- I -

Arrastraba el Cison sus orgullosas  
corrientes, que a los turbios vendavales  
del equinoccio hervían espumosas,  
sus fértiles riberas deleitosas

inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina  
de nieves en la cima gigantea  
del Carmelo, y la escarcha matutina  
cubría con su alfombra cristalina  
la llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron  
de Salem el camino trabajoso:  
y huyen del invierno riguroso  
atravesar los valles resolvieron  
sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras  
y los desnudos montes de Samaria,  
cuya tierra fecunda en quebraduras,  
torrentes espumosos y en oscuras  
cuevas, jamás fue al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo  
por la dulce pendiente embalsamada  
entraron de Sarón en la llanura,  
que es el más fértil y salubre suelo  
que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas  
aromáticos cedros y palmeras  
cimbradoras, y espesos abedules,  
tilos de flores cárdenas y azules,  
ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura  
el plátano, delicia de los valles,  
y el viejo olivo de inmortal verdura  
sombra a las cepas da jugo y frescura,  
formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas  
terebintos, abetos y granados,  
brotan allí jaspeadas clavellinas,  
renúnculos y rosas purpurinas,  
cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la región y es todavía  
por donde lentamente caminaban  
los venturosos padres de MARÍA:

y por gozar sus auras y alegría  
el camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia  
para con Dios, sus pechos paternos  
en el tiempo al pensar de aquella ausencia  
sentían asaltar ansias mortales,  
su vejez preveyendo y su indigencia.

Así un día tras otro su camino  
a la santa ciudad siguiendo fueron  
y desde un cerro a la ciudad vecino  
al resplandor del astro matutino  
un día de Salem las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas  
de el sol del mismo día, por la puerta  
entraron de Efraim y por sinuosas  
y angostas callejuelas tenebrosas  
dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquín bien avanzada,  
largo el viaje, el camino fatigoso,  
de la puerta oriental en retirada  
mansión, de gente mísera posada,  
se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje  
buscó Joaquín los cándidos presentes  
del religioso y sólito homenaje,  
de la familia de Ana y su linaje  
convocando a la par a los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla  
que debía servir de ofrenda pura,  
y de harina un gomor cuya blancura  
excedía a la nieve que al sol brilla  
del empinado Líbano en la altura;

Subió la numerosa comitiva  
con espléndidos trajes adornada  
del Dios Omnipotente a la morada,  
y a su frente marchaba con fe viva,  
superior a su edad, la presentada.

En el patio exterior a do primero  
llegaron, que jamás traslimitaba

bajo pena de muerte el extranjero,  
ante el dorado pórtico severo,  
de gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales  
eran, los sapientísimos doctores  
de la ley, fariseos fingidores,  
Levitas, magistrados, generales  
y matronas ilustres y señores:

Pues quiso Jehová que la dichosa  
Virgen que por recónditos caminos  
venía destinada a ser su esposa  
llegase a su morada suntuosa  
con pompa conveniente a sus destinos.

- II -

Detuvo el paso lento  
la fausta comitiva  
tocando el pavimento  
del encumbrado Chel,  
y la profana gente  
la faz humilló altiva  
ante la faz ardiente  
del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta  
giró sobre sus gonces:  
entró Miriam incierta  
del sacerdote en pos  
y pudo el pueblo entonces  
mirar por un instante  
el fondo centelleante  
de la mansión de Dios.

Sus bóvedas doradas  
con oriental riqueza,  
sus piedras afirmadas  
con llantas de metal,  
sus sólidos pilares  
do apoyan en su alteza  
los techos tutelares  
del Santuario real.

El pórtico sagrado  
pasó Miriam: su planta

en la comarca santa  
siguieron nada más  
sus padres y parientes,  
y víctima más pura  
en su real clausura  
no penetró jamás.

En el umbral postrero  
de un patio donde crecen  
el verde limonero  
de amarillenta flor,  
el tamarindo umbroso  
y el lauro, que estremece  
con ruido sonoro  
su perennal verdor,

Los viejos sacerdotes  
y los Levitas graves,  
de cánticos suaves  
y del salterio al son,  
a recibir salieron  
a la sin par MARÍA,  
que a Jehová ofrecía  
su casto corazón.

Fue el blanco corderillo  
sacrificado: el fuego  
de sus entrañas luego  
la carne consumió:  
se hicieron libaciones  
de aceite, sangre y vino  
ante el altar divino  
do el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,  
los destrozados restos  
de la inmolada víctima  
se hicieron repartir,  
según de aquellas gentes  
costumbre, a los parientes  
de Ana, que sus lágrimas  
no acierta a reprimir.

Tendieron de MARÍA  
sobre la real cabeza  
un velo, de pureza  
virgínea señal

como la nieve blanco,  
mas de menor blancura  
que la inocencia pura  
de su alma virginal:

Y el viejo Zacarías  
que, Sacerdote Sumo,  
entre una nube de humo  
sagrado apareció,  
desde el umbral, propicio  
la víctima aceptando,  
de Dios para el servicio  
la Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos  
los maternos lazos,  
tomando entre sus brazos  
a la hija de su amor,  
condujo a sus pies Ana  
a su gentil MARÍA,  
tan llena de alegría  
como ella de dolor.

«Señor, dijo la madre,  
a Dios traigo en ofrenda  
de bendición la prenda  
que dio a mi ancianidad.  
A Dios la consagramos  
y Dios nos la reclama:  
nosotros acatamos  
su santa voluntad.»

El Sacerdote alzando  
a la postrada anciana  
la dijo: «vuelve Ana  
a tu tranquilo hogar:  
al que de Dios guarece  
la protección Suprema  
bajo su amparo crece  
seguro ante su altar.»

«Vuelve a tu hogar, anciana,  
y hasta su puerta amiga  
de Jehová te siga  
la bendición en pos.  
No pierdas tus vigili-  
as en maternos quejas,

porque a tu hija dejas  
encomendada a Dios.»

Diciendo así el Pontífice  
con brazos cariñosos  
bendijo a los esposos  
y al pueblo despidió:  
y del sagrado templo  
tras de las puertas de oro  
MARÍA con el coro  
de vírgenes quedó.

Libro tercero  
María en el templo

- I -

Castísima paloma,  
cuyo sereno vuelo  
en la región del cielo  
a remontarse va:  
vapor de suave aroma  
que en odorante nube  
hasta el alcázar sube  
mansión de Jehová:

Flor del Edén preciosa,  
cuyo capullo abierto  
derrama en el desierto  
su celestial olor,  
tu esencia misteriosa  
permaneció ignorada  
en la infeliz morada  
del siervo del error.

El hombre es un gusano:  
sus ojos son de tierra  
y en ellos luz no encierra  
para mirarte a ti.  
Nublado el ojo humano  
por míseros antojos  
brillar no ve en tus ojos  
la luz de Adonái.

Reina del sol que germen  
y luz da a la campiña,  
terreno ser, y niña  
te cree Jerusalén:  
sus razas que en tinieblas  
de vanidad se aduermen  
del vicio entre las nieblas  
a Dios en ti no ven.

Tú, de virtud sagrario,  
al templo te acogiste:  
tú, que elegida fuiste  
por templo de Emmanuel.  
Morar en su santuario  
tu corazón quería  
cuando morar debía  
en tus entrañas Él.

De su santuario dentro,  
bajo sus techos de oro,  
tu ser como el tesoro  
de más valer guardó:  
y el silencioso centro  
de su mansión sagrada  
sondar la vista osada  
del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia  
las horas en el templo?  
Tú, de virtud ejemplo  
y virginal unción,  
creciste cual las flores  
que doblan su fragancia  
y avivan sus colores  
al par de la estación.

Tesoro de las glorias  
del Hacedor del día,  
rosal de Alejandría,  
ciprés de Jericó,  
las místicas memorias  
de tu niñez dichosa  
de sombra misteriosa  
el cielo circundó.

Oculto, guarecida

bajo el sagrado velo,  
esencia contenida  
en hidria de cristal,  
joya de Rey guardada  
con precavido anhelo,  
semilla conservada  
debajo de un fanal,

Moraste en los palacios  
del dueño de la vida,  
a tu Señor unida  
con misteriosa unión,  
y en ti su Ser moraba,  
y el tuyo a Él llegaba  
salvando los espacios  
tu férvida oración.

Tú, Virgen escogida  
en su saber profundo  
para traer al mundo  
la fe y la salvación,  
sus juicios ignorabas,  
mas por tu fe impelida  
a Dios le consagrabas  
tu. limpio corazón.

Tú, Reina de los seres  
que el paraíso moran,  
tú, cuya huella adoran  
los justos de Sión,  
al polvo descendiste  
del ser de las mujeres  
y entre ellas te impusiste  
grosera ocupación.

Tú con las otras almas  
del templo habitadoras,  
pasaste largas horas  
callando tu alto ser,  
en adornar las palmas  
y entretejer las flores  
del templo, y en labores  
humildes de mujer.

Tus dedos transparentes  
hilaron diligentes  
los linos de Pelusa,

las sedas del Cedar:  
tu mano soberana  
tejió la blanca lana  
que el sacerdote usa  
velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,  
al místico servicio  
de Dios siempre dispuesta  
velabas sin cesar:  
y un día y otro día  
del cruento sacrificio  
en la solemne fiesta  
se oía tu cantar.

Leal, caritativa,  
sincera y obediente,  
con todos indulgente  
y en todo sin igual,  
imagen eras viva  
de la virtud suprema  
que da inmortal diadema  
al alma del mortal.

Así creciste, pura  
emanación del cielo,  
embalsamando el suelo  
y el templo de Israel  
tú, excelsa criatura,  
mujer divina y Santa,  
a cuya regia planta  
la luna da escabel.

Así pasando fueron  
de tu niñez los días,  
en tanto que adquirías  
las fuerzas y la edad  
para que en ti cumplida  
la ley que te impusieron,  
de dar al mundo vida  
viera la humanidad.

Pasaron así bellos  
los días de tu infancia  
en tu apartada estancia  
del templo de Salem,  
llegando detrás de ellos

los días de amargura  
que a nuestra raza impura  
franquearon el Edén.

¡Ay! cuando a luz naciste  
para salvar la tierra  
al mal te sometiste  
de su fatal mansión  
y del dolor que encierra  
la bárbara agonía,  
pronto ¡ay de ti! debía  
herir tu corazón.

En vano consagrabas  
la flor de tu pureza  
al Dios de quien enviabas  
tu corazón en pos:  
su rayo se encendía  
sobre tu real cabeza,  
y que acatar había  
la voluntad de Dios.

- II -

Acercábanse ya los misteriosos  
días de llanto, en cuyas lentas horas  
se debían llenar los tenebrosos  
designios del Señor. Él solamente  
penetraba el hondísimo misterio  
de nuestra Redención: su sabia mente  
percibía no más la luz futura  
que, para bien de la terrena gente,  
iba a alumbrar la lobreguez impura  
de su mansión: su poderosa mano  
preparaba a los tiempos el camino:  
y momento a momento, grano a grano  
iba en la eternidad inmensurable  
arrojando implacable  
las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo  
aguardando el instante pavoroso  
en que del gran misterio tenebroso  
la justicia de Dios rasgara el velo;  
y temblaban las almas  
de Abraham en el limbo detenidas  
ansiando, de él para salir, las palmas  
por el cielo a los justos prometidas:

y temblaba el monarca del infierno  
esperando en sus lóbregas moradas  
el punto en que sus puertas quebrantadas  
iba a pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía  
su porvenir recóndito ignoraba,  
y ya el ángel precito adivinaba  
los destinos futuros de MARÍA.  
La voluntad de Dios no le dejaba  
llegar de la dichosa Nazarena  
al alma virginal, que vio en el mundo  
entrar de culpa original ajena:  
y en su saber y en su furor profundo  
sentía el pie de la que así nacía  
hollar triunfante su cerviz impía.  
Ella empero ignorante  
del porvenir augusto, orando a solas  
consigo misma y del Señor delante,  
del mar del porvenir no percibía  
crecer y embravecerse a cada instante  
el viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse a romper todos los lazos  
que ligaban su espíritu a la tierra  
antes que el germen que su sangre encierra  
fecundara el aliento omnipotente,  
y recibieran sus maternos brazos  
al rey eterno de la humana gente.  
Era preciso que la flor de mayo  
sobre su tallo se apoyara sola,  
para que el fuego asolador del rayo  
cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,  
bella sin par entre las más hermosas  
que por las sendas de la tierra oscuras,  
obediente a las leyes misteriosas  
de Jehová, tus huellas  
hacia el sangriento Gólgota encaminas,  
ya no hollarán tus pies sendas de rosas,  
de hoy más tan sólo pisarán espinas.

Antes que sus virtudes salvadoras  
de tu alta gracia el talismán ejerza  
en pro de nuestras almas pecadoras,  
tú, madre de los huérfanos es fuerza

que huérfana te veas, que devores  
tu tiempo en soledad, y pues nacistes  
para ser el consuelo de los tristes  
fuerza será que con los tristes llores.  
Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!  
la hiel que apures del pesar humano:  
es fuerza que al dolor de tu destino  
no se iguale jamás dolor humano,  
para que al darte de su madre el nombre  
en su aflicción, tu nombre soberano,  
símbolo de tu duelo sobrehumano,  
bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales  
se corone tu cándida cabeza,  
tu duelo es fuerza que a tu gloria iguales:  
apresta, pues, tu alma a la fiereza  
de tus hondos destinos celestiales.  
Tu paz concluye do tu gloria empieza  
y aquí se empieza, celestial MARÍA,  
el cáliz a llenar de tu agonía.

\*\*\*

El anciano Joaquín, la vista fija  
en su hermosa Miriam, su domicilio  
mudó a Jerusalén, y al pie del templo,  
para vivir más cerca de su hija,  
compró, de sus parientes con auxilio  
una pobre mansión, donde él y Ana  
eran, de amor y de virtud ejemplo,  
muestra viviente de bondad humana.

Hacía ya dos lustros que no oía  
el rumor de los olmos y las cañas  
de Nazaret, cuando al morir de un día  
de otoño el tibio sol, sintió que hería  
la mano de la muerte sus entrañas.  
Su último aliento recogió en el pecho  
por alargar un punto la existencia,  
su alma con religiosa diligencia  
tornando a Dios desde el mortuorio lecho.  
Su postrimer deseo procurando  
Ana cumplir, al templo fue llorando  
al sumo Sacerdote Zacarías  
a avisar que llegaba  
su esposo al fin de sus cansados días.  
Acudió presuroso  
el sacerdote austero

a la mansión del moribundo esposo,  
mas no llegó el primero:  
ya su faz con sus lágrimas regaba  
MARÍA, que con paso más ligero  
de llegar acababa,  
y que a las manos de su padre asida  
tal vez con sus suspiros intentaba  
algún suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,  
el espirante padre al sacerdote  
encomendó cuanto en el triste mundo  
dejaba: la hija que a sus pies gemía  
y la mujer con quien partido había  
en la prosperidad y en la indigencia  
el placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquín iluminados  
por el Señor en su postrer instante,  
el glorioso esplendor, el sol brillante  
percibió de los días reservados  
a aquella hija divina que le llora,  
y una sonrisa iluminó el semblante  
del noble viejo, luz consoladora  
que le mostró su eternidad radiante:  
y sus manos poniendo en la cabeza  
de aquella hija del mundo salvadora,  
espiró sin congoja ni agonía,  
del alma pura la mortal corteza  
dejando entre los brazos de MARÍA.

Su cuerpo devolvieron a la tierra  
la noble virgen y la madre anciana,  
y sobre el mármol que a su bien encierra  
lloraron a su bien MARÍA y Ana.  
Cuando de llanto el natural tributo  
pagó al amor su corazón doliente,  
del mármol se alejaron tristemente  
para esconder su soledad y luto  
la hija del templo bajo el áureo techo,  
la viuda al pie de su vacío lecho.

Once lunas después... es una tarde  
apacible y serena;  
el sol, de luz en el postrer alarde  
de rojo resplandor el aire llena,  
y su esplendente claridad tendiendo

por la extensión del cárdeno horizonte  
como un manto de púrpura, derrama  
desde la cima del excelso monte  
su temblorosa llama,  
que como vasto incendio reverbera,  
con su postrer fulgor enrojeciendo  
valle, bosque, ciudad, río y pradera.

El día de la fiesta de las flores  
celebra el pueblo de Judá; se escucha  
el suave son del cántico sonoro  
del templo y por los aires se levanta  
el humo azul del incensario de oro,  
que con el aura al elevarse lucha  
fugaz lamiendo la techumbre santa.  
MARÍA de las almas entre el coro,  
acompañada del salterio canta  
himnos de gracias al Señor, y el mundo,  
en cuanto abarca su ámbito invisible  
desde el zenit al bátrato profundo  
mudo y atento para oír se inclina  
el eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido  
derramado se esparce por el viento,  
y embelesa el oído  
de todo ser, y ahoga todo ruido  
que existe en aire, tierra y firmamento;  
y a los acentos de su voz süaves  
las rumorosas auras se adormecen,  
las sonoras corrientes enmudecen,  
el eco olvidan de su voz las aves  
y en su lecho de arena movediza  
lentas las olas de la mar se mecen  
y el agua amarga que su son hechiza  
dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina  
la eternidad y el tiempo, y cuyas leyes  
ningún encanto a su favor inclina  
como el poder de los humanos reyes,  
las fuentes del dolor abre entretanto  
en la alma de Miriam, y en sus enojos  
aguarda el fin de su armonioso canto,  
segunda vez para anegar en llanto  
la casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano Levita a quien seguía  
una mujer cubierta con un velo,  
la ceremonia al concluir y el día  
la instó a seguirle con doliente anhelo.  
Obedeció la cándida doncella  
y del materno hogar a la morada  
de ambos detrás encaminó la huella.  
Al umbral de su puerta aglomerada  
reunión de mujeres silenciosa  
esperaba sin duda su llegada,  
compasiva tal vez, tal vez curiosa.  
«¿Qué es esto hermanas mías?»  
preguntolas Miriam sobresaltada.  
«¿Por qué en el más alegre de los días  
»delante de mis puertas os encuentro  
»veladas, taciturnas y sombrías?  
»¿qué mal se alberga de mi casa dentro?»  
Mas las mujeres a su voz callaron  
y apartándose ante ella, de la puerta  
el paso la franquearon.  
Con angustiado afán, con planta incierta  
en la morada penetró MARÍA,  
y en la primera estancia que halló abierta  
donde una turbia lámpara lucía  
a su madre encontró. -No estaba muerta  
la anciana todavía:  
mas con la vista próxima a apagarse  
la buscaba afanosa,  
incapaz de explicarse  
con voz ni con acción más cariñosa.  
Sonreír dulcemente  
la vio la hija infeliz al acercarse  
al solitario lecho,  
y al abrazarla con filial ternura  
con el postrer aliento de su pecho  
un beso maternal grabó en su frente,  
y al querer la divina criatura  
volvérsele a su vez su boca pura  
apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso  
por el impulso repentino herida,  
de la madre perdida  
cayó sobre los míseros despojos,  
llenos quedando en su dolor inmenso  
su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente día  
la misma tumba, que a Joaquín encierra  
de la esposa el cadáver recibía,  
sobre el haz de la tierra  
sola quedaba en orfandad MARÍA:  
mas de Dios a los fallos resignada,  
de religiosa abnegación ejemplo,  
a la merced de Dios encomendada  
al amparo de Dios volviose al templo.

- III -

Serena es la noche:  
con luz argentina  
la luna ilumina  
la humana región,  
y el cielo, que de astros  
sembrado destella,  
desplega sobre ella  
su azul pabellón.

Serena es la noche:  
su lánguida calma  
infunde en el alma  
dulcísima paz;  
meciendo las hojas  
del árbol suspira  
el aura que gira  
sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando  
las aves el pío:  
cerrada al rocío  
ya duerme la flor.  
Detrás de los astros  
que pueblan la altura  
radiante fulgura  
la faz del Señor.

Al fuego del faro  
por Dios encendido,  
en sueño sumido  
reposa Isráel,  
cual rey, que, acampado  
en tierra vencida,  
reposa cercado  
de ejército fiel.

Allí, tras sus muros

de recia espesura,  
callada y segura  
se duerme Salem:  
quebrando los tibios  
nocturnos reflejos  
brillar a lo lejos  
sus techos se ven.

Sobre una colina  
sus torres levanta  
la fábrica santa  
del rey Salomón,  
de el templo acotando  
los santos confines  
de frescos jardines  
la amena extensión.

Sus vírgenes almas  
cultivan en ellos  
los árboles bellos,  
las plantas sin par  
de que hacen fragantes  
guirnaldas vistosas,  
con que ornan piadosas  
el templo y altar.

En cámara, a cuyas  
ventanas vecinas  
movibles cortinas  
los árboles dan,  
envía a los cielos  
con fe solitaria  
su casta plegaria  
la triste Miriam.

Allí en su escondida  
sombria vivienda,  
a Dios se encomienda  
con férvida fe,  
pidiéndole un aura  
de dulce consuelo,  
que alivio en el duelo  
de su alma la dé.

Su ser invisibles  
Arcángeles guardan:  
Querubes aguardan

su pura oración,  
y a Dios se la llevan  
tendiendo triunfantes  
las alas brillantes  
a la alta región.

Según le atraviesa  
perfuma el espacio:  
la gloria embelesa  
su místico son:  
y en forma de aroma,  
que siente y que vive,  
aspira y recibe  
Jehová su oración.

Mas llora al enviársela  
Miriam: que es amarga  
su pena y es carga  
cruel de llevar,  
y sólo contemplan  
la tierra sus ojos  
cual campo de abrojos  
que va a atravesar.

Su espíritu ignaro  
del ser en que existe,  
rebelde resiste  
tan íntimo afán:  
y en sí el gran misterio  
que encierra ignorando,  
al cielo llorando  
se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente  
purísimo lloro  
en un vaso de oro  
recoge Gabriel.  
¡Rocío de gracia!  
¡esencia de fuego  
que habrá de ser luego  
salud de Israel!

- IV -

Y en esta misma noche  
tristísima, fue cuando  
a solas contemplando  
su mísera orfandad,  
al Sumo Dios hacía

la cándida MARÍA  
un voto de perpetua  
y fiel virginidad.

#### Plegaria de María

«Señor, pues que me dejas  
sobre la tierra así,  
desde hoy viviré en ella  
tan sólo para ti.

»Renuncio a la esperanza  
del porvenir: jamás  
levantará hombre alguno  
mi velo virginal.  
Señor, yo te consagro  
mi casta soledad,  
Señor, vuela a ti puro  
mi espíritu inmortal.

»Señor, pues que me dejas  
sobre la tierra así,  
desde hoy viviré en ella  
tan sólo para ti.

»Circunde en hora buena  
mi solitario hogar  
la niebla infamadora  
de la esterilidad.  
Señor, a ti tan sólo  
la huérfana amaré.  
¿ni a quién sino a ti puede  
su corazón amar?

«Señor, pues que me dejas  
sobre la tierra así,  
desde hoy viviré en ella  
tan sólo para ti.

»Tú vives en mi pecho,  
y en él no caben ya  
livianas sensaciones  
de afecto terrenal.

Mi oído atento sólo  
para tu voz está:  
mi corazón abierto  
para tu amor no más.

»Señor, pues que me dejas  
sobre la tierra así,  
desde hoy viviré en ella  
tan sólo para ti.»

Así en su amargo duelo  
decía a Dios Miriam:  
mas ¿ante quién se tuerce  
la ley de Jehová?  
Sus santas oraciones  
hasta su trono van;  
pero mudar no pueden  
su eterna voluntad.

Escrito estaba y pronto  
su velo virginal  
iba a dejar la esposa  
colgado ante el altar.

Libro cuarto  
María esposa

- I -

Lució para Miriam la misteriosa  
edad de los ensueños celestiales:  
la edad en que se juzga más dichosa  
la mujer en sus sueños virginales.  
Edad lejana aún de la azarosa  
época de los recios vendavales  
de la vida, en que vamos en bonanza  
bogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma  
la fe con aromáticos olores:  
cielo sereno que jamás la bruma  
empaña, ni aquilón con sus furores:  
mar de zafir cuya argentada espuma  
no a impulso de huracanes bramadores

hierve, sino del aura al suave aliento  
se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada  
estación de los goces de la vida,  
en la cual ni esperanza hay engañada  
ni amigo ingrato, ni ilusión perdida.  
Pradera de mil flores esmaltada  
que a reposo y placer sólo convida:  
breve edad de brevísima ventura  
que hace más breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,  
floridos, inocentes quince años:  
en los que ignora el hombre los arteros  
lazos del mundo loco y sus engaños:  
edad en cuyos días placenteros  
se ven y no se creen los desengaños;  
vestíbulo dorado de esta vida,  
mansión del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno  
de juventud y de vigor henchido,  
sintió, aunque a instintos de impureza ajeno,  
del corazón el juvenil latido:  
del fuego del amor le sintió lleno  
y hacia el amor con fuerza compelido;  
mas como era su amor hijo del cielo  
hacia él tendió su corazón el vuelo.

Su alma libre de la carne impura  
amorosa a los cielos se elevaba  
y en piélagos de amor y de ternura  
celestes se perdía y se extasiaba;  
y quebrantando la prisión oscura  
de la tierra, amorosa se exhalaba  
y del divino amor en Dios bebía  
torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada  
del templo en el seráfico recinto  
y del Señor para el jardín criada,  
huía de la tierra por instinto.  
Y entreviendo sus riesgos, espantada  
resistía del mundo el laberinto  
penetrar, y al Eterno consagrada  
vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso  
suben a Dios desde la sacra loma  
perpetuas nubes de aromoso incienso,  
anida aquella mística paloma.  
Allí el arrullo de su amor intenso  
al Dios que el mar y las tormentas doma,  
bajo forma de místicos cantares  
eleva desde el pie de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora  
que llena el universo de alegría,  
y cuando el tibio sol las cumbres dora  
con el reflejo postrimer del día,  
y a la luz de la luna inspiradora  
siempre de celestial melancolía,  
himno perpetuo de su amor levanta  
y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera  
creyó pasar de su inocente vida,  
olvidando la ley, tal vez severa  
mas honrada en Judá y obedecida,  
que obligaba a las vírgenes, cualquiera  
su condición que fuese, esclarecida  
o humilde, a sustraerse al afrentoso  
celibato en los brazos de un esposo.

- II -

No la olvidaba en su rencor empero  
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,  
poner ansiaba el universo entero  
entre el pie de Miriam y su cabeza.  
No la olvidaba, y con profunda ira  
dejando las mazmorras del infierno  
a la región voló donde respira  
la Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos  
del templo en la vivienda solitaria,  
a Dios volviendo los amantes ojos  
enviaba a Dios su virginal plegaria.  
El rey de las tinieblas sus enormes  
alas plegó sobre erial colina,  
entre unas ruinas lóbregas e informes  
desde las cuales la ciudad domina.

Al extender su perspicaz mirada  
por el recinto de Salem dormida,  
vio a Miriam por los ángeles velada  
e ir al cielo en sus alas conducida  
la oración de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,  
en lugar de ceder con miedo santo  
sintió crecer su despechado anhelo,  
y dio un rugido, a cuyo son de espanto  
estremeciose de Salem el suelo:  
y ansioso de venganza, o de pelea  
volvió a cernerse con siniestro vuelo  
por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dio de la ciudad la vuelta  
en derredor de sus sagrados muros,  
y de su forma colosal, envuelta  
en pliegues de vapor densos e impuros,  
la masa informe por el aire suelta  
dibujó sus contornos inseguros  
en la alfombra de mieses y de viñas  
que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba  
con ojo que penetra cuanto existe,  
una infernal sonrisa iluminaba  
su faz ceñuda siempre y siempre triste.  
Digno tan sólo de él un pensamiento,  
traidor, que fermentaba en su cabeza,  
hízole imaginar por un momento  
que podría asaltar su osada mano  
y manchar la castísima pureza  
de aquella blanca flor, a la que en vano  
cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido  
entre el cielo y la tierra en absoluta  
torva inmovilidad, embebecido  
en meditar su vengadora idea:  
y con una señal vista tan sólo  
de sus malditos súbditos y de ellos  
no más obedecida,  
convocó en torno de él cuantos de un polo  
al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,

que sus hondos proyectos infernales  
vienen a realizar sobre la tierra,  
y bajo el dulce nombre de placeres  
a inocular el germen de los males  
en el vicioso corazón, que encierra  
el pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel a un valle que la luna  
no iluminaba ya, y en torno suyo  
teniendo a los espíritus, que aduna  
su voluntad satánica y a cuyo  
torcido instinto sus proyectos fía,  
les dirigió la voz de esta manera,  
mas con eco tan débil que se hundía  
entre el rumor del aura en la pradera.

-«Toda Israel conoce a la doncella  
que entonaba en la fiesta de las flores  
los cánticos del templo. No hay en ella  
más que gracia y virtud, luz y primores;  
es fuerza empero que su imagen bella,  
revestida de impúdicos colores,  
de todos los mancebos en la mente  
como sombra de amor se represente.

»Ornãos, pues, de mirtos y de rosas:  
tomad las formas leves y risueñas  
de aquellas creaciones licenciosas  
de Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:  
corred sobre sus alas aromosas  
las ciudades, los valles y las breñas,  
y el torpe corazón de los mancebos  
abrid a un nuevo amor, de instintos nuevos.

»Haced que escuche sin cesar su oído  
y se alce sin cesar en su memoria,  
de su mágico cántico el sonido  
y de su vida la virgínea historia;  
de su amor, para todos prohibido,  
haced que aspiren todos a la gloria,  
e inflamad de Miriam por la hermosura  
una pasión universal e impura.»

Dijo: su infanda idea comprendiendo,  
los infernales genios sus secuaces  
se desbandaron, en silencio hendiendo  
el seno de la atmósfera fugaces;

y de su Rey el pensamiento horrendo  
ellos no más de realizar capaces,  
de las moradas de Israel el fondo  
comenzó a emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia  
a turbar las pacíficas mansiones,  
y empezó su maléfica influencia  
a filtrarse en los torpes corazones;  
y cuantos de Israel la efervescencia  
del juvenil ardor de las pasiones  
dominaba, a la virgen recordaron  
y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno  
intentó su castísima belleza  
profanar, ante un soplo del Eterno  
se disipó: en su espléndida pureza  
se pintó de las almas en lo interno  
de los mancebos, y en su ruin vileza  
cuantos la imagen de Miriam soñaron  
cual celeste visión la recordaron.

- III -

En alas, no de la pasión liviana  
sino de amor respetuoso y casto,  
llegose a demandarla por esposa  
la juventud Hebrea: los ancianos  
ministros del Señor y sus tutores  
la demanda a Miriam participaron,  
y la virgen que a Dios se había ofrecido  
escuchó sus palabras con espanto.

«Jamás, dijo, jamás con hombre alguno  
»podrán unirne conyugales lazos:  
»de mi virginidad y de mi vida  
»hice voto al Señor y quebrantarlo  
»no osaré.» -Los ancianos a tan nueva  
revelación de asombro se llenaron,  
no comprendiendo un voto que en Judea  
era a su parecer voto insensato.

La ley universal de las mujeres  
hebreas: la deshonra y el escarnio  
de la esterilidad, pues prometían  
al pueblo de Israel santos oráculos  
que aquel Mesías rey no de otra tribu

que de la tribu de Judá ser vástago  
debía: el ser Miriam la más ilustre  
doncella de linaje tan preclaro,  
imposible en las leyes de su pueblo  
hacían de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse a los designios  
de Dios, que siglos antes que del caos  
brotar hiciera los diversos mundos  
que pueblan los abismos del espacio,  
por sus fines secretos y recónditos  
lo había así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil  
parecía a Miriam un fuego escaso  
para su ardiente corazón; mas fueron  
sus ruegos y sus lágrimas en vano.  
Los severos tutores a sus deudos  
a reunión doméstica invitaron,  
para elegir para Miriam esposo  
digno con ella de partir el tálamo.

Había entre los hombres  
que de Miriam la mano pretendían  
muchos de ilustres nombres  
que de su misma raza descendían;  
Hebreos poderosos,  
que al esplendor de su elevada cuna  
unían orgullosos  
los timbres de la gloria y la fortuna:  
herederos de jefes y magnates,  
que volvieron un tiempo, de despojos  
cargados, con honor de los combates,  
o cubiertos los pechos  
de gloriosas heridas;  
y que a los propios y extranjeros ojos  
eran, por su opulencia o por sus hechos,  
las glorias de la patria más queridas.  
Hombres, que por su herencia o hechos bravos,  
poseían palacios esplendentes  
y campos florecientes  
y vencidos o bárbaros esclavos.

Había agricultores,  
de fértiles campiñas y viñedos,  
y huertos y olivares  
de ganados sin número señores;

y en las riberas del Jordán amenas  
eran dueños de mieses y colmenas,  
y de tribus enteras de pastores;  
y cuyos campos, dehesas y plantíos  
regaban, abundosos  
en pescados sabrosos,  
turbios arroyos y profundos ríos.

Ricos había osados mercaderes,  
que cruzando los mares  
venciendo riesgos, superando azares,  
traían de Israel a las mujeres  
las turquesas que Irán cría en las faldas  
de sus montes y bosques seculares,  
de Egipto las costosas esmeraldas,  
y las perlas que esmaltan las coronas  
de los altivos reyes;  
las que entre bosques de coral encierra  
en apartadas zonas  
el azul golfo Pérsico profundo,  
y que el marino audaz, hollando leyes  
y buscando la muerte vagabundo,  
disputa al fiero mar hasta en sus senos  
de raros monstruos y peligros llenos,  
para halagar la vanidad del mundo.  
Y otros había en fin enriquecidos  
con los nobles y espléndidos tejidos  
dos veces en la púrpura teñidos,  
que en aquellas edades  
eran orgullo y gloria  
y hoy son no más efímera memoria  
de Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,  
ni entre los en las lides vencedores,  
ni entre los de campiñas poseedores,  
ni entre los mercaderes opulentos,  
ni entre los marineros animosos,  
que visitan del mundo los confines,  
los sacerdotes de Salem, guiados  
por el Señor a sus eternos fines,  
encontraron aquel que digno era  
de aquella Virgen casta y hechicera  
del universo mundo soberana,  
cuyo sagrado nombre  
en las borrascas de la vida humana  
más tarde había de invocar el hombre.

Nombre a par del de Dios omnipotente,  
que allá en la azul esfera  
en su mano eternal apaga el rayo  
que ya pronto a partir vibra estridente;  
de aquella Virgen cuyo puro aliento  
al despertar la fresca primavera  
el florido tapiz que envuelve a mayo,  
tiende por la fructífera pradera:  
y a cuyo soplo con susurro lento  
y amoroso, la ráfaga ligera  
en sus tallos meciendo va las flores,  
prestando al vago viento  
suave son y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores  
el varón elegido  
por los sabios ancianos y tutores  
de Miriam, el a todos preferido,  
no fue joven, ni rico, ni gallardo;  
ni guerreros o cívicos honores  
daban prez a su frente encanecida:  
en un oficio laborioso y tardo  
las cosas necesarias de la vida  
con incesante afán se procuraba:  
mas cuanto pobre honrado,  
respetado por todos y querido,  
de su alta edad desde el albor primero  
en su ciudad natal había vivido  
y José se llamaba  
y era de Nazaret el carpintero.

Esta elección empero misteriosa  
y para el pueblo todo sorprendente  
hízola el mismo Dios, con milagrosa  
disposición, patente  
haciendo a los ministros del Santuario  
su eterna y santa voluntad divina.  
Un día de Miriam los pretendientes  
al despuntar la estrella vespertina  
después de alzar al cielo sus fervientes  
devotas oraciones,  
dentro del templo y cerca del Sagrario,  
secas varas de almendro depusieron,  
según de sus mayores  
uso fue y tradición que recibieron:  
y cuando a la mañana  
siguiente juntos al Santuario entraron

verde y cubierta de fragantes flores  
la seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linaje,  
a quien los más altivos de Judea  
tributaban respeto y homenaje,  
al ver aquel prodigio portentoso  
que apagaba la luz de su esperanza,  
rompió su vara en ademán furioso,  
y cediendo al impulso de su ira  
y ansioso de venganza  
sed que a su alma Satanás le inspira  
atentó de José contra la vida:  
mas a tiempo teniéndose por suerte  
del templo se salió, y a la salida  
a sí propio intentó darse la muerte.  
Empero en el instante  
en que al consejo de Luzbel cedía  
vio de Miriam el cándido semblante  
en la alta gradería:  
y en este mismo instante  
aquella aparición, obra del cielo,  
devolvió su valor a su alma fuerte;  
y volviendo en sí mismo  
con los santos discípulos de Elías  
se encerró en una gruta del Carmelo,  
y vencido Satán volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores  
la elección la anunciaron decidida,  
y la casta paloma cuya vida  
como raudal de cristalina fuente  
se deslizaba mansa y dulcemente  
entre sagrados cánticos y flores;  
aquella virginal naturaleza  
educada en la fúlgida grandeza  
del templo sacrosanto  
se sometió a la vida de quebranto  
de ocupación vulgar y rango oscuro  
que del pobre artesano en la vivienda  
por dilatados años la esperaba;  
y de los sacerdotes en presencia  
teñido de rubor el rostro puro  
que los rostros angélicos nublaba,  
les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiración para consuelo

de su pesar la envió piadoso el cielo:  
y entreviendo su espíritu el futuro  
alto inefable y celestial destino  
en la región del porvenir oscuro,  
ante el altar de Jehová postrada  
oró con faz tranquila y resignada:  
y cual viajero que la selva umbrosa  
en noche de borrasca tenebrosa  
para seguir aguarda su camino  
a ver la luz del astro matutino,  
sólo miró en José la protectora  
guarda que Jehová daba a su vida  
contra la muchedumbre tentadora  
de riesgos, seducciones y de engaños  
que a la mujer entonces como ahora  
cerca falaz en los primeros años.

- IV -

Días después, en hora en que la luna  
atravesando el firmamento azul,  
plateaba la tierra con sus rayos  
de misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,  
cruzando por las calles de Salem,  
se acercaba con músicas y antorchas  
a la modesta casa de José.

Cedido se la habían sus parientes  
para el festín de la función nupcial,  
y a casa de su esposo bajo un palio  
conducían sus deudos a Miriam.

Animado el semblante venerable  
con sonrisa de sincero placer,  
la introdujo en la sala de la fiesta  
su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido  
por viejos Patriarcas de Judá  
puso José en el dedo de la Virgen  
el misterioso anillo nupcial,

Diciéndola -«he aquí que eres mi esposa»  
y cubriendo a Miriam con su taled  
tomó la copa, que cercano deudo  
llenó de vino y se la dio a beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse  
todos y bendijeron al Señor:  
un puñado de trigo derramaron  
muestra de la abundancia que da Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso  
a la solemne ceremonia fin,  
pasando los alegres convidados  
a la inmediata sala del festín.

Y aquella noche ante su casto lecho  
el sencillo José dijo a Miriam:  
«tu serás para mí como mi madre:  
»yo te respetaré como al altar.  
»Yo hice los mismos votos que tú has hecho,  
»y ambos los cumpliremos a la par:  
»así llenamos las terrenas leyes  
»sin infringir la ley de Jehová.»

Y así su voluntad inescrutable  
llevó a su fin el Dios omnipotente  
por oculto camino, impenetrable  
a la razón de la mundana gente.  
Así llegó a cumplirse el inefable  
misterio incomprensible y sorprendente  
de que una Virgen Madre concibiera  
al que formó la creación entera.

- V -

¡Oh cuánto al corazón es halagüeño,  
tras larga ausencia y desde gran distancia,  
volver a ver el sitio en que risueño  
y en la dichosa paz de la ignorancia  
su tiempo vio nuestra feliz infancia!

¿A quién, aunque en alcázares morara  
y en merecida esplendidez viviera,  
no le fue siempre la memoria cara  
del oscuro rincón en que naciera,  
y do el albor de su niñez pasara?

Aquel a quien la suerte caprichosa  
a la corte llevó desde la aldea,  
desde la medianía a la ostentosa  
opulencia, en su alcázar se recrea  
recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fue a tentar en los azares  
de la guerra o del mar a la fortuna  
y la alcanzó en las guerras y los mares,  
llora al volver a ver en sus hogares  
el lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar un día  
de otoño melancólico y templado,  
a ver volvió la virginal MARÍA  
a Nazaret de huertos circundado  
donde el albergue paternal tenía!

Al ver aquellos cerros pintorescos,  
verdes olmedas y viñedos frescos,  
sollozando de gozo se olvidaba  
de los ricos tapices y arabescos  
de las estancias que en Salem moraba.

El pardo techo de su blanca casa  
que cubre el musgo que la lluvia cría,  
la puerta hendida por do el aire pasa  
ve, a la luz del crepúsculo ya escasa  
y a través de sus lágrimas MARÍA.

Y a su niñez tornando el pensamiento  
la recordó desde el primer momento  
porque de culpa original exenta  
desde el nacer, sin enseñanza lenta,  
claros tuvo razón y entendimiento.

Allí su anciana madre transportada  
de gozo, la mecía en sus rodillas:  
detrás de aquella puerta escalonada,  
creía ver su túnica morada  
ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida  
contemplaba Joaquín con grave aspecto  
do la dichosa madre embebecida  
en cuidar de su sueño y de su vida  
el tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó: y arrodillada  
sobre el umbral de la mansión paterna,  
oró por la memoria venerada  
de aquellos de quien vuelve a la morada

por la suprema voluntad eterna.

- VI -

Paloma fugitiva que vuelves a tu nido,  
errante Nazarena que vuelves a tu hogar,  
por Dios está bendita la cuna en que has nacido,  
tu casa es el santuario por Jehová elegido,  
tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,  
el polvo que tú pises el mundo adorará,  
tu frente soberana coronarás de estrellas  
y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,  
tras ti al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,  
de todo bien origen, de Dios emanación,  
hechiza con tu nombre mi canto balbuciente  
para que al mundo inspire cuando tu historia cuente  
la fe con que te adora mi firme corazón.

(Fin de la primera parte.)

Segunda parte  
Libro quinto  
La venida del ángel

- I -

Como arroyuelo puro  
que al través deslizándose del prado  
protegido del fértil emparrado  
por el follaje oscuro,  
hasta el bosque vecino  
sigue su manso curso, cristalino,  
jamás de humanas huellas mancillado:

Tal la dulce existencia  
se deslizaba de José y MARÍA;  
que es fuente inagotable de alegría  
la paz de la inocencia:  
y los castos esposos  
entre el trabajo y la oración dichosos,

miraban transcurrir día tras día.

En su taller mezquino  
la voz no oyendo del orgullo vano,  
trabajaba aquel místico artesano  
    sin soñar su destino;  
    o al bosque sus tesoros  
de terebintos, cedros, sicomoros,  
disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso  
a cuyo corazón sobra nobleza  
parte acaso piadoso su riqueza  
    con el menesteroso:  
    así el Patriarca santo  
de los mendigos enjugaba el llanto,  
compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa  
la reina de los cielos elegida,  
en grosera labor entretenida,  
    preparaba gustosa  
    los humildes manjares,  
que al volver el Patriarca a sus hogares  
confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas  
que en lino y oro y seda mil primores  
a hacer, en perfectísimas labores,  
    estaban avezadas;  
    tosca y humilde estera  
tejieron del Jordán en la ribera  
de palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento  
de la sencilla patriarcal morada  
a tan altos misterios destinada  
    cubrió; y aun más violento  
trabajo no asustó su fortaleza,  
ni marchitó su celestial belleza;  
bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,  
con un antiguo cántaro que inclina  
bajo su peso la virgínea frente,  
    el agua cristalina  
va a coger, o la túnica azulada

que cubre su persona inmaculada  
a lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el día,  
cuando la filomena su morada  
busca bajo la fértil enramada;  
colocaba MARÍA  
sobre una mesa limpia y reluciente  
los panes de blancura refulgente,  
fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,  
los lacticios y la miel hiblea,  
al patriarca feliz de Galilea  
manjares deliciosos:  
Y la cena frugal ya preparada  
cuando José tornaba a su morada  
concluida su tarea:

En el umbral la esposa  
lo esperaba de pie, y el agua pura,  
al fuego ya templada su frescura,  
le daba cariñosa;  
y él el polvo lavaba  
de sus pies, y a la mesa se acercaba,  
de amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,  
a su lado sentábase sencilla,  
del mundo y de los tiempos maravilla,  
la que es de amor tesoro.  
Y el rostro juvenil de gracia lleno  
junto formaba al de José, sereno,  
un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa  
las lentas horas rápidas pasaban,  
y los castos esposos se abrasaban  
en el amor de Dios: y su afanosa  
pobreza enaltecida  
con la santa pureza de su vida,  
alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron  
en aquella feliz dulce existencia  
de trabajo y de paz y de inocencia;  
mas los tiempos llegaron

del Salvador Mesías  
que anunciaban las altas profecías,  
y en su trono se alzó la omnipotencia.

- II -

La hora sonó: el Altísimo  
calmado ya su encono  
contra el humano, el fúlgido  
mirar, desde su trono,  
de inmenso amor fecundo,  
sobre el terrestre mundo  
giró, como relámpago  
nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles  
que a su derecha asisten,  
que con las alas cándidas  
se cubren y revisten,  
a los eternos fuegos  
quedar temiendo ciegos,  
al que más cerca mírase,  
así ordenó su voz:

«Corta con vuelo rápido,  
»Gabriel, el éter puro,  
»y donde se alza tímido  
»de Nazaret el muro,  
»detén la ardua carrera  
»por la azulada esfera,  
»y en el humano vórtice  
»pon el seguro pie.

»Allí, en mansión de lúgubre  
»color, y humilde planta  
»que del confuso estrépito  
»de la ciudad se espanta;  
»de nadie conocida,  
»pero de mí elegida,  
»púdica flor ocúltase  
»la reina de Isráel.

»Sé el que feliz anuncie  
»mi voluntad divina;  
»primero en ver la plácida  
»estrella matutina  
»que el fausto fin ansiado  
»del reino del pecado

»anuncia al mundo, humíllate  
»ante su pura faz:

»Dila que al fin aplácase  
»mi cólera severa,  
»por la soberbia indómita  
»de la mujer primera;  
»del mal reparadora  
»será, e intercesora  
»entre el humano mísero  
»y el sumo Jehová.»

Dijo; y el ángel férvido  
de las eternas salas  
partiendo, al aire nítidas  
abre las puras alas;  
y al mundo presuroso  
dirige el vuelo ansioso,  
surco de luz espléndido  
dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero  
el rey de los querubes  
rompe la capa lóbrega  
de las revueltas nubes;  
y el rayo diamantino  
que marca su camino  
es tal, que al verlo, súbito  
cegara un serafín.

Moviendo a un tiempo rápidas  
las alas de oro y nieve,  
deja el inmenso número  
de soles muy en breve  
detrás, y en la agitada  
atmósfera azulada  
de nuestro mundo, ciérnese  
un punto en Nazaret.

Era aquel hora lánguida  
en que el mortal inclina  
a su criador la súplica  
piadosa, vespertina;  
en que en murmurio suave,  
del pez, el bruto, el ave,  
del bosque y mar elévanse  
mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo  
del moribundo día,  
el alma en ancho piélago  
de amor y de armonía  
se anega, y sublimada  
al cielo, separada  
de su prisión corpórea,  
se eleva hacia el Señor.

Y en su celeste júbilo  
cabe a la suma alteza,  
feliz un punto, olvídate  
de su mortal flaqueza;  
y unida al sacro coro,  
al son del arpa de oro,  
entona el dulce cántico  
de interminable amor.

Mas la inspirada pupila  
del Ángel que camina,  
de la inflamada atmósfera  
a la ciudad declina:  
y dentro al laberinto  
que encierra su recinto,  
busca la virgen cándida  
de sin igual virtud.

Mírala en ruego estático  
postrada contra el suelo,  
y a la mansión seráfica  
dirige el raudo vuelo:  
nuncio feliz y santo  
del fin de nuestro llanto,  
embajador benéfico  
de paz y de salud.

- III -

Penetra en fin en la apartada estancia  
de Dios el mensajero,  
desparciendo suavísima fragancia  
do quier su pie ligero.

Al trascendente olor, la virgen pura  
alzó los castos ojos,  
temiendo ver en la celdilla oscura  
los divinos enojos.

Y vio un mancebo fúlgido que ante ella  
inclinando la frente  
en voz cual de amantísima querella;  
más sonora y potente:

«Yo te saludo, dijo, a Ti la llena  
»de gracia y hermosura;  
»contigo está el que vibra o encadena  
»el rayo allá en la altura.

»Tú sola eres la Santa y bendecida  
»de todas las mujeres:  
»capaz de dar al hombre eterna vida,  
»tú sola, Virgen eres.»

Y María tembló, no comprendiendo  
del Ángel la voz grave;  
mas él en su embajada prosiguiendo  
con tono más suave;

«No temas, que has hallado en la presencia  
»de Dios gracia infinita;  
»Sin perder el candor de tu inocencia  
»serás por él bendita.

»Concebirás un hijo en tus entrañas;  
»Jesús será su nombre:  
»y en tu tierra será y en las extrañas  
»salud eterna al hombre.

»Grande será: de todos bendecido,  
»hijo de Dios llamado;  
»y será el trono de David, perdido,  
»por él recuperado.

»Sobre la casa de Jacob, fecundo  
»su reino omnipotente,  
»cumplidas las edades de este mundo  
»durará eternamente.»

María, empero de sorpresa llena,  
en su ignorancia pura,  
al Ángel preguntó con faz serena:  
«¿Mas cómo tal ventura

»puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,

»si a Dios me he prometido;  
»y de virginidad so el puro velo,  
»varón no he conocido?»

Y el Ángel respondió: «Desde el altura,  
»aquel tres veces santo,  
»bajará sobre ti; su sombra pura  
»cual generoso manto

»Te cubrirá; por esto al santo fruto,  
»virgen, que en ti naciere;  
»pueblos y reyes le darán tributo,  
»y ¡ay del que no creyere!

»Porque creas la nueva soberana  
»que así te ha sorprendido,  
»te diré que Isabel, tu prima anciana,  
»un hijo ha concebido.

»Y aunque estéril la juzgan, del preñado  
»esta es la sexta luna:  
»no hay imposible al Sumo, al increado  
»que amor y ciencia aduna.»

Entonces la doncella anonadada,  
al nunciador divino  
así le contestó, la faz bañada  
en rubor purpurino.

«He aquí sumisa del Señor la esclava;  
hágase en mí su voluntad divina.»  
Y en aquel punto el ángel se elevaba  
al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo  
a habitar en la cárcel maldecida,  
y rescatar al hombre del profundo,  
muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable  
de la generación maravillosa  
de un Dios, en vil materia deleznable,  
si bien hecha por él; noble y gloriosa

Sólo el hombre en su ciencia envanecido  
no sospechó que estaba tan cercano  
el instante feliz y apetecido

del complemento del linaje humano.

Del invierno era el fin, la primavera,  
derramando raudales de verdura,  
al monte, al llano, al bosque y la pradera  
revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol más puro el vivo rayo,  
y en la flor columpiándose indecisa,  
fragante don del prematuro mayo,  
con voz más dulce susurró la brisa.

Y de las aves el harpado coro  
entonó más armónicas canciones;  
y enmudeció del infeliz el lloro  
y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera  
sumisa recostándose adormida;  
del bajo mundo a la encumbrada esfera  
todo tuvo otro ser y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores  
los rebaños trayendo a las majadas,  
y al volver a su hogar los labradores,  
sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas  
confusos se paraban de los ríos,  
escuchando armonías misteriosas  
que de prados y montes y plantíos,

En la región del aire se elevaban  
y sobre ellos un punto se cernían;  
y de aquellos prodigios se admiraban  
y a sus gentes tal vez los referían.

En tanto que MARÍA en el estrecho  
límite de su estancia, meditaba,  
y de santa inquietud turbado el pecho  
a obedecer a Dios se preparaba.

## La visitación

Era aquella estación de encanto llena,  
la estación que los campos engalana,  
la que da a cada tallo su capullo  
y a cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura  
y murmurio más plácido a sus aguas,  
y al día más fulgentes resplandores  
y a la noche más sombras y más calma.

Era en fin la risueña primavera:  
estación del amor afortunada,  
en que naturaleza se reviste  
de mayor juventud, vigor y gala.

Cuando dejando a Nazaret MARÍA,  
caminó de Judea a las montañas,  
y a la ciudad de Aïn, do el sacerdote  
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita  
de la casta Isabel, aquella anciana,  
que, según el celeste paraninfo,  
en su extrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta  
alimentaba entonces en sus entrañas;  
y anhelaba MARÍA de aquel triunfo  
testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes  
salió de Nazaret una mañana,  
dejando allí a José, que por entonces  
no pudo a su pesar acompañarla.

Penosas y no exentas de peligro  
de Nazaret a Aïn cinco jornadas  
hubo de hacer MARÍA, expuesta siempre  
a fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella región por mil torrentes  
cortada y asperísimas montañas  
y arenosos desiertos, propio asilo  
de hombres perversos o de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas  
que en posteriores tiempos la romana  
industria reparó, se interrumpían  
por barrancos o bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas al viajero  
con caída mortal amenazaban,  
o desiguales surcos y hundimientos  
que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto  
que con sus tiendas móviles formaban,  
detenía acaso entre temores  
y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,  
y una sencilla tienda la morada,  
do pasaba la noche temerosa  
la Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino  
al término feliz, y sin tardanza  
se dirigió a la casa que el Levita  
con su esposa amadísima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas  
de la ilustre visita fue informada,  
a su encuentro acudió, del puro gozo  
el rostro lleno que inundaba el alma.

Y la joven entonces no queriendo  
que ella fuera primera en saludarla,  
«¡la paz del sumo Dios contigo sea!»  
la dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, a su cuello  
se quiso abalanzar; pero la anciana  
súbito un paso atrás retrocediendo,  
fijó en ella su límpida mirada.

A la expresión de afecto cariñoso  
que su franca sonrisa revelaba  
pocos momentos antes, un profundo  
respeto sucedió: su frente ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura

se tornó: sus facciones transformadas  
rayos resplandecientes despedían  
que de luz el vestíbulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo  
sobre ella descendió, y arrebatada  
pronunció, dirigiéndose a MARÍA,  
con resonante voz estas palabras:

«¡Salve tú, bendecida  
»entre toda terrestre criatura!  
»Salve corriente pura,  
»al mortal escondida,  
»de eterna redención y eterna vida!

»Bendita tú, y el fruto  
»de tu vientre purísimo, bendito!  
»Al turbido Cocito,  
»el hombre en llanto y luto,  
»Ya libre, no dará fatal tributo.

»¿De dónde la ventura,  
»de que la madre de mi Dios, piadosa  
»a mí venga amorosa,  
»bajando de su altura,  
»de esta su esclava a la mansión oscura?

»Que al llegar a mi oído  
»su voz, en mis entrañas se ha agitado,  
»de gozo el hijo ansiado.  
»¡Feliz la que ha creído!  
»¡el misterio inmortal será cumplido!»

Miriam entonces, plácida, serena,  
aunque del Santo Espíritu agitada,  
con voz suave de armonía llena  
prorrumpió en este cántico inspirada:

- II -

«¡Gloria, gloria al Señor!... La lengua mía  
»exclame enajenada;  
»en Dios que es su salud y su alegría  
»el alma transportada!

»Que sin ver de su esclava la bajeza  
»colmola de bondades;  
»y admirarán su espléndida grandeza

»del mundo las edades.

»De corona inmortal ornó mi frente;  
»cubriome con su manto,  
»aquel temido Ser omnipotente,  
»el que es tres veces santo!

»El que agita del mar y de los vientos  
»la indómita pujanza;  
»y vuelve a los furiosos elementos  
»la paz y la bonanza;

»Cuya misericordia y cuyos dones  
»sin límite se extienden,  
»sobre una y diez y cien generaciones  
»de los que no le ofenden.

»Desplegó el indomable poderío  
»del brazo prepotente,  
y en medio aniquiló al mortal impío  
»de su furor demente.

»Derrocó a los magnates poderosos  
»del solio enaltecido;  
»y a los sitios de honor esplendorosos  
»ensalzó al abatido.

»Al pobre enriqueció, y a los hambrientos  
»colmó de sus favores;  
»tornándose desnudos, macilentos,  
»los ricos opresores.

»De su misericordia ilimitada,  
»pompa hizo en su largueza;  
»y recobró Israel esclavizada  
»su brío y altiveza:

»Según lo que a Abraham fue prometido  
»y a nuestros genitores,  
»y hasta que el fin del mundo haya venido

- III -

»tendrán sus sucesores.

Treinta soles pasó la Virgen pura  
en la región Hethea bendecida,  
de Aïn a pequeñísima distancia,  
en la casta mansión de Zacarías:

allí la nieta de David, dotada  
como él también de inteligencia altiva  
en su primer cantar nubló la gloria  
del gran progenitor de su familia:

Allí al caer de la apacible tarde  
cuando empieza a alentar la fresca brisa  
miraba acaso el estrellado cielo  
de vaporosas nubes intranquilas  
cubierto, que a la vista semejaban  
diáfanos velos sobre piedras finas;  
o del inmenso mar allá a lo lejos  
las llanuras sin límites seguía,  
ya, cuando de sus olas agitadas  
del aquilón a las tremendas iras,  
en montes de zafir hasta las nubes,  
querer llegar osadas parecían;  
o ya cuando apacibles, levemente  
rizadas por las auras vespertinas,  
venían a dormirse en manso curso  
sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,  
hasta entonces, a Miriam desconocidas,  
anegaban su ser, aquellas horas  
de honda meditación!... ¡Con qué delicia  
de la madre común, naturaleza,  
contemplaba la pompa y armonía!  
Desde el inmenso universal conjunto,  
que el mezquino mortal, con pasmo admira,  
soñando acaso en vanidoso sueño  
que sus leyes incógnitas descifra;  
y amontonando luego en laborioso  
estudio, los sistemas que combina,  
cuando el secreto juzga adivinado,  
en el punto se ve de su partida;  
y una vez y otra vez a soñar vuelve,  
y más y más se ofusca y extravía  
la orgullosa razón de que se jacta,  
que ante un grano de arena se aniquila;  
hasta las más pequeñas perfecciones,  
hasta las más debilitadas tintas,  
que la mano suprema sabia puso  
del prado en las postreras florecillas.  
Ella amaba los bosques y los campos,  
las aguas de las fuentes cristalinas,  
las doradas espigas del otoño  
y de mayo las flores bendecidas.

Ella, mística flor, en los cantares  
del sabio Rey llamada; entre las hijas  
de los hombres, al lirio comparada,  
que crece del zarzal en las espinas,  
ella que al mundo fue, cual la paloma  
que al arca de Noé llevó la oliva,  
señal de salvación en el naufragio,  
en la muerte señal de eterna vida!

Vecino a la mansión del Sacerdote  
un extenso jardín cercado había,  
do en rica pompa ufanos se ostentaban,  
y en fragancia y verdura competían,  
los árboles y plantas más hermosas  
que produce en su seno Palestina.  
Su brillante diadema de esmeralda  
sobre todas las otras altecida  
soberbia erguía la feraz palmera,  
del dulce fruto ornada, que es delicia  
del hombre; allí el naranjo perfumado  
de su flor inmortal, se estremecía,  
cubriendo el suelo de menudas hojas  
de azahar, a la nieve parecidas.  
Allí el rojo granado, el sicómoro  
de esbelto talle, la copuda encina,  
el tamarindo, el abedul reacio,  
y el cedro, rey de la floresta umbría;  
y el plátano flexible, cuya copa  
de verde claro al céfiro mecida,  
tan tersa luce al sol y abriantada,  
que a las sedas de Persia diera envidia:  
Y en fin la pompa y gala y donosura  
estaba allí completa y reunida,  
con que dotó feraz naturaleza  
las fértiles llanuras de la Siria.  
En medio, de una fuente saltadora  
brotaba la corriente clara y viva,  
que desde entonces entre los hombres lleva  
el dulcísimo nombre de MARÍA.  
Y allí de algunos sauces a la sombra  
ambas sentadas, las felices primas  
pasar solían las serenas tardes  
en plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazónada y religiosa  
aquella dulce plática sería!  
Santas las dos, las dos en sexo iguales,

mas en fortuna y en edad distintas:  
cual la mujer primera, de este mundo  
al nacer a la luz, joven, sencilla,  
ignorante del mal, era la una,  
al trono más espléndido elegida.  
La otra mujer, en años avanzada,  
alta en virtud y en experiencia rica,  
estimaba en su precio verdadero  
los bienes y los males de la vida.  
Ambas desde el principio destinadas  
a suertes portentosas e inauditas,  
la una en su seno, estéril tantos años  
del profeta mayor estaba en cinta;  
Miriam, cándido lirio de los valles,  
reina de los cantares escogida,  
dentro de sí llevaba el germen puro  
del sumo ser, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,  
cuando sobre la tierra que dormita  
y la tranquila mar, la blanca luna  
sus dulces rayos amorosa vibra;  
por bajo de una higuera agigantada  
o de un parral so la enramada umbría,  
con sencillez servíase el banquete  
de aquella ilustre patriarcal familia:  
el tierno corderillo, alimentado  
con la yerba aromática que crían  
aquellos altos montes; frescos peces  
cogidos de Sidón en las orillas,  
y miel silvestre, acaso disputada  
al tronco secular de alguna encina;  
y en cestas de anchas hojas de palmera  
graciosa y diestramente entretejidas,  
de Jericó los dátiles sabrosos  
que a la mesa del César se servían,  
junto con los alfónsigos de Alepo,  
los duraznos de Armenia, las sandías  
de Egipto, y otras frutas delicadas,  
en rica profusión se repartían.  
Y el balsámico vino que producen,  
de la fértil Engaddi las colinas,  
en ánforas de piedra conservado  
del sumo sacerdote Zacarías;  
en vasos de riquísimas labores,  
o en copas de topacio y amatistas,  
en torno a los alegres convidados,

escanciaban los siervos a porfía.  
Circundada de tal magnificencia,  
parca empero Miriam, cual la avecilla  
que en medio a los racimos del otoño  
hace de un solo grano su comida,  
de blancos lacticinios y de frutas  
se alimentaba, y por final bebía  
una taza pequeña de agua pura  
en su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fue llegado  
para Isabel el venturoso día  
de dar la luz al precursor profeta,  
fragante flor de su vejez marchita.  
Mas apenas del riesgo libertada,  
cuando aprestos espléndidos se hacían  
a celebrar con la debida pompa  
el feliz nacimiento del Bautista;  
de aquel mundano, atronador tumulto,  
cual paloma asustada huyó MARÍA,  
y dejando los montes de Judea,  
de Nazaret la senda conocida  
tomó, después que en su dorada cuna  
bendijo y abrazó al moderno Elías.

## Libro sétimo La Virgen Madre

- I -

De vuelta a Nazaret, la humilde vida  
volvió a emprender Miriam acostumbrada,  
que pudiera olvidar envanecida  
viéndose a tantas glorias ensalzada:  
al querer de su esposo sometida,  
dulce, activa, prudente, recatada,  
la oración, el trabajo y la lectura  
toda ocupaban su existencia pura.

Empero, más visibles y patentes  
se hacían de su estado las señales,  
y amarguísimas dudas y dolientes  
recelos, las entrañas paternales  
de José desgarraban vehementes;  
que aunque ajeno de amores terrenales  
su corazón, inmenso en él ardía  
místico y puro amor por su MARÍA.

Y no ya los rencores que atormentan  
los estrechos humanos corazones;  
ni las turbias borrascas que alimentan  
en el mortal volcánicas pasiones,  
que justicia y honor le representan  
de un ciego pundonor las sugerencias;  
ni el vástago de estirpes soberanas  
lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,  
del ángel puro la mortal caída;  
lloraba con dolor imponderable  
su ya perdido amor, su fe perdida:  
la dulce paz, el júbilo infame,  
los blandos goces de su santa vida,  
perdidos para siempre, lamentaba  
y lágrimas amargas derramaba.

Negábase a creer no pocas veces  
la vista de sus ojos persuadidos,  
y testimonios de comprados jueces  
juzgaba el acusar de sus sentidos:  
el cáliz del dolor hasta las heces  
apurando, con ayes doloridos,  
preguntábase a sí, si las señales  
que vía no eran sombras infernales.

Mas un día llegó, que ya imposible  
la dada fue: los propios habitantes  
de Nazaret, del casto e invisible  
lazo que había entre ellos ignorantes;  
un agudo puñal en el sensible  
corazón, con sus plácidos semblantes  
y parabienes mil que le ofrecieron,  
en su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo  
en situación tan triste y tan horrenda?

Según la ley judaica, al ominoso  
crimen la muerte sólo daba enmienda,  
y de baldón cubríase afrentoso  
el varón israelita que en su tienda  
en su hogar, y en su honrosa compañía,  
a una mujer adúltera sufría.

¿Cómo al través del tenebroso muro  
formado del revuelto torbellino  
del duelo amargo y del dudar oscuro,  
hallar de salvación algún camino?  
En medio al laberinto un rayo puro  
José imploraba del fulgor divino;  
mas sordo el cielo a su gimiente ruego  
negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente  
en millares de soles apoyado,  
que fundó para sí el Omnipotente,  
y está a los mismos ángeles velado;  
dirige una mirada complaciente  
sobre el esposo triste, el Increado;  
y aunque su hondo gemir piadoso escucha  
le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos  
fijos los ojos en el noble anciano,  
esperan de temor estremecidos  
el fin de aquel combate sobrehumano:  
y al ver tanto valor, enternecidos,  
vueltos a su temido soberano  
del que lucha en favor sumisos oran  
y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado  
en la noche sin fin caliginosa  
a su propio vigor; mas sustentado  
por su alma sublime y valerosa;  
de una idea feliz iluminado,  
tomó resolución tan generosa,  
que si hubiera pasión sobre las nubes  
envidiaranla acaso los querubes.

Condenar era justo a la culpable,  
repudiándola, al llanto y abandono,  
mas era su suplicio inevitable  
de sus propios parientes al encono:

quiso pues, en su amor incomparable  
no sólo perdonarla; el noble trono  
darla también que nunca niega el mundo  
a la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano  
el desprecio y baldón inmerecido  
aun de sus propios deudos, el anciano  
se preparó a la fuga decidido:  
turbia la vista, trémula la mano  
trabaja aún en el taller querido,  
testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,  
hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas  
donde le lleva su infeliz destino,  
por sendas peligrosas e ignoradas,  
irá vagando el pobre peregrino:  
leyes, usos, costumbres ignoradas,  
¿a quién preguntará por su camino?  
¿Acaso algún hogar serale abierto  
del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,  
un seno amigo, en extranjero suelo;  
¿quién habrá que al mendigo solitario  
de su perdido amor le dé consuelo?  
¿Quién abrirá el asilo funerario  
do presto le ha de hundir su desconsuelo?  
¿Quién regará con llanto de sus ojos  
la tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,  
sus selvas de azahar embalsamadas,  
sus auroras de fuegos encendidas,  
sus noches tan serenas y calladas:  
las aguas de sus fuentes bendecidas,  
sus nubes blanquecinas y azuladas,  
los parientes amados, los amigos  
que del perdido bien fueron testigos;

Y el techo desigual que levantaron  
en más felices días sus mayores,  
las modestas estancias que habitaron,  
recuerdo perenal de sus dolores;  
y aquellos toscos muebles que labraron  
testigos de su dicha y sus amores,

todo en fin, lo que caro es en la vida,  
abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho  
en inquieto dormir desahogaba  
con hondos ayes el dolor del pecho,  
pareciole mirar que iluminaba  
una luz celestial el cuarto estrecho,  
y un ángel del Señor la derramaba,  
el cual con voz suavísima, argentina,  
más que el rumor del aura vespertina:

«Hijo del gran David, no acongojado  
»estés, ni en tales dudas sumergido;  
»el niño que tus penas ha causado,  
»en el seno purísimo nacido  
»de Miriam, del Señor es hijo amado,  
»y por él será el mundo redimido;  
»y aunque tiene en el cielo eternos nombres,  
»Jesús será llamado entre los hombres.»

Dijo y desapareció. -Del blando sueño  
recordando José la gran dulzura,  
el rostro antes tristísimo, risueño  
se alzó al amanecer del alba pura:  
y solícito, amante y halagüeño,  
creyendo apenas la inmortal ventura,  
con voz llena de encanto y alegría  
como a su reina saludó a MARÍA.

- II -

Como acaso al volver al patrio suelo,  
do al través de los mares se encamina,  
sobre un altivo escollo el raudo vuelo  
detiene la viajera golondrina:  
y en el nido fugaz, vecino al cielo,  
de donde la extensión del mar domina,  
ajena al rebramar del viento airado,  
en el antiguo piensa nido amado;

Así Miriam ignara del tremendo  
rugir de las borrascas de la vida,  
pura y sin mancha en medio al torpe estruendo  
de la mundana gente corrompida,  
notar no pudo aquel martirio horrendo  
que, al juzgarla el patriarca envilecida,  
rasgó su corazón tan noble y fuerte

con más crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada  
en puras e inefables alegrías;  
día y noche, confusa y agitada,  
escucha misteriosas armonías  
que entonan en redor de su morada  
en coro las celestes jerarquías,  
mientras callan los vientos bramadores  
y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo explicar en lenguas terrenales  
de censo oscuro y áspero sonido,  
la suma de rubores virginales  
y de gozo y amor enardecido,  
que cuando en sus entrañas maternas  
el VERBO del Señor se ha estremecido,  
sienten su corazón y su alma pura  
llenos de aquella insólita ternura?

¡Amor de madre! amor acá en la tierra  
imagen pura del amor divino;  
sentimiento clarísimo que encierra  
cuanto hermoso del cielo al mundo vino:  
iris de paz en la continua guerra  
de las pasiones que nos dio el destino,  
bálsamo celestial, gozo del alma,  
puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanación de un Dios piadoso,  
consuelo en los dolores inefable,  
amor constante, fino, generoso,  
indulgente, benigno, inalterable:  
don del Omnipotente el más precioso,  
pródigo de perdón para el culpable,  
copiosísima fuente clara y pura,  
de júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,  
de la pobre mortal naturaleza  
el lodo vil con su fulgor inflama,  
depura y aquilata su impureza:  
y en él torrentes de virtud derrama,  
y el corazón levanta a tal alteza,  
que entonces la mujer, ángel del cielo  
parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante  
dicha en sacrificar, fortuna y vida,  
por ver feliz y del dolor triunfante  
la dulce prenda de su amor querida?  
¿Qué riesgo a detener será bastante  
a quien la misma muerte no intimida?  
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo  
a la que con morir salva a su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa  
basta sola a engendrar virtudes tales  
y abnegación tan fina y valerosa  
en los comunes pechos maternos:  
¡cuánto más levantada y poderosa  
y fecunda en afectos celestiales,  
y abnegación sublime, no sería  
en el seno dichoso de MARÍA!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,  
al esposo de que anda enamorada;  
eterno amor que dentro a su alma mora  
desque al vivir del mundo fue creada:  
suavísimo recuerdo que atesora  
en la región más noble y apartada  
del tierno corazón, que Dios le diera,  
porque en su santo amor se consumiera!

Tierno botón que en el jardín ameno  
del aura acariciado fresca y pura,  
de viva savia y de perfume lleno,  
llega a la perfección de su hermosura;  
y sin abrir al roedor veneno  
de reptil ponzoñoso o de aura impura  
el cáliz virginal de azul y oro  
de su aroma real guarda el tesoro:

Tal el virgíneo pecho de MARÍA,  
de manchas libre o corporal flaqueza,  
puro como la luz del rey del día  
intacta conservaba su entereza;  
y el amor maternal que en él ardía,  
mayor intensidad, más fortaleza  
tuvo y debió tener, que los amores  
propios de esta mansión de los dolores.

Virgen de toda culpa inmaculada,  
criatura de Dios mismo elegida,

sobre el mortal caduco sublimada  
sobre el eterno coro enaltecida;  
hízola Dios su esposa muy amada,  
y entre él y nuestra raza maldecida  
ella fue la divina mediadora  
del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo  
que nació sin la mancha del pecado;  
la sola cuyo vientre fue fecundo  
sin ser en su pureza amancillado:  
misterio santo, altísimo, profundo,  
no entendido y empero venerado  
por el audaz mortal que impío niega  
cuanto no alcanza a ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino  
nos llega a iluminar la lumbre pura;  
así del sol el rayo diamantino,  
sin romper de las aguas la tersura,  
penetra en deslumbrante torbellino  
tal vez al fondo de la mar oscura,  
semejando en sus olas rebramantes  
del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre a un tiempo: -Perfumado  
capullo y a la vez fragante rosa;  
el bien aún de nosotros alejado,  
y de aquel bien la posesión dichosa:  
La esperanza a la vez y lo esperado;  
la anhelante inquietud, la paz sabrosa,  
tal el misterio fue que dio fecundo  
fruto de vida y libertad al mundo.

Belén

- III -

¿A dónde envanecido  
me arrastras, ardoroso pensamiento?  
¿dó vuelas, atrevido,  
con raudo movimiento,

ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo a escalar te atreves  
esa región de tan suprema altura?  
¿Cómo en alas tan leves  
alcanzar la ventura  
de contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso  
del sol, en mariposa convertido,  
que al cielo esplendoroso  
remontas decidido,  
en tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse  
en breve la asperísima subida?  
¿Dó será que descanse  
tu fuerza enflaquecida  
en lucha a tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,  
esos tus ojos débiles mortales,  
que a los solares fuegos  
se anublan, los raudales  
contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla  
al choque más ligero quebrantado,  
en cuya mente brilla  
un destello emanado  
del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma  
mezcla de lodo y de fulgor divino?  
bomba fugaz de espuma,  
que en su raudo camino  
hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,  
más allá de su ser ansioso mira...  
¿Es su esplendor pasado  
perdido, el que suspira,  
o a más glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,  
que su mezquino ser constante agita;  
un turbido mareo,

que sin cesar le incita  
y en vórtice sin fin lo precipita,

Y tú, mortal poeta,  
de flaca voz y genio limitado;  
¿Podrás a la alta nieta  
llegar afortunado,  
a tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,  
funesto don de la ignorancia humana;  
¿aspira tu locura  
a ver la soberana  
luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente  
el vate contra el polvo prosternando  
la antes altiva frente,  
no orgulloso cantando,  
las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fe del cielo  
en las fulgentes alas sostenido;  
acaso en raudo vuelo  
remonte enardecido  
do el sumo resplandor vive escondido!  
- IV -

Las águilas impías  
dominaban señoras del romano  
sobre naciones cultas y bravías:  
el Galo y el Hispano,  
el Picto y el indómito Germano;

Y el Sárмата invencible,  
en su árido desierto, y el Numida  
con su corcel terrible,  
y el Chino, cuya vida  
de la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente Griego,  
y el Persa en los tejidos afamado;  
y el Abisinio ciego,  
y el Kopto iluminado  
en ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,

cuna del Salvador afortunada,  
hasta el rico Occidente;  
vecina o apartada,  
pobre o rica, desierta o habitada;

Región no había alguna  
que no rindiese humilde vasallaje  
de Roma a la fortuna;  
ni viviente linaje,  
que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo  
de Roma, se humillaba entero el mundo,  
esclavo de un esclavo!  
que Roma, al yugo inmundado  
del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente  
de regiones vastísimas señora:  
-La reina prepotente  
a quien el mundo implora,  
al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,  
las antiguas virtudes olvidadas,  
so el yugo que le oprime;  
las leyes conculcadas,  
las más santas costumbres despreciadas!

-Tributaria Judea,  
el trono de David era ocupado  
no de familia hebrea;  
un extranjero odiado  
era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento  
del mundo en las edades, de los días  
que al fausto nacimiento  
del Redentor Mesías  
anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano  
quiso contar la inmensa muchedumbre  
esclava del romano;  
y de su servidumbre  
a aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera  
un empadronamiento escrupuloso,  
    en el cual se inscribiera  
    con el menesteroso  
el altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,  
del edicto imperial desapiadado  
    fieles ejecutores;  
    al mundo esclavizado  
obedecer hicieron lo mandado.

- V -

Fieles José y MARÍA a la costumbre  
seguida en Israel desde remotas  
edades, de inscribirse por familias  
y tribus; la romana ley premiosa  
apenas conocida, resolvieron  
dirigirse a Belén sin más demora.  
Era aquella ciudad, patria felice  
de David; y José y su casta esposa,  
descendientes de aquel, la contemplaban  
su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin. -Torrentes raudos  
desde la cima de las altas rocas,  
con horrible fragor hasta los valles  
llevaban sus corrientes bramadoras:  
silbaba el aquilón del norte frío  
al través de las ramas ya sin hojas  
del cedro y terebinto que en los llanos  
se burlan de sus iras destructoras;  
y el cielo azul de viajadoras nubes  
cubierto, que los astros encapotan,  
que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre  
de la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría  
emprendieron la marcha fatigosa  
José y Miriam. -La joven cabalgaba  
sobre el manso animal, que a las matronas  
pobres servía en dilatados viajes  
por aquellas comarcas arenosas.  
A pie de ella no lejos caminaba,  
vástago ilustre de prosapia heroica,  
pensativo el esposo, meditando  
en las promesas del Señor gloriosas.

A las cinco jornadas descubrieron,  
ceñida de amenísima aureola  
de viñas y de olivos inmortales,  
la ciudad de los reyes. -Ricas tropas  
de jóvenes jinetes, que atrevidos  
espolean las yeguas voladoras,  
y mujeres ilustres revestidas  
de sedas y de púrpuras costosas,  
montados en camellos, atraviesan  
de Belén por la senda a todas horas;  
y al pasar de los pobres peregrinos  
al lado, una mirada desdeñosa  
acaso les dirigen, ignorando  
que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba  
edificio de fábrica orgullosa,  
cuyas blancas paredes, de aquel marco  
de olivos y viñedos que corona  
los collados vecinos y montañas,  
al sol se destacaban. -Presurosa  
dirigió la feliz cabalgadura  
a aquel punto José. Mas con zozobra  
oyó que ya lugar ninguno había  
do descansara su afligida esposa.  
Entonce a la ciudad siguió el camino;  
mas en vano sus calles tortuosas  
en busca recorrió de algún albergue:  
Todos los Belenitas con faz torva  
a recibir negáronse al viajero  
de apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya extendía  
de nubes densas y apiñadas sombras  
sobre el altivo monte y la llanura  
la noche del descanso protectora:  
y José en su aflicción desesperando  
de encontrar un asilo, con llorosa  
faz, resolvió salir a la campiña,  
ya sumergida en las tinieblas hondas.  
-A la parte del Sur y no muy lejos  
de la dura ciudad, caliginosa  
había una caverna, caro asilo  
tal vez en las borrascas bramadoras  
de pastores a un tiempo y de ganados.  
Allí José y Miriam en fervorosa  
oración, juntamente bendijeron

de Dios la omnipotencia previsor.

Y allí cuando rasgando el negro velo  
con que al mundo cubrió la niebla oscura,  
señala media noche a nuestro suelo  
el astro luminoso en el altura;  
sin humano dolor, al rey del cielo  
encarnado en terrestre criatura,  
dio a la luz la esposa del Señor, MARÍA,  
llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,  
mansas las olas de la mar gimieron,  
sus fuegos los volcanes apagaron,  
los prados de sus flores se vistieron:  
las estrellas del cielo se agitaron  
y con más viva luz resplandecieron;  
y en himnos mil de júbilo, triunfales,  
resonaron las arpas celestiales.

- VI -

Cerca del establo  
hay un prado ameno  
do muchos pastores  
junto a sus corderos  
pasaban la noche  
las iras temiendo  
de feroce tigre  
o chacal sangriento:  
cuando de zozobras  
están más ajenos,  
he aquí que de pronto  
descienden al suelo  
de una luz divina  
los puros reflejos;  
y un joven gallardo,  
de la luz en medio,  
a quien los zagales  
ven de espanto llenos,  
con voz más süave  
que el blando ceceo  
es del hijo caro  
al amor materno:

«No temáis, les dijo,  
»que soy mensajero  
»de paz y alegría

»al vasto Universo.  
»Hoy mismo ha nacido,  
»de Belén no lejos,  
»por decretos altos  
»quien del mundo es dueño:  
»y aunque, soberano  
»de tronos e imperios,  
»da y quita a los hombres  
»coronas y cetros;  
»no en sumos palacios  
»ni alcázares regios  
»le busquéis; de toscos  
»pañales cubierto  
»¡sobre húmeda paja  
»yace el rey del cielo!  
»acudid, pastores,  
»zagales id presto:  
»sed al gran Mesías  
»en ver los primeros:  
»no tardéis, dichosos  
»pastores hebreos,  
»y en vuestro camino,  
»más raudos que el viento  
»llevadle tributos  
»de amor y respeto  
»mirad que es nacido  
»el rey de los cielos!»

Y en medio a los aires  
un sonoro estruendo  
de angélicas voces  
contestó a lo lejos:  
«Gloria en las alturas  
»al Señor eterno,  
»y al hombre sencillo  
»y de honrado pecho  
»paz y bien andanza  
»del mundo en el suelo.»  
Y entre blancas nubes  
subiendo a los cielos  
más y más remotos  
se fueron oyendo  
de aquellos cantares  
los límpidos ecos.  
Cuando de la noche  
las brisas gimieron  
solas en el prado

y en el bosque ameno,  
juntos los pastores,  
teniendo consejo,  
a Belén dichosa  
pasar resolvieron,  
sus pobres rebaños  
dejando contentos  
bajo la custodia  
del pastor supremo,  
cuya sombra amiga,  
cubre a un mismo tiempo  
al hombre orgulloso  
y al humilde insecto.

Entonces tomaron  
algunos modestos  
presentes: nevados  
corderillos tiernos;  
entre verdes hojas  
con cuidado envueltos  
requesones blancos  
y sabrosos quesos;  
lecho fresca y pura  
en cántaros nuevos;  
pieles adobadas,  
y en pajizos cestos  
los áureos racimos  
y frutos diversos  
que son del otoño  
preciado ornamento.  
Y alegres tomaron  
el limpio sendero  
que recto conduce  
de David al pueblo;  
mas cuando vecinos  
al establo fueron,  
por secreto impulso  
entráronse dentro:  
allí en cuna humilde  
de juncos y helechos,  
el rostro cercado  
de fúlgido fuego,  
al sumo Mesías  
reclinado vieron.  
Miriam inclinada  
cabe el pobre lecho  
extasiada adora

al divino verbo;  
mientras el anciano  
de allí no muy lejos,  
ante el tierno niño  
con hondo respeto  
su cabeza cana  
inclina hasta el suelo.  
Y dos animales  
fieles compañeros  
del sabio que huye  
del mundano estruendo,  
como, si capaces  
de luz, muy atentos  
mirar parecían  
de Dios los misterios;  
-tan pobre y humilde  
si leal cortejo  
cercaba la cuna  
del rey de los cielos!

Apenas el grupo  
los pastores vieron,  
puestos de rodillas,  
gozosos los pechos,  
sus rústicos dones  
al Cristo ofrecieron:  
y un rayo de luna  
pálido y sereno  
ilumina el cuadro  
con fulgor incierto.  
-¡Venturoso día!  
-¡Triunfador momento!  
Al débil vagido  
del párvulo tierno,  
allá en los altares  
de sus ricos templos,  
los dioses mentidos  
del turbido Erebo  
con susto temblaron,  
de rabia gimieron,  
viendo el fin cercano  
de su impuro reino;  
en tanto que el mundo  
de su dicha ajeno  
tranquilo descansa  
en brazos del sueño.

Los sencillos pastores  
de Judá, por los ángeles llamados,  
a ser de los humanos precursores,  
en tributar al gran recién nacido  
homenajes de amor, a sus hogares  
volvieron asombrados,  
el prodigio contando enaltecido  
en dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido  
el tiempo en que a los hombres otros labios  
de más autoridad, noticia dieran  
del gran suceso en Bethelen cumplido.  
Los de sencillas almas han creído,  
ahora toca a los reyes y a los sabios.

Siguiendo de una estrella  
la marcha caprichosa  
al través de la atmósfera azulada;  
de Seleucia la bella  
capital de los Parthos afamada,  
partió una caravana numerosa:  
Tres magos, sapientísimos varones,  
de su nación orgullo y altiveza,  
de numerosos siervos escoltados,  
cabalgando en camellos abrumados  
so la alta pesadumbre  
de muchos, ricos y preciosos dones  
destinados a aquel que en la pobreza  
quiso nacer del mundo; se encaminan  
del astro amigo a la esplendente lumbre  
a la feliz Belén: a diestra mano  
dejan detrás de sí, como declinan  
del Éufrates undoso al seco llano  
de destrozados mármoles cubierto,  
el campo solitario  
do en otro tiempo fuera Babilonia.  
El viento del desierto  
rompe solo el silencio funerario  
de aquella inmensa tumba,  
y su alentar que en ecos mil retumba  
con lúgubre ruído  
en el campo de muerte despoblado,  
semeja a un hondo, fúnebre gemido,  
de Dios mismo lanzado  
sobre los restos del poder pasado!

Delante de los regios caminantes,  
tal como la columna luminosa  
que a la playa arenosa  
del Rojo mar guiara en otros días  
las fugitivas turbas palpitantes  
del pueblo de Israel; en las sombrías  
noches, y cuando el sol en su carrera  
de luz inunda la terrestre esfera;

la estrella conductora,  
de la dicha del mundo anunciadora,  
como mortal viajero, caminando,  
ya recta, ya oblicuando  
en el campo del cielo esplendoroso,  
va en curso caprichoso  
su camino a los Magos señalando.

Y cuando del reposo  
el hora del viajero apetecida  
llega, la clara estrella, suspendida  
sobre las tiendas cándidas, parece  
que en su lecho de nubes se adormece;

y la aurora venida,  
da otra vez la señal de la partida.

Así pasando van por la llanura  
tan rica de verdura  
de la opulenta Asiria y sus ciudades;  
la populosa Arbela,  
la altiva Cangamela,  
do del gran Macedón al fuerte brío  
quedó deshecho el infeliz Darío;  
y aquel funesto ejemplo a las edades,  
el campo do fue Nínive altanera,

que en inflamada hoguera  
del cielo en rojos mares desprendida,  
castigo de sus torpes liviandades,  
toda quedó en pavesas reducida,  
del alto templo a la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura  
de la estrella la marcha infatigable,  
pisaron la comarca bendecida  
de la Mesopotamia: deleitable  
región, entre los cauces comprendida  
del Éufrates y el Tigris caudalosos;  
y luego en los senderos arenosos,  
a la lumbre del astro que camina,  
entraron de la seca Palestina.

Por fin a la mitad de un claro día  
cuando el sol más fulgente relucía,  
las elevadas torres divisaron  
de una grande ciudad, cuyas agudas  
veletas, en los aires descollaban  
sobre las cimas áridas, desnudas,  
de las montañas mil que la cercaban.  
Y los pechos henchidos de alegría,  
¡Jerusalén! ¡Jerusalén! gritaron,  
y a la Sión terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente  
fatigados, llegaron con premura  
a apagarla en la linfa transparente  
de una cisterna oculta en la verdura  
que a la orilla del árido camino  
les deparó el destino.  
Desalterados ya, la amiga estrella  
volviéronse a mirar; mas los cuitados  
ni el astro luminoso, ni su huella  
pudieron descubrir; desorientados  
a la Santa Salem se dirigieron:  
«esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,  
»cuna feliz del joven rey Mesías  
»que anuncian las antiguas profecías:  
»¿A qué dudar? -Por la primera puerta  
»que entremos en Salem, las colgaduras  
»preciadas, las esencias olorosas,  
»los ramos de palmera entretejidos,  
»los alegres sonidos  
»de las arpas hebreas; las ruidosas  
»danzas, y los triunfales alaridos,  
»bastante nos dirán, sin duda alguna  
»dónde del niño rey yace la cuna.»

Mas al entrar por la ferrada puerta,  
de la ciudad famosa,  
melancólica, mustia y silenciosa,  
cual si de hombres hallárase desierta,  
la vieron con espanto. Una espaciosa  
calle tomaron, en la cual se vían  
de distancia en distancia algunos hombres  
que el extranjero séquito miraban  
y entre sí recatados departían  
o en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los Magos preguntaban  
por el rey inmortal recién nacido;  
pero los Salemitas se admiraban:  
«¿En dónde habéis oído  
»esa nueva feliz?» les respondían  
y con aire de duda, sonreían.  
«El que reina en Judá, no es el Ungido  
»del Señor, ni del pueblo el escogido:  
»es un vil extranjero,  
»quien del trono a los bárbaros comprado  
»no tiene por fortuna un heredero.»

Los sabios con semblantes consternados  
siguieron por la calle populosa  
do en más felices días descollaba  
con planta majestuosa  
de David el palacio celebrado.  
De la fábrica antigua esplendorosa  
en el recinto ahora destrozado,  
levantaron sus tiendas los viajeros  
entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores  
del rey, fueron ligeros  
a contarle de aquellos extranjeros  
la venida y sus causas. -Mil temores  
asaltaron entonces al tirano.  
«¿Acaso un sueño vano  
»podrá ser de los sabios soñadores?  
»¿O el verdadero Schilo en otros días  
»por el mismo Jacob vaticinado?»  
Entonces de la ley a los doctores  
convocó a su palacio sin tardanza.  
«¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?»  
les preguntó entre el miedo y la esperanza:  
mas ellos no dudaron,  
y, «en Belén de Judá» le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho  
su temor encerrando y su despecho,  
a los sabios de Irán llamó en seguida;  
y como la serpiente, que escondida  
entre las flores del ameno prado,  
acaso deja ver el tachonado  
cuerpo, mas nunca el arma bipartida  
que causa al hombre la mortal herida;  
con benévola faz, disimulando

su malvada intención, va preguntando  
cuanto ansía saber, y satisfecha  
ya su sangrienta saña: «Id en buen hora»,  
les dijo a los que libres de sospecha  
le escuchan: «a ese niño a quien ya adora  
»mi pecho, buscaréis con gran cuidado;  
»y así que su mansión hayáis hallado,  
»me avisaréis, a fin que el homenaje  
»le lleve de mi humilde vasallaje.»

Y los Magos partieron,  
y presurosos de Sión salieron  
por la segura puerta  
de Damasco llamada. -En el altura  
vieron resplandecer con lumbre pura,  
la estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta  
siguieron por el áspera llanura  
de regocijo llenos;  
mas cuando más ajenos  
de alguna variación, van caminando  
del rey profeta a la ciudad; cambiando  
de dirección la estrella en su camino,  
sobre un establo rústico vecino  
entro las blancas nubes descendiendo,  
de pronto se detuvo. El portentoso  
prodigio los viajeros comprendiendo,  
con ademán humilde y respetuoso  
de sus cabalgaduras desmontaron  
y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido  
con riquísimas cintas, desataron,  
y el polvo del umbral enaltecido  
a las añosas frentes elevaron.  
Y al ver al celestial recién nacido,  
postrados contra el suelo, le adoraron;  
primero en gracia si en amor segundo,  
tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos  
de preciadas maderas contruidos,  
sacaron los perfumes olorosos  
en los campos del Yemen recogidos,  
y oro puro: presentes misteriosos,  
tesoros y perfumes ofrecidos;

el oro al rey, la mirra al ser humano  
y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fue la postrimer escena  
de mundano esplendor que vio María,  
cuya primera edad pasó serena  
del templo entre la mística armonía:  
la otra de pasmos y prodigios llena,  
un porvenir le anuncia de agonía,  
de tales penas y de angustias tales  
que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los Magos a su tierra  
queriéndose volver, se encaminaron  
hacia Sión por la elevada sierra;  
mas apenas sus torres divisaron  
el paso un ángel del Señor les cierra,  
y advertidos por él, atrás tornaron,  
para evitar de Herodes implacable  
el enojo para ellos formidable.

Del muerto mar, los hábitos huyeron  
según la indicación del ser divino,  
y a otro confín sus pasos dirigieron  
de más seguro y plácido camino:  
y en su rápida fuga prosiguieron  
a la lumbre del Sol y al vespertino  
resplandor, que, curando su fortuna,  
blanda les vibra la argentada luna.

## Libro octavo La purificación

Subiendo va con trabajo  
por una elevada sierra,  
reducida caravana  
de dos personas compuesta:  
mas no son dos; que si osado  
las orlas el aire eleva  
del cumplido manto oscuro  
que reviste a la una de ellas;  
tal como acaso la luna

en noche clara y serena  
entre blancas nubecillas  
asoma la faz risueña:  
así entre cándidas tocas  
que a los rayos reverberan  
del sol, de un hermoso niño  
se ve la rubia cabeza.  
Mujer es la que en sus brazos  
el hermoso niño lleva,  
mujer y madre sin duda;  
que sólo así la terneza  
tener pudiera y cuidado  
con que a su seno lo estrecha.  
Mujer es, y de la vida  
parece llegar apenas  
al florido umbral, dichoso,  
de la humana adolescencia.  
Mujer es, y tan hermosa  
es la faz que Dios le diera  
que más que mujer humana  
parece divina esencia:  
y nunca, ni cuando Phidias  
halló en la famosa Grecia  
vivientes originales  
a sus estatuas eternas;  
ni cuando allá al primer hombre  
en las dichosas riberas  
del perdido Edén, llegara  
nuestra madre común, Eva;  
jamás a mortales ojos  
ofreció naturaleza  
ni un levísimo trasunto  
ni la más remota idea,  
de tan celeste hermosura  
en sus obras más perfectas.

Varón es el que delante  
va por la escabrosa senda,  
y ya toca de la vida  
a la estación postrimera.  
Vejez lozana es la suya,  
pues aunque vivos platean  
del sol a los puros rayos  
la barba y la cabellera;  
en su marcha y apostura  
se ve que intactos conserva  
el vigor y la energía

que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,  
de elevada estirpe regia,  
son los que a pie caminando  
van a Sion la altanera.  
Allá van, de sus mayores  
para prestar obediencia  
a las leyes que ordenaban  
a las mujeres hebreas  
purificarse en el templo  
después de días cuarenta  
del parto, y dar en rescate  
una cantidad pequeña,  
por la cual libre quedaba  
su generación primera.  
Que, si bien libre de mancha,  
la esposa de Dios excelsa  
quiso a la ley sujetarse  
de Moisés el gran profeta,  
confundiendo entre la turba  
de las hembras de su tierra  
la sempiterna corona  
con que Dios la enalteciera.

- II -

Apenas los dos esposos  
entraron de gozo henchidos  
del Salomónico templo  
en el sagrado recinto,  
contra su seno estrechando  
la madre al eterno niño,  
y José las dos palomas  
llevando del sacrificio,  
y los siclos del rescate  
por la sacra ley pedidos:  
Simeón, un santo anciano,  
del espíritu impelido  
de Dios entró presuroso  
del templo en el peristilo.  
Y al mirar el regio aspecto  
de los Santos peregrinos,  
entre los toscos pañales  
del pueblo, al divino Cristo  
reconoció; y del regazo  
materno tomando al niño,  
de lágrimas amorosas

los ojos humedecidos,  
exclamó con voz cortada  
por sus ardientes suspiros:

«¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,  
»el anciano la aguarda sin temor,  
»porque sus ojos vieron al que es fuerte,  
»al Cristo Salvador!

»¡Al que verá la humana muchedumbre  
»sentado so el espléndido dosel,  
»a ser del universo eterna lumbre  
»y gloria de Israel!

»¡El que será a millares de millares  
»salud y libertad y salvación;  
»y a los que no veneren sus altares  
»eterna perdición!

»¡Objeto santo de perenne culto  
»será para los puros corazones;  
»mas de saña feroz y fiero insulto  
»y afrentas y baldones,

»Al perverso será, que del pecado  
»se complace, entre el fétido albañal!  
»Y de dolor intenso traspasado,  
»el seno maternal será rasgado  
»como de un agudísimo puñal.»

Y después de un breve espacio  
de silencio entristecido,  
a los dos santos esposos  
con grave ademán bendijo;  
y haciéndoles un saludo  
se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante  
entró en el sacro recinto  
una profética viuda  
que en ayunos y silicios  
en el templo día y noche  
servía al ser infinito.

Y al ver de Miriam en brazos  
el sumo reciennacido,  
con llanto de amor gozoso

y en apasionados gritos,  
cantó alabanzas y glorias  
de Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,  
Belén con sus pastores;  
de bárbaros confines  
los magos y doctores;  
los jóvenes y ancianos,  
los fieles y paganos  
cantan con alto júbilo  
las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora  
del despertar del mundo,  
donde el Eterno mora  
óyese un ¡ay! profundo  
de sin igual contento,  
suavísimo concento  
que entonan los arcángeles  
al hijo Salvador!

- III -

Del patio postrimer vedado estaba  
traspasar a las hembras los umbrales,  
y triste allí por tanto se detuvo  
del gran rescatador la tierna madre.  
El patriarca de gozo estremecido,  
en sus brazos tomando al rubio infante,  
a la sala se entró donde ofrecían  
el nacido primero a Dios los padres.  
Mas dentro del santuario preferido  
faltaron profecías y señales  
y ojos ningunos vieron el aurora  
de aquel sol de justicia fecundante;  
que sumidos del vicio en la ceguera  
los ministros del templo principales,  
dejaban privaciones y virtudes  
a los simples levitas; y arrogantes  
de las humanas y divinas leyes  
reían, y en feroz libertinaje  
no como sacerdotes del Eterno  
vivían, mas cual pérfidos magnates,  
príncipes opresores de los pueblos,  
pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido

recibió de las manos paternas  
de José lo prescrito por las leyes,  
los argentados siclos y las aves,  
sin dirigir ni una mirada sola  
al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas  
pasó ignorado el vencedor instante  
en que un más digno y generoso culto  
venía a reemplazar de las edades  
anteriores del mundo las creencias,  
con doctrinas más puras y durables:  
instante en que el antiguo testamento  
que en la cumbre del Sinaí a la errante  
multitud de Israel dio el Infinito,  
sucedió una ley más saludable;  
la buena nueva al mundo, el evangelio,  
que el mismo Dios traía a los mortales:  
divina ley, como su autor perfecta,  
pura como Él, eterna e inmutable!

Y ni en los de Sión espesos muros,  
ni en sus soberbias, populosas calles,  
ni en las altivas torres de su templo  
adornadas de almenas y baluartes;  
ninguna voz se alzó que en son de triunfo  
ruidosa al niño rey diera homenaje.  
Y al través de la ciega muchedumbre,  
muda en su orgullo, en su ignorancia grave,  
enumeraba ya el divino Cristo  
aquellos furibundos criminales  
que iban en breve en gritos sediciosos  
a clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido  
de la ley el precepto inevitable,  
a Nazaret sus pasos dirigieron  
volver a ver ansiando sus hogares.

Libro noveno  
La huida a Egipto

- I -

Feliz el hombre cuya vida pasa  
dulce y serena en el solar nativo;  
feliz aquel mortal que no traspasa  
el límite extranjero siempre esquivo:  
feliz aquel que en la paterna casa  
al frío invierno y al calor estivo,  
respira el aura que meció su cuna  
hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte  
los fieros y rudísimos rigores,  
cuando a su embate opone un alma fuerte  
que defienden los célicos amores  
de patria y de familia: y ni la muerte  
con su tren de fatídicos terrores,  
el corazón espanta enflaquecido  
del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura  
le socorren sus deudos y allegados!  
Si del dolor lo cerca la amargura,  
¡cuán tiernos y solícitos cuidados!  
y en la mayor miseria y desventura,  
¿qué dolores no fueran consolados  
en pecho de hombre o corazón de niño  
con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable  
el hora del morir, ¡con qué consuelo  
al espirar el plazo inevitable  
se despide el mortal del patrio suelo!  
Deja la humana vida deleznable  
por la vida inmortal, hija del cielo,  
y llanto amigo de dolor retumba  
en los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego  
le alcanzará el perdón de sus errores;  
y allí a despecho del solsticio fuego,  
y del torvo aquilón, devastadores  
del monte y la llanura, al dulce riego  
del llanto del amor, cándidas flores  
brotarán y aromosas yerbecillas  
do a posarse vendrán las avecillas!

Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado  
es el duro, tristísimo destino!  
De su dolor tan sólo acompañado  
por el ignoto y áspero camino,  
en el felice tiempo ya pasado,  
irá pensando el pobre peregrino,  
sin mirar ni en remota lontananza  
el astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura  
brille del padre sol el puro rayo,  
ni que del prado ameno la verdura  
la gala ostente, del florido mayo?  
Y el murmurar del agua en la espesura,  
y de las aves el concierto gayo,  
y el rugir de la mar embravecida,  
¿qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada  
al dulce clima que nacer la viera,  
es a remota orilla transportada  
por la mano del hombre dura y fiera,  
y allí, lánguida, triste y deshojada,  
apenas sombra de lo que antes era,  
hacia aquel suelo extraño la mezquina,  
la mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,  
lejos de todo lo que el alma adora,  
del destino crüel algún consuelo  
a su agudo pesar en vano implora:  
muéstrase sordo a su plegaria el cielo,  
en vano el triste entre suspiros llora,  
y a soledad eterna condenado  
llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor a los gemidos,  
acude tarde a terminar los males  
en que pasan la vida sumergidos  
el número mayor de los mortales:  
a los que de ella están desprevenidos  
de enmedio a los placeres terrenales  
impía los arranca, y desatiende  
al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida  
y al llanto vive eterno aquí en el suelo,

que de sus negros días la medida  
prolonga sin cesar airado el cielo:  
llama y vuelve a llamar la apetecida  
muerte, ya sólo blanco de su anhelo;  
mas ella encarnizada no le escucha,  
y le abandona a su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable  
la esposa y el esposo condenados,  
una vida de angustia inexplicable  
en países remotos e ignorados,  
de Dios por el querer inescrutable,  
arrastrarán los Santos desterrados,  
hasta cumplirse los fijados días  
del temporal destierro del Mesías.

- II -

Vueltos José y Miriam del largo viaje  
apenas, a la baja Galilea;  
cuando aún las sandalias del camino  
conservaban acaso las arenas,  
y sus sensibles pechos, no saciados  
de mirarse de nuevo en la paterna  
ciudad, apenas crédito a los ojos  
se atrevían a dar; por la suprema  
voluntad del que rige de los hombres  
las fortunas, ya prósperas, ya adversas,  
a ruta más penosa y dilatada  
hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño  
reparador de sus caídas fuerzas  
descansaba en el pobre lecho, humilde,  
una noche pacífica y serena;  
cuando súbito un alto paraninfo,  
enviado de la suma omnipotencia,  
cabe al lecho de pie, con argentina  
sumisa voz, más que en el ruego impera:  
«levántate, le dijo, al niño toma,  
»y a su madre con él; hacia la tierra  
»de Egipto, presuroso te encamina  
»y hasta volverme a ver detén la vuelta;  
»que el fiero Herodes del infante en busca  
»rugiendo va con intención siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,  
el patriarca santísimo despierta,

y a llamar corre a la infeliz MARÍA,  
que del nuevo infortunio el alma ajena,  
el sueño de los ángeles tranquilo  
duerme, no lejos de la cuna excelsa  
del niño Dios. -La cariñosa Madre  
miradas de dolor y angustia llenas  
dirige al hijo caro, y presurosa  
recoge algunas túnicas modestas,  
escasas provisiones, y pañales  
del niño, al cual en su regazo estrecha;  
y precedida del amante esposo,  
vertiendo amargas lágrimas, se aleja  
de la ciudad natal, adormecida  
a la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino  
por la difícil tortuosa senda,  
turba el dudar sus vacilantes pasos,  
hiela el temor la sangre de sus venas.-  
¿Cómo escapar de Herodes iracundo  
a las inicuas tramas encubiertas?  
¿Qué valla a detener será bastante  
al príncipe feroz en su carrera?  
Él, que en las manos con la sangre rojas  
de las víctimas mil de su fiereza,  
el oro derramando, los furoros  
de sus viles sicarios recompensa;  
¿dónde se detendrá de su venganza  
en la crüel, mortífera carrera,  
ora que al par defiende de su vida  
la púrpura real y la diadema,  
cuando simples sospechas castigando,  
a tan graves delitos se despeña?

Aún era la estación de invierno frío,  
y el cierzo que silbaba en las malezas  
cubría de Miriam el rostro puro  
con dolorosas y moradas vetas;  
mas ella, de sí propia olvidadiza,  
cuidados, atenciones y ternezas,  
cuanto pueden hacer marchando juntos  
del cuerpo y del espíritu las fuerzas,  
en torno al hijo de su amor consagra:  
él, monarca del cielo y de la tierra,  
a cuyo soplo animador, fecundo,  
la creación del caos salió entera;  
a. cuya voluntad cejan los mares,

y se afirman los polos que sustentan  
los infinitos mundos del espacio  
para siempre jamás; a cuya inmensa  
divina voz, con dos palabras solas  
brotó la luz de en medio a las tinieblas:  
hora a las duras leyes sometido  
de la humana, mortal naturaleza,  
en el regazo de la tierna madre  
el Cristo salvador de frío tiembla;  
y del susto, y el hambre y la fatiga  
con flébiles vagidos se lamenta!-  
-Y la amorosa madre silenciosa,  
cual los despojos fúnebres que encierra  
un sepulcro; de miedo tiritando,  
más que de frío, de la angosta senda  
por las sinuosidades solitarias  
sus tímidas miradas encadena;  
y al cimbrarse la caña estremecida  
al aura de la noche; o de la espesa  
enramada al sonar en blando arrullo  
de enamorada tórtola una queja;  
o si el rumor se escucha en lo lejano  
de las secas varillas que se quiebran  
al impulso del viento quebrantadas,  
o al cauteloso paso de las hienas;  
asustada Miriam, a su regazo  
con amoroso espanto al niño estrecha,  
creyendo ver alzarse ante su vista,  
que conturba el temor, la gigánte  
figura de un feroz, crudo asesino,  
blandiendo airado la segur sangrienta.  
En tanto que la luna en curso blando  
sigue al través de la azulada esfera,  
alumbrando con pura luz, süave,  
los cielos y los mares y la tierra.

- III -

Así días tras días caminando,  
huyendo de las sendas pasajeras  
y de los pueblos grandes; por las noches  
refugiándose acaso en las cavernas;  
Amathot ya detrás, se dirigían  
a los llanos de Siria, por veredas  
estrechas y escabrosas. Una tarde  
ya casi oscurecido, de unas peñas  
cubiertas ya por las nocturnas sombras  
vieron salir en rápida caterva

numerosos bandidos. -El patriarca,  
que iba delante, atrás a la indefensa  
esposa se volvió, entre cuyos brazos  
dormía el niño Dios. -Miriam inquieta  
se detuvo también; mientras el caudillo  
de la salvaje turba, que contempla  
el grupo inerme con asombro mudo,  
siente que aún hay piedad en su alma fiera:  
y bajando la punta de su lanza,  
con expresión de cariñosa oferta  
tendió a José la mano, un franco asilo  
ofreciéndole allá en su fortaleza,  
que de una roca en la postrera punta  
al nido de las águilas semeja.  
José y Miriam gozosos, apreciando  
del bandido la rústica franqueza,  
le siguieron, y el techo maldecido  
fue aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero día,  
a pasar los calores de la siesta,  
y a la vista de Ramla, hicieron alto,  
en un bosque de nópalos e higueras.  
Allí sobre un florido entapizado  
de narcisos, renúnculos y anémonas,  
al de una fuente arrullador murmullo  
se adormeció el señor de cielo y tierra.  
Y pasado el calor, de nuevo en marcha  
tomaron de Belén la nota senda,  
donde encontrar pensaba el Santo esposo  
un camello, en las áridas arenas  
del desierto, animal indispensable.  
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta  
le esperaron, ocultos en las sombras  
de una vecina y lóbrega caverna.  
-Y unidos a mercante caravana,  
dejaron los confines de Judea  
por fin, burlando así del rey impío  
la venganza terrífica y sangrienta.

- IV -

En tanto no pudiendo de los Magos  
averiguar Herodes el camino,  
con astucias y pérfidos halagos,  
velando de sus iras los amagos,  
va minando el país circunvecino.

Y a todos preguntando cariñoso  
va por el niño rey del trono hebreo  
que le trae tan inquieto y receloso:  
mas burlado creyéndose, furioso,  
ruge cual fiero tigre el Idumeo.

Y a los torpes satélites inmundos  
esclavos que le cercan en su trono  
así ordenó en acentos iracundos:  
«por que ese niño objeto de mi encono  
»no escape a mis enojos furibundos,  
»volad hacia Belén la maldecida,  
»y en ella antes, y luego en cuanto abarca  
»el extenso confín de su comarca,  
»no escape a vuestra espada enfurecida  
»ni un solo niño hebreo, con la vida!»

Y los crudos malvados asesinos,  
del mandato de sangre ejecutores,  
en Belén y sus pueblos convecinos,  
como devastadores torbellinos  
fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron  
al filo sin piedad de sus puñales  
los niños todos de Judá. -Y se oyeron  
gritos que el corazón estremecieron  
en pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable  
lloró Ramá la flor de sus nacidos;  
y al oír los maternos alaridos,  
un ¡ay! de horror, inmenso, inexplicable,  
repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo  
surcando van el piélago arenoso  
al soplo del simún abrasador;  
y ambos de amor ardiendo generoso  
desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena  
aquel cielo de fuego que desploma  
sus mortíferos rayos en la arena,  
y como al sol la cándida azucena,  
se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura  
de su regazo oculta cariñosa;  
hasta encontrar en la letal llanura,  
bajo verde enramada deliciosa,  
escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,  
en la agonía del soñar despierto,  
simula el sol con engañoso halago,  
a su sed agua, a su cansancio puerto,  
un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Sarón, levanta  
al frescor de la lluvia apetecido,  
la frente sobre el tallo enardecido:  
así alegre Miriam, la tarda planta  
del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura  
sus frentes y sus bocas abrasadas,  
ya tocan del oasis la verdura;  
mas ven sólo al llegar, con amargura,  
estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,  
se detiene la rica caravana  
y en sus tiendas aguarda la mañana;  
mas sólo el azulado firmamento  
cobija a la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados  
del diurno sol, al húmedo rocío  
nocturno, sienten doloroso frío:  
José y Miriam entonces desvelados,  
defienden a Jesús del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba  
alto clamor de espanto y agonía,  
que el aura de la noche conturbaba.  
Era que el feroz árabe atacaba  
las tiendas: -Blanca de terror, MARÍA,

Del cuerpo virginal viviente muro  
en torno del infante bien amado  
hacía, hasta que el riesgo ya pasado,  
el escuadrón se pierde allá en lo oscuro,  
y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines  
del país de los sabios Faraones;  
y vieron elevarse entre jardines,  
sus templos de acerados torreones,  
con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas  
en el campo azulado de los cielos;  
del Nilo las riberas florecidas  
y sus ondas de blancos barquichuelos  
y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella región afortunada,  
por su ciencia y valor tan afamada,  
de monumentos y tesoros llena;  
¡es a José y Miriam la tierra ajena,  
y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso  
pasando, a Matarieh se dirigieron;  
y allí, tocado el fin, del afanoso  
camino, aún otra vez en el reposo  
y en la paz de los ángeles vivieron.

## Libro décimo La vuelta a Nazaret

- I -

Hora tras hora pesada,  
día tras día afanoso,  
para Miriam y su esposo  
el largo espacio corrió  
de siete penosos años,  
pasados en la estrechez  
de la más dura pobreza  
que el mundo en su seno vio.

Muy luego fue consumido  
de los Magos el tesoro,  
aquel puñado de oro  
que dieron al niño Dios:  
y el nieto de regia stirpe  
convertido en jornalero,  
trabajaba el día entero  
con incansable tesón.

Mas a tan ruda fatiga,  
el suelo inhospitalario  
daba tan corto salario,  
que volvió más de una vez  
al techo do resignada  
Miriam, le aguarda serena,  
sin lo bastante a la cena  
parca y frugal de los tres.

Y más de una triste noche,  
y más de un aciago día,  
el Dios infante gemía  
por un pedazo de pan.  
Y sus lágrimas la madre  
recatando al tierno niño,  
acaso en voz de cariño  
calma su pueril afán.

Mas el venturoso día  
se acercaba por momentos  
de dar fin a los tormentos  
sufridos con tal valor.  
Y una noche que tranquilo  
José en los brazos del sueño  
dormía, ante sí risueño  
miró al ángel del Señor.

«Álzate luego, le dijo:  
»toma al niño y a su madre,  
»y a la patria de tu padre  
»marcha con seguro pie:  
»que los que al niño buscaban  
»en su saña maldecida  
»para quitarle la vida,  
»han muerto ya en Israel.»

Y José al niño tomando  
y a Miriam, siguió el camino:

mas a Sión ya vecino,  
los cautos pasos torció.-  
Que Arquelaos, hijo de Herodes  
reina tirano en Judea,  
y José de Galilea  
la nota senda, tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!  
¡cuán dulce del patrio suelo  
volver a mirar el cielo  
que nos cobijó al nacer!  
¡Y respirar cuanto es dulce  
sus auras embalsamadas,  
y de sus fuentes amadas  
mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno  
recordar de nuestra infancia  
la feliz, pura ignorancia  
que tan fugace pasó!-  
¡Y las amantes caricias  
que nos hizo nuestra madre,  
y los consejos que un padre  
en su experiencia nos dio!-

Y los amigos primeros  
que en nuestra infancia tuvimos,  
y la escuela en que aprendimos  
nuestra primera lección!...  
¡Santas, queridas memorias  
que a pesar de la impía suerte  
vivas guarda basta la muerte  
el humano corazón!...

Después de tan larga ausencia  
Miriam y el esposo amado  
en su hogar abandonado  
van al fin a descansar;  
mas roto por varias partes  
miran el humilde techo,  
y el pobre muro deshecho  
deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,  
y morenas parietarias,  
en las celdas solitarias  
crecen frondosas al sol:

y el humilde patiecillo  
cubren zarzas espinosas,  
y en sus paredes ruinosas  
busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada  
do en Miriam inmaculada  
se encarnó el divino Verbo  
para salud del mortal;  
como del bosque en las lomas,  
se anidan unas palomas,  
dichosas allí al abrigo,  
de la lluvia equinoccial.

Hechos por fin de la choza  
los reparos más urgentes,  
volvieron los inocentes  
días de grato solaz.  
Y el ilustre carpintero  
de Jesús mismo ayudado,  
de nuevo en su hogar amado  
vio juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta  
pasaron lunas sesenta,  
sin separarse un instante  
ni en la visita anüal,  
que fieles observadores  
de la ley de sus mayores,  
a Jerusalén hacían  
en la época pascual.

El niño perdido

- II -

Al aire destrenzada  
la blonda cabellera,  
la túnica rasgada,  
y en llanto de dolor  
bañado el rostro puro,  
que al sol envidia fuera,

por tu recinto oscuro  
va una mujer, Sión.

¿Qué crudo, amargo duelo  
lamenta la cuitada?  
¿qué horrible desconsuelo  
su pecho laceró?  
¿esposa, vese viuda?  
¿o es virgen desposada  
que con fiereza cruda  
su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora  
con ayes de agonía,  
la sombra protectora  
del techo paternal;  
en medio al mar del mundo  
mirándose sin guía  
al soplo tremebundo  
del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo,  
lamenta desdichada;  
amante, al cariñoso  
objeto de su amor:  
y en ayes reprimidos  
la madre desolada,  
buscando entre gemidos  
va al hijo que perdió!

Miriam, la Virgen pura,  
la madre enaltecida,  
la que en la eterna altura  
casi es a Dios igual;  
de la divina alianza  
la prenda bendecida,  
la paz y la esperanza  
del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia  
el alma entristecida,  
en tan terrible angustia  
olvida su virtud...  
¿Qué mucho, si se ausenta  
el sol que le da vida,  
qué mucho, si lamenta  
perdido a su Jesús?...

Volviendo a su morada  
desde Salem divina,  
de gentes circundada  
que van a Nazaret;  
al ver tras blanco velo  
la estrella vespertina,  
luciendo ya en el cielo,  
cercano a anochecer.

La marcha fatigosa  
en rústica posada  
detuvo cuidadosa;  
que el hijo de su amor  
con otros jovenzuelos  
sus deudos, la jornada  
siguió; y con mil recelos  
le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda  
con ellos; del camino  
la marcha larga y ruda  
tal vez los fatigó;  
mas ya en el patio ondea  
su manto blanquecino,  
y aun a la luz febea  
Jesús no apareció.

Y luego van llegando  
los otros uno a uno,  
a todos preguntando,  
Miriam en su inquietud;  
mas nadie le responde,  
que no le vio ninguno...,  
-«¿Por qué de mí se esconde  
mi gozo, mi salud?»

Ya las nocturnas nieblas  
invaden la llanura;  
se palpan las tinieblas  
del bosque en derredor:  
y el campo ilimitado,  
y la caverna oscura,  
y el aire conturbado,  
repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,

ni monte ni ladera,  
ni precipicio mudo  
quedó en aquel confín;  
que en eco lamentable  
el ¡ay! no repitiera,  
que lanza inconsolable  
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,  
apenas respirando  
José con su MARÍA  
de nuevo entró en Sión;  
y van de puerta en puerta  
del niño preguntando,  
la débil planta, incierta,  
con miedo el corazón.

Y en vano su recinto  
recorren, y es en vano  
que enmedio al laberinto  
pregunten con afán:  
y redoblando el lloro,  
al templo soberano  
en pos de su tesoro  
con esperanza van.

Con sencillez vestido  
como un vulgar Esenio,  
el rostro algo teñido  
del sol primaveral;  
y de sus garzos ojos  
de más que humano genio  
brotando en rayos rojos  
un límpido raudal:

Castaños los cabellos  
que en ondas bipartidos  
de rizos cubren, bellos  
la espalda más gentil;  
de ancianos y doctores  
que escuchan conmovidos  
los tonos vibradores  
de aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo  
so el pórtico sagrado  
do van a dar ejemplo

los sabios de Israel;  
discurre un tierno niño,  
y el pueblo arrebatado  
exclama en su cariño:  
«¿es ángel, o un Daniel?»

«Jesús! el hijo mío!»  
clamó una voz suave,  
rompiendo del gentío  
por el revuelto mar:  
voz límpida, argentina,  
y al propio tiempo grave,  
en que el placer domina  
y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,  
en cercos de oro y grana,  
muestra su rubia frente  
la aurora matinal;  
sobre la mar dormida  
trayendo la mañana,  
de luz llenando y vida  
sus ondas de cristal:

Tal, joven cuanto hermosa,  
en lágrimas bañada,  
se acerca presurosa  
al niño una mujer;  
y en voz de gran ternura:  
«¿Por qué así abandonada,  
»tan hórrida amargura  
»me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida  
respuesta misteriosa:  
«¿Por qué tan afligida,  
»por qué me buscáis vos?  
»no veis que cumplo, Madre,  
»mi obligación forzosa,  
»no veis que de mi padre  
»me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,  
José y Miriam callaron,  
que la sentencia oscura  
no pueden comprender:  
mas luego juntamente

los tres encaminaron  
el paso alegremente  
de vuelta a Nazaret.

Y allí pasaron días  
de gozos celestiales  
de inmensas alegrías  
y paz del corazón;  
y mientras el niño crece  
en días terrenales,  
ante su Dios acrece  
en gracia y perfección.

Muerte de José

- III -

Como en medio a la calma más profunda  
suena acaso del trueno el estampido,  
en pos de algún relámpago temido  
que de rojo fulgor la tierra inunda:  
así en la santa paz que lo circunda,  
José por la vejez enflaquecido,  
llegar miró el instante apetecido  
del justo. -Con mirada moribunda  
ve a Jesús y a Miriam que en triste lloro  
cercan su lecho, y al momento espira.  
Jamás terrestre rey, igual decoro  
en torno tuvo a su funérea pira:  
Lloró Miriam, y del sencillo duelo  
al frente, triste marcha el rey del cielo!

Libro undécimo  
Predicación del evangelio

- I -

Sonó por fin la afortunada hora  
en el reloj del tiempo no cansado  
jamás. -Lució por fin la limpia aurora,  
el momento anhelado,  
que había en sus designios señalado  
el Hacedor profundo  
de eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo  
con sus groseros símbolos y altares  
se hundiera para siempre en el abismo:  
y que en tierras y mares  
fundara indestructibles sus sillares,  
del mismo Dios en nombre,  
aquella religión, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados  
vacilan los imperios conmovidos;  
los prepotentes cetros respetados,  
los tronos carcomidos,  
caen en menudo polvo convertidos;  
y ya el antiguo culto  
es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas  
abandonan sus antros sepulcrales,  
y no manchan sus bóvedas tranquilas  
conjuros infernales.  
Sacerdotes, augures y vestales  
no dan torcido ejemplo  
bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa  
hierve en el corazón de los humanos;  
volcán que so la mole ponderosa  
de montes soberanos,  
de la tierra en los cóncavos arcanos  
a su pesar sumido,  
anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse a la vez cultos y leyes,  
ruedan confusos pueblos y naciones,  
sacerdotes y símbolos y reyes:  
-¿Qué inspirados varones,  
qué fuertes e impertérritas legiones,  
vendrán del mundo muerto  
a repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido  
de Nazaret, brotó en raudal escaso  
un arroyo entre zarzas escondido;  
mas que ha de abrirse paso  
en breve del Oriente hasta el Ocaso,  
al Norte y Mediodía,  
llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,  
apenas a la sed de un pajarillo  
bastante: -luz que trémula fulgura  
de débil lucerillo;  
y en breve, mar de luz, a cuyo brillo  
esplenden en lo oscuro,  
lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso  
que presenció del hijo de MARÍA,  
el lento padecer y la agonía;  
fue el signo esplendoroso,  
lábaro de un imperio poderoso,  
al aire tremolado,  
do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,  
de eterna vida manantial fecundo,  
de donde todo bien copioso mana:  
del poder sin segundo  
la buena nueva prometida al mundo:  
y aquella voz divina  
dijo al muerto: -«¡Levántate y camina!»

Y el cadáver se alzó: -galvanizada  
se irguió la conmovida muchedumbre:  
respiró la mujer emancipada:  
de abyecta servidumbre,  
ya al hombre no oprimió la pesadumbre;  
y ante su Dios iguales  
se abrazaron felices los mortales!

Brilló el Sol de Justicia, inmenso faro  
suspendido en mitad del firmamento,  
al ciego luz, al desvalido amparo:  
y el magnate opulento,  
y el tirano en sus iras turbulento,  
en su maldad temblaron

y ante el poder eterno se humillaron!

- II -

Llegó para Miriam el triste día  
de larga ausencia y despedida amarga;  
Jesús, el hijo de su amor querido  
salió de Nazaret una mañana,  
el paso dirigiendo a las riberas  
que del Jordán las amarillas aguas  
riegan, y a donde entonces el Bautista  
con su misión cumpliendo bautizaba.  
La vida de Jesús, no ya secreta,  
mas pública va a ser: de la morada  
materna se despide, pobre, solo,  
en situación humilde, y sin más armas  
que su valor, paciencia y mansedumbre.  
Con tan débiles fuerzas se prepara  
costumbres a atacar, usos y leyes,  
a lidiar contra pueblos y monarcas  
y vencerá en la lucha, que su brío  
del mismo seno del Señor emana;  
mas cubrirá el laurel de la victoria,  
del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia  
rasgaron de Miriam crudos el alma!  
ella que ve lanzarse al generoso  
joven, de aquella mar tan agitada  
en las revueltas, encrespadas olas,  
donde tantos profetas naufragaran!  
el insensato orgullo, el fanatismo  
torvo; la hueste toda sanguinaria  
de las malas pasiones, solo, inerme,  
va el Justo a combatir: -La gente prava  
que domina en la torpe Sinagoga;  
del Fariseo hipócrita las tramas,  
su feroz ambición, su cruda envidia,  
su innoble miedo, su intención bastarda;  
y del rey de linaje advenedizo  
la cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heroica stirpe  
que dio a Judá tan célebres monarcas,  
vástago indigno, no; en el noble pecho  
un corazón impávido alentaba;  
mas recuerda las santas profecías,  
los anuncios mesiánicos, y el alma

mira ante sí con lúgubres colores  
un cuadro aterrador que la amenaza:  
por eso al despedirse el hijo caro,  
bañado el rostro de copiosas lágrimas,  
roto su corazón dentro del seno,  
y anudada la voz en la garganta;  
cuando el débil rumor ya no percibe  
de los pasos de aquel que tanto ama,  
cubriose con su velo, y pensativa,  
muda como el dolor, enajenada  
quedó, pensando en los pasados días  
de ventura y de paz; memoria amarga  
de la dicha que fue; presagio triste  
del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan días tras días; -perezosas,  
noches eternas que jamás acaban  
a la inquietud materna, y a su asilo  
aún no vuelve Jesús. -Noticias vagas  
anuncian a Miriam que el hijo suyo  
ha entrado en las estériles montañas  
a Jericó vecinas. -El cordero  
sin duda al acercarse a la elevada  
obra de redención, el trato esquiva  
de la turba mortal; y en la plegaria,  
y en la meditación y en el ayuno,  
a la lucha tremenda se prepara.  
¡Ay! cuánto de temor y pena ruda  
desgarran de MARÍA las entrañas!  
Si acaso de la noche en las tinieblas  
suena la ronca voz de las borrascas,  
¡qué horrible padecer! -¿Bajo qué abrigo  
guarecerá la frente delicada  
el amado Jesús? -¿qué luz piadosa  
amiga alumbrará su débil planta,  
al borde de los hondos precipicios  
donde sólo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias  
parecen a la madre acongojada,  
pasaron; mas al fin volvió el Mesías,  
y de nuevo a Miriam tornó la calma.

- III -

Entonces en Caná de Galilea  
un consorcio feliz se celebró,  
y juntos fueron hacia aquella aldea  
MARÍA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos  
eran, y de la estirpe de Judá,  
y a su hijo y a ella, cariñosos,  
enviaron un convite muy cordial.

Y había muchas gentes y era escasa  
de los recién casados la fortuna,  
y en manjares y vinos pobre tasa  
había, por demás inoportuna.

Y como a la mitad de la comida  
el vino se apuró; Miriam atenta  
observó la mirada entristecida  
del esposo a la esposa que se ausenta.

Y en voz baja a Jesús que a su derecha  
está, le dice así: «No tienen vino»,  
y él, al oír la voz con que lo estrecha:  
«¡Aún no he llegado al fin de mi camino!»

Responde; mas Miriam que a sus parientes  
quiere evitar humillación tan dura,  
no desespera aún, y a los sirvientes  
con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: «Haced cuanto él os diga.»  
Había para hacer las oblaciones  
a que la antigua ley al hombre obliga,  
seis ánforas de grandes dimensiones

Allí. -Mandó Jesús a los sirvientes  
que a una vecina fuente las llevarán,  
y de sus aguas puras, transparentes,  
hasta los altos bordes las llenarán.

Cumplido su mandato, en delicioso  
vino trocose el agua en el instante,  
y a tal prodigio se asombró el esposo

y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera  
que mirase brotar el milagroso  
poder, que en tan efímera carrera  
iba a ostentar el NUNCIO poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,  
y su inmenso poder reconocieron,  
y sus menores signos acataron,  
y su misericordia enaltecieron.

- IV -

Aquel milagro de Caná, seguido  
en breve de un millón;  
señaló que ya el tiempo era venido  
del fin de su misión.

A su voz las tormentas se aplacaban,  
los demonios huían;  
las dolencias del cuerpo se aliviaban,  
los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo  
su planta descansaba,  
cesaba el llanto, enmudecía el duelo  
y el odio se calmaba.

Y venían a él desde Judea,  
de Tiro y de Sidón,  
de la remota Arabia y de Idumea  
en rauda confusión.

Y al que con fe profunda, enardecida,  
llegaba hasta su pie;  
eterna fuente de salud y vida,  
vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura  
los ciegos afligidos,  
y cruzan la montaña y la llanura  
los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,  
la adúltera perdona,  
y arranca de los brazos de la muerte  
al niño y la matrona.

¿Quién es éste, clamaba el Fariseo,  
que va contra la ley?  
¿Quién, temblando de susto el Idumeo,  
este que aclaman rey?

¿Quién es el que aconseja al ultrajado  
generoso perdón?  
¿Quién es el que combate denodado  
la usura y concusión?

Y así como en la oscura madriguera  
por hombres acosada,  
se prepara a lidiar la brava fiera  
cabe a su prole amada:

El Escriba avariento, sobre el oro  
al pobre arrebatado,  
se apercibe a la lid por el tesoro  
a precio tal comprado.

Y el Fariseo hipócrita, temiendo  
la lid, astuto infama  
a Jesús, y en lo oscuro va tendiendo  
su tenebrosa trama.

Y el audaz Saduceo, que la vida  
del alma torpe niega,  
a la múltiple hueste maldecida  
iracundo se agrega.

Así, sus mutuos odios deponiendo  
se adunan los traidores,  
torpe amistad, bastardo amor fingiendo,  
en pro de sus rencores.

Y el volcán de sus iras contenido  
rugía en lo lejano,  
como acaso escuchamos el bramido  
del remoto Océano.

Mas al rumor creciente, de MARÍA  
temblaba el corazón,  
y miraba acercarse la agonía  
con triste previsión.

Y siguiendo por montes y laderas

al hijo con afán  
llegó con él un día a las riberas  
que fecunda el Jordán.

Y por él fue allí mismo bautizada,  
y siguió decidida,  
y abandonó su vida acostumbrada  
por otra nueva vida.

Y mujeres seguíanla y varones,  
discípulos fervientes  
de Jesús, de amorosos corazones  
y espíritus valientes.

#### Entrada de Cristo en Jerusalén

- V -

¿Qué júbilo inmenso resuena,  
Sión, en tu vasto confín?  
¿qué gozo inefable enajena  
Salem, tu recinto feliz?  
¿dó van tus resueltos varones  
cantando triunfales canciones?  
¿por qué suena el laúd?

¿Qué triunfo electriza sus almas?  
¿acaso el Romano cayó?  
¿por qué se despojan las palmas  
del manto que el cielo les dio?  
¿por qué tu llanura arenosa  
reviste esa capa frondosa?  
¿cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,  
los niños en coro pueril,  
repiten en cántigas bellas  
pulsando del padre David  
el harpa de voces tan puras:  
«¡Hosanna en las alturas!  
»bendito el enviado de Dios!»

¿Quién es el monarca temido,  
que llega a tus puertas, Salem?  
¿quién es ese rey tan querido?  
¿de Dios el enviado, quién es?  
de inmensa legión circundado,  
en carro de triunfo adornado,  
llega el conquistador?

Sión, tu monarca divino  
no viene en un carro triunfal;  
ni acero feroz, damasquino  
empuña su mano real:  
ni en pompa homicida de guerra  
le anuncian por rey de la tierra  
el fausto y el poder.

En manso animal cabalgando  
se acerca del mundo el Señor,  
a diestra y siniestra lanzando  
benignas miradas de amor.  
Por armas la palma y la oliva,  
por premio la fe siempre viva,  
eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,  
las madres que acata Israel,  
y ancianos y tiernos garzones  
confusos en raudo tropel;  
y esposas y vírgenes puras:  
«¡Hosanna en las alturas!»  
exclaman, al Sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento  
que suena en el vasto confín,  
llevado en las alas del viento,  
llegó cual la voz del clarín  
Sión, a tus calles oscuras,  
«¡Hosanna en las alturas,  
»clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado  
y el agua que corre a su pie;  
del templo el recinto sagrado  
y el viento que gime al través:  
-y el ruiseñor que en la enramada trina,  
y el aura embalsamada matutina,  
en paro acento de perenne amor;

clamando van en montes y llanuras:  
¡Hosanna en las alturas,  
al que viene en el nombre del Señor!

Libro duodécimo  
María en el calvario

- I -

Aún no estaba marchito el verde manto  
que de Bethania revistió el camino,  
cuando ardiendo Sión en gozo santo  
el Cristo a saludar rápida vino:  
aún repiten gozosos aquel canto  
los ecos del país circunvecino,  
y las auras turbadas se estremecen  
y aún tibias de sus hálitos parecen.

Cuando una voz inmensa, conturbando  
los ámbitos del monte y la llanura,  
a amigos y contrarios va llenando  
de pasmo y de alegría y de pavora:  
aquel acento horrísono y nefando,  
envuelto en la traición y la impostura;  
caro a muchos y a pocos detestable,  
anuncia que se ha preso a un gran culpable.

Y en torno a los magnates opresores,  
y a los que favorece la fortuna,  
viles escribas, pérfidos doctores,  
que ahora en torpe alianza el vicio aduna;  
del gran templo en los arcos exteriores  
se arremolina el pueblo, e importuna  
una vez y otra vez al Fariseo  
por el nombre y los crímenes del reo.

-¿Es ladrón, o falsario u homicida  
aquel gran criminal? ¿su orgullo insano  
intentó quebrantar en lid reñida  
la suma prepotencia del Romano?  
¿Escándalo del mundo, el parricida  
en sangre paternal bañó su mano;

o en las sagradas bóvedas del templo  
dio de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso a la ley pagó el tributo  
que se debe a los reyes de la tierra;  
jamás dio su palabra amargo fruto  
de infausta división, ni cruda guerra:  
la cólera, el rencor, el llanto, el luto,  
cuanto mal y dolor el mundo encierra,  
huyen al resonar su blando acento,  
cual leve arista que arrebató el viento.

Lejos de hacer brotar de ajenos ojos  
lágrimas de amargura, amante llora  
sobre las penas, lágrimas y enojos  
que la vida mortal en sí atesora:  
lejos de complacerse en los despojos,  
en la humildad y en la pobreza mora;  
da vista al que jamás el sol mirara,  
cara al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura  
la blanda, salutífera doctrina,  
su voz süave de la letra oscura  
los profundos arcanos ilumina:  
a los de fe más débil asegura,  
a los que van a ciegas encamina,  
y a do su vista o su palabra alcanza  
vuelven vida y amor, fe y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores  
tiene el profeta crímenes bastantes;  
él, de la ley los llama torcedores,  
él, del templo arrojó a los traficantes:  
y a saciar su venganza y sus rencores,  
con ronca voz y labios espumantes,  
costumbres violan y traspasan leyes,  
y pisan los derechos de sus reyes.

De una traición doméstica, comprada  
con oro vil, se valen los villanos,  
y a poner en la víctima sagrada  
van iracundos, las inicuas manos:  
velando su impostura refinada  
a varones y vírgenes y ancianos  
de Israel; con ayunos y con preces,  
del justo se preparan a ser jueces.

Jamás el mundo vio víctima alguna  
del odio y el rencor de los mortales,  
sufrir tantas afrentas una a una,  
tantos dolores, ni tormentos tales:  
jamás tan negro fin de su fortuna  
vieron los más odiosos criminales,  
ni para ajar tan límpida pureza  
adunada se vio mayor vileza.

Como a un esclavo vil, por más afrenta  
arráncanle sus sacras vestiduras,  
y el acerado azote se ensangrienta  
en las perfectas formas, cuanto puras;  
la ira se dobla y el rencor aumenta,  
como doblando van las amarguras  
del justo, en los verdugos carniceros,  
espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana  
que fuerte acosa el cazador ardido,  
cobarde lucha, y por huir se afana  
al antro oscuro do hasta allí ha vivido;  
mas si mira teñida en roja grana  
de su contrario el pecho, hondo rugido  
exhala de placer, y su ardimiento  
redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona  
de duras y agudísimas espinas,  
y la sangre brotando se amontona  
sobre las sienas del Señor divinas:  
un pedazo de caña le pregona  
por rey, y rotas fajas purpurinas,  
harapos en el suelo abandonados,  
cual manto regio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones  
entre mofas y risas le saludan,  
mientras que los satánicos sayones  
cansados de azotarle se remudan:  
mas las bellas, purísimas facciones  
ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,  
y al mirarlos sonrío tristemente,  
compadeciendo su furor demente.

La saña a desarmar y el odio fiero

de aquella encarnizada muchedumbre,  
en vano el pacientísimo cordero  
opone su piedad y mansedumbre:  
él, que bajó a librar al mundo entero  
de la más ominosa servidumbre,  
ora se ve azotado, escarnecido  
del pueblo que en su amor ha preferido.

- II -

El odio ya saciado  
del Escriba y del torpe Fariseo,  
cuando bastante juzgan degradado  
al inmortal profeta Galileo,  
    ante la masa estúpida  
del pueblo, a consumir el sacrificio  
    vuelan, que llega el sábado,  
y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga  
de una pesada cruz los flacos hombros  
agobian de Jesús: -penosa y larga  
llena de ruinas y de escombros,  
    es del calvario lúgubre  
la triste, funestísima carrera;  
    mas viendo que la víctima  
vacila, su rencor más se exaspera:

Y con el asta dura  
de las cobardes lanzas le atropellan,  
y si cae el lastimado por ventura,  
sin piedad le maltratan y le huellan  
    turba feroz, sacrílega  
de execrables verdugos que se ensañan  
    contra del Justo, y réprobos  
en sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada  
llega acaso confusa a nuestro oído,  
la voz de la tormenta desatada  
que sopla sobre el mar embravecido;  
    y con el susto trémulos,  
aunque remotos del horrendo amago,  
    dudamos si es más próximo,  
y en tierra o viento o mar el fiero estrago.

Así en la muchedumbre  
que en calles, plazas, techos, miradores,

de la ciudad a la maldita cumbre,  
se ve de mil y mil espectadores:  
    en rudos sonos mézclanse  
anatemas y gritos de alegría,  
    cantos de triunfo lúgubres  
y ayes de compasión y de agonía.

Allí van confundidos  
con los que de sus males ha sanado,  
los que en su contra están enfurecidos;  
el aborrecedor junto al amado:  
    empero, son estériles  
de amor y de piedad las emociones,  
    calladas son las lágrimas,  
ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado  
aquel ingrato apóstol más querido;  
uno solo de entre ellos ha quedado,  
los demás todos juntos han huido;  
    no hay una voz intrépida  
que acuse la impostura y la malicia,  
    ni un corazón magnánimo  
que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada  
calle, que a la ominosa puerta guía  
judiciaria, en mal hora así llamada,  
sigue la plebe indómita y bravía:  
    y en medio el justo, cárdeno  
el rostro, y el mirar desfallecido,  
    sigue con planta trémula  
a la cumbre del monte maldecido.

Y he aquí, que una matrona  
a la mitad de la fatal carrera,  
por do más el gentío se amontona  
penetró: -su mirada lastimera  
    no las amargas lágrimas  
empañan del dolor; de tal quebranto  
    en los tormentos hórridos,  
poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,  
como un sepulcro helada y silenciosa,  
se va acercando a aquel a quien dio vida;  
tus mujeres, Salem, en voz piadosa

bajo sus velos cándidos:  
POBRE MADRE! entre lloros exclamaban,  
mientras las haces turbidas  
del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros  
que al hijo de su amor torvos circundan,  
aquellos despiadados extranjeros,  
que en la crueldad su orgullo innoble fundan;  
ya de las lanzas férreas  
con las terribles puntas la rechazan  
y con insultos bárbaros  
y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos  
con el pesar intenso amortecidos,  
y del llanto anterior, hinchados, rojos;  
rayos de luz brotaron, despedidos  
como vivos relámpagos,  
ante los cuales cejan los soldados,  
a los fulgores vívidos,  
si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA,  
a Jesús dirigió la incierta planta,  
y al contemplar su angustia y su agonía,  
de no morir la mísera se espanta.

Sudor a mares, gélido  
brota copioso de la augusta frente  
al horrendo espectáculo  
del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,  
ni una lágrima sola, los dolores  
del corazón revelan, dolorido,  
de la que es manantial de los amores.

Jesús, en tanto, mírala  
a dos pasos de sí, y en blando acento:  
«¡Madre!» su voz exánime  
clamó, y «¡Madre!» repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre  
que tanto amor y gozo tanto encierra  
al combatido corazón del hombre  
en su paso fugaz sobre la tierra;  
dando un gemido fúnebre  
del fondo de su alma desgarrada,

cayó la madre mísera  
sobre las duras losas desmayada!

Y un joven Galileo  
de bello rastro y de mirar sombrío,  
y una joven mujer, del suelo hebreo  
fragante flor; por medio del gentío  
cruzan con paso rápido  
hasta do está la Virgen dolorida,  
y con amor solícito  
la vuelven a la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,  
de Jesús los discípulos amados,  
que a arrancar a Miriam de aquella escena  
en su indecible amor van adunados.

Mas su amorosa súplica  
no oye la Madre, y bajo un sol ardiente,  
del ominoso Gólgotha  
prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo  
que está por altos juicios destinado  
la muerte a presenciar del Dios del cielo,  
para aplacar al mismo Dios airado.

Al ara ya la víctima  
se acerca del más grande sacrificio,  
y tierra y cielo atónitos  
se preparan al hórrido suplicio!

María al pie de la cruz

- III -

Allí la homicida turba  
como una sierpe gigante  
sobre sí misma furiosa  
se arremolina, y combate  
por contemplar del profeta  
el suplicio miserable.  
¿Y dó está Miriam entonces?  
-¡Pobre Madre!

Arrastrar vio al inocente  
en medio a dos criminales;  
mira tres cruces tendidas  
sobre la tierra culpable,  
y hombres de rostros crüeles  
que abren los hoyos fatales;  
-¿Mas dónde está el hijo suyo?  
-¡Pobre Madre!

Al fin pareció; mas cielo!  
¡qué vista tan lamentable!  
-Sin un harapo siquiera  
sobre sus desnudas carnes,  
de cuyas hondas heridas  
brotó a torrentes la sangre!  
¡El tan honesto y tan puro!  
-¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos  
con ciega furia arrastrándole  
de la cumbre maldecida  
al sitio más culminante,  
expusieronle a la mofa  
de aquella turba salvaje.  
¡Qué horrendo cuadro a la vista  
de una Madre!

Tienden al JUSTO en seguida  
sobre la cruz infamante,  
lecho de honor que los hombres  
de su amor en premio danle:  
¡o ingratitud! ¡o demencia!  
¡o ceguedad lamentable!  
¿dónde está entonces MARÍA?  
-¡Pobre Madre!

A una cercana caverna  
Magdalena y Juan amantes  
la arrastran: -sordo murmullo  
tal cual la voz de los mares,  
o de borrascas remotas  
al rebramar semejante,  
llega tremendo al oído  
de la Madre!

De vez en cuando confusos  
elevábanse en los aires

rechiflas y maldiciones,  
risotadas espantables  
y denuestos furibundos  
de aquel pueblo de chacales...  
¡y la infelice los oye!  
-¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo  
reina por breves instantes:  
¿acaso le compadecen?  
¿o alguna nueva barbarie  
de la feroz muchedumbre  
calma el furor anhelante?  
-¡piedad del tigre no esperes,  
pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,  
como de golpe que cae  
a un tiempo sobre maderas  
y despedazadas carnes,  
óyese un sordo ruido  
allá en la cumbre distante,  
y otro después, y otro luego:  
-¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida  
cual la azucena del valle,  
tiembla Miriam convulsiva,  
como si agudos clavasen  
en su pecho los sayones  
sus damasquinos puñales.  
¡Y vive empero y escucha!  
-¡Pobre Madre!

Jamás confesor alguno,  
jamás valeroso mártir,  
en fiero potro extendidos  
sufrieron tormentos tales!  
Y empero de sus dolores  
aún va el suplicio a aumentarse!  
¡flaca mujer, infelice!  
-¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce  
de maderas y cordajes  
se percibe, y lentamente  
se alza la cruz en los aires;

y en ella al Hijo del hombre  
cual vencedor estandarte  
contempla atónito el mundo!  
-¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente  
el desgarrado semblante,  
promete a aquellas regiones  
que por tan largas edades  
aguardan la luz, fecundos  
sus generosos raudales.  
¿Y dó está entonces MARÍA?  
-¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo  
alzó con voz formidable  
un prolongado rugido  
de feroce triunfo. -«Salve»  
le gritan, «rey poderoso!  
»si eres hijo de Dios, baje  
»tu poder desde esa altura  
»do ora yace!»

Y a su izquierda un forajido  
de otra negra cruz colgante,  
de su penosa agonía  
en los postrimeros vales,  
aún le maldice sañudo;  
y él con palabras amantes  
así exclama: «¡Padre mío,  
perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo  
deja Miriam, y sin ayes  
ni lágrimas, ni sollozos,  
pocos a dolor tan grave;  
hacia el lugar del suplicio  
va con planta vacilante,  
como el mármol blanca y fría.  
-¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio  
a pocos pasos distantes,  
los furibundos sayones  
tigres sedientos de sangre  
la vestidura inconsútil  
por suerte entre sí reparten.

Y ella contempla el despojo...

-¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía  
del horror insoportable,  
hacia el cielo, y la mirada  
del Dios moribundo, cae  
desgarrando una por una  
sus entrañas maternas.

¡Por fin llegada es la hora!

-¡Pobre Madre!

En los anales del mundo  
el hora más memorable.  
Vencida en ella es la muerte,  
vencidos los infernales  
espíritus, y aun la suma  
justicia, aquel satisface  
sumo holocausto, inaudito,  
de tal sangre!

En tanto, en medio del día  
sanguinolentos celajes  
velan el sol: sobre el mundo  
caen las tinieblas palpables:  
las águilas roncós gritos  
lanzan de horror en los aires,  
y aúllan sobre la tierra  
los chacales.

Y del calvario maldito  
el lóbrego paisaje,  
de negro mármol parece  
un catafalco gigante.  
Reina el silencio del miedo  
en las turbas criminales,  
y de horror tiemblan unidos  
tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo  
los que a su amor son leales:  
y vuelto a Juan y MARÍA  
con voz de amor infame:  
«Ve en él al hijo que pierdes»  
dice a Miriam, y al amante  
discípulo: «¡Mira en ella  
a tu Madre!»

Y luego a mirar cumplidos  
los proféticos anales  
de las Santas Escrituras,  
«Sed tengo» exclamó: -en vinagre  
bañada una grande esponja,  
dieron el crudo brebaje  
al que es manantial de vida  
los infames!

Y gustado ya el veneno,  
con amoroso semblante  
clamó: «¡Todo está cumplido!»  
Y lanzando un grito grande,  
inclinó la sacra frente  
y espiró. -Trémulos ayes  
pueblan el aire confusos...  
-¡Pobre Madre!  
- IV -

En el supremo, vencedor momento,  
cuando en sus negros templos escucharon  
del sumo Dios el postrimer acento,  
los ídolos inmundos vacilaron:  
del astro de Moisés ya macilento  
los fugaces fulgores se apagaron,  
y el sol del Evangelio generoso  
amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor a los mortales,  
ejemplo a endurecidos pecadores,  
de enviar al bajo mundo altas señales  
de sus justos terríficos furios:  
y apenas las tinieblas sepulcrales  
que envolvían al mundo en sus horrores  
comienzan a aclarar, su voz severa  
estremeció la creación entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,  
digna luz a tan hórridas maldades,  
sucedió un terremoto turbulento  
que en Asia derribó veinte ciudades:  
con insólita furia silba el viento,  
braman con ronca voz las tempestades,  
y el velo del santuario enaltecido  
miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas  
que las marmóreas tumbas revestían,  
se lanzan de sus cárceles abiertas  
los que en el sueño del Señor dormían:  
y en tus calles, Sión, cuasi desiertas,  
espanto a los vivientes infundían  
los cadáveres vivos aún fajados,  
del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto  
que resuenan allá en la negra cumbre,  
se oye la voz de arrepentido llanto  
por sobre la revuelta muchedumbre;  
mientras oculta en los pliegues de su manto,  
imagen del dolor y mansedumbre,  
insensible al tumulto y gritaría  
inmóvil y de pie se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando  
en redor los insólitos portentos  
«¡Este era hijo de Dios!» iba clamando  
como a su hogar volvía a pasos lentos;  
y las mujeres de Sión, llorando  
entre tristes sollozos y lamentos:  
«¡Mísera Madre!» en su aflicción decían,  
y los ecos sus voces repetían.

## Conclusión

La calma renacía  
poco a poco en el orbe conturbado,  
y del pueblo malvado  
en el precito corazón, volvía  
el fuego a renacer casi apagado  
de su torpe valor: tal carnicero  
tigre que en los hircanos arenales  
fue terror de mastines y zagales,  
tiembla ante el domador como un cordero,  
mas si trémulo acaso ve primero  
a aquel que empuña la candente barra,  
el instinto feroz recobra luego  
y ceba en el cuitado de ira ciego,

el diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde  
el pueblo deícida, al ver la guerra  
calmada ya en los cielos y la tierra;  
iba de nuevo brío haciendo alarde,  
y al Redentor divino denostaba  
y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta Galileo  
nunciado había al rudo pueblo hebreo,  
que en el tercero día victorioso  
a la vida y al mundo tornaría  
del reino de la muerte tenebroso:  
una falange armada  
del Sumo Sacerdote allí mandada  
en su soberbia impía,  
velaba en rededor de aquella tumba  
salud y redención del Universo;  
que temía aquel príncipe perverso  
maestro en la traición y en la impostura,  
que en las tinieblas de la noche oscura  
el cuerpo de Jesús arrebataran  
los suyos, y a otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero día  
la aurora el rubio Oriente coloraba:  
Jerusalén dormía  
bajo un manto de nieblas que ocultaba  
su deícida faz al matutino  
sol, que el vasto confín circunvecino  
de fulgor y de júbilo inundaba.

Entreabrían las flores  
el cáliz matizado de colores  
al húmedo rocío;  
entre el ramaje umbrío  
de la higuera silvestre, sus amores  
cantaban los harpados ruisseñores;  
y nunca en aquella árida comarca  
que de Bethania hasta Sión abarca,  
ejemplo de tristísima aspereza;  
mostró naturaleza  
tan delicioso encanto,  
tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron  
de las cercanas lomas

cual banda fugitiva de palomas,  
unas cuantas mujeres, que torcieron  
el paso hacia el jardín donde se hallaba  
el sepulcro de Cristo: descollaba  
entre el grupo indefenso una matrona,  
cuyo pálido rostro, que pregona  
más que humano dolor, resplandecía  
con más fúlgida luz que la del día:  
y mientras al sepulcro caminaba  
a una hermosa ruina semejaba  
    que al impulso violento  
del huracán ajada turbulento,  
en la altanera faz del rayo herida  
aún muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que a su lado presurosas  
caminan, de sustancias aromosas  
    y gomas delicadas  
a embalsamar el cuerpo preparadas,  
cargadas van, y a su dolor se mira  
    que da alguna templanza  
la animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira  
la dormida región, un trueno ronco  
como de gran temblor los aires hiende:  
la losa del sepulcro se desprende  
como impelida de robusto brazo,  
    y al rudo estruendo, bronco,  
los guardias semimuertos de pavora  
unos sobre otros ruedan al ribazo  
    los rostros contra el suelo,  
en redor de la eterna sepultura.  
Y las santas mujeres, cuyo celo  
y acrisolado amor no abandonara  
a Jesús, ni aun al mismo pie del ara,  
retroceden ahora temblorosas,  
    temiendo repetidas  
ver aquellas escenas espantosas  
nunca en el bajo mundo sucedidas,  
que acompañaron el postrer momento  
del sumo imperador del firmamento.

Pero un ángel divino  
cuya inmortal, flotante vestidura,  
    excedía en blancura  
a la nieve que el ábrego amontona

en la cumbre, del Líbano corona,  
al sol iluminada matutino:  
sentado del sepulcro en la ancha losa,  
con voz cuanto benigna, cariñosa,  
a las santas mujeres animaba  
y a penetrar en él las convidaba,  
    «No temáis, les decía:  
»sé que buscáis al hijo de MARÍA  
    »que fue crucificado;  
»mas aquí ya no está: como lo había  
    »dicho ha resucitado  
»al alba pura del tercero día:  
»llegad, y ver podéis donde pusieron  
»al Señor, los que aquí le condujeron.»  
Y las santas mujeres se acercaron,  
    y en el sepulcro entraron,  
y las fajas de mirra perfumadas,  
y el sudario vacío, penetradas  
de pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso  
tronco de un viejo olivo que se alzaba  
no muy lejos de allí, su rostro hermoso  
de admiración radiante y alegría,  
con un joven del pueblo conversaba  
en voz que apenas el aire percibía.

Aquel que el tosco traje revestía  
de un pobre labrador, era el eterno  
triunfador del pecado y del infierno:  
    el redentor, que al mundo  
    un instante volvía  
desde el fondo del bátratro profundo!  
-Miriam en sus entrañas maternas  
    probó entonces tal suma  
de júbilo y placeres celestiales;  
que describirlo no es de humana pluma,  
ni contarlo de lenguas terrenales;  
ni pudieran los míseros mortales  
sentirlo ni aun en parte reducida  
sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,  
salió Jesús de la ciudad, seguido  
de aquellos que en su amor ha preferido;  
    y juntos dirigieron  
sus pasos de Bethania a las alturas;  
allí de do descubren las llanuras

de Jericó, y las aguas estancadas  
del muerto mar, y las corrientes puras  
del Jordán apacible, sus pisadas  
detuvo la piadosa comitiva.

Y allí por vez postrera  
la fuente de agua viva  
a raudales brotó libre y fecunda  
la creación entera  
a rescatar de servidumbre fiera,  
de aquel que en el error su imperio funda.

La ascensión

- II -

Las últimas miradas  
fijas aún en los que atrás se deja,  
las manos levantadas,  
bendice y aconseja  
la amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento  
como se va en los aires elevando,  
suavísimo concento  
del cielo fue bajando,  
montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes  
se ciernen por millares de millares  
los fúlgidos querubes;  
y las tierras y mares  
atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido  
del mar: callan los vientos bramadores,  
y el céfiro dormido  
se oculta entre las flores  
fijas sobre sus tallos cimbradores

Y hombre, ni bruto, ni ave,  
hubo alguno que osado interrumpiera  
aquel silencio grave;  
y hasta en la azul esfera  
detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa  
la creación asiste conmovida  
a la ascensión gloriosa;  
y un instante la vida  
quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre  
sigue del redentor el blando vuelo  
la santa muchedumbre  
con amoroso anhelo;  
que van con él su paz y su consuelo.

Y aun a sus ojos brilla  
el süave fulgor de su semblante,  
cuando una nubecilla  
se puso por delante  
entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,  
trono en el cual a su feliz morada  
el rey del cielo sube!  
¡O tierra malhadada  
de tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo  
de hoy más, sino tinieblas y amargura,  
e interminable duelo;  
si pierde ¡o desventura!  
al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos  
de amarguísimo llanto excandecidos,  
que no encuentren enojos;  
si están oscurecidos,  
de la luz celestial desposeídos?

¿Cómo gozar amores  
de aquel inmenso amor abandonados?  
¿ni cómo los furores  
burlar de crudos hados,  
de tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el ser divino  
en prenda nos dejó de eterna alianza,  
un faro diamantino  
que alumbra en lontananza

la límpida región de la esperanza!

La fe imperecedera,  
claro destello de la eterna lumbre,  
que en la mortal carrera,  
de nuestra servidumbre  
aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma  
en medio a las borrascas de la vida;  
suma virtud del alma  
jamás enflaquecida  
aun del báratro mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,  
del supremo Señor de lo creado;  
tan pura y tan perfecta  
que el arcángel malvado  
aun la guarda en el reino del pecado!

María en Éfeso

- III -

En el negro horizonte  
del Gólgota de sangre enrojecido,  
miro el Sol de justicia, oscurecido;  
mas sobre el hondo valle y alto monte  
con más benigna llama,  
luz y grato calor al par derrama  
la Estrella de los mares,  
del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa  
sus rayos puros en la patria amada;  
en tierra de Sión muy apartada  
con la de Magdalum joven hermosa,  
y Juan, el preferido,  
que al destierro a las dos ha conducido,  
vive, esperando el día  
de a la mansión volar de la alegría,

En Éfeso, altanera  
se refugió Miriam, del odio insano  
por escapar del opresor romano,  
que con soberbia impía y saña fiera  
persigue a los que oyeron  
la voz del Salvador y la siguieron,  
de los dioses mentidos  
los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora  
la tierra del Señor santificada,  
por Juan y Magdalena acompañada,  
MARÍA, de los ángeles señora;  
empero el sumo instante  
se acerca, en que ya libre el alma amante  
de sustos y dolores,  
vuele hacia la región de los amores.

- IV -

En la ribera undosa  
del bello mar Icario,  
del astro vespertino  
al moribundo rayo,  
ocultas en la sombra  
al pie de algún peñasco,  
se miran dos mujeres  
cubiertas con sus mantos.  
Miriam y Magdalena  
son, que los lares patrios  
recuerdan afligidas  
en el confín extraño.  
Y Éfeso en vano ostenta  
sus torres y palacios,  
sus plácidos jardines,  
sus muros almenados,  
sus límpidos arroyos  
y sus feraces campos;  
y en vano, en regia pompa,  
los montes y los llanos  
se cubren de áureas mieses,  
pastores y rebaños:  
lamentan ¡ay! las tristes,  
del caro suelo patrio  
las abrasadas lomas,  
los ásperos collados;  
que el alma nunca olvida  
del pobre desterrado,

aquel hogar paterno  
do efímeros pasaron  
sin penas ni zozobras  
sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras  
del arroyuelo claro,  
ni el céfiro apacible  
que alienta sobre el prado;  
ni el poderoso muro,  
ni el opulento fausto  
ni en fin los bienes todos  
del suelo hospitalario?  
-Allí, nada recuerda  
del Redentor los pasos;  
ni mármoles piadosos  
conservan encerrados  
allí de sus mayores  
los restos venerandos.  
Por esto en las orillas  
del piélagos salado  
tal vez siguen sus ojos  
algún velero barco,  
que en rumbo el mar divide  
hacia los lares patrios!  
Y acaso entre sollozos  
bañadas en su llanto,  
recuerdan la alta cumbre  
del Líbano argentado,  
las encrespadas olas  
del turbulento lago  
de Tiberiades, donde  
Jesús con firme paso,  
en medio a la tormenta,  
al barquichuelo náufrago  
llegó, do sus amigos  
lloraban angustiados  
en la borrasca impía  
viendo su fin cercano;  
o del feliz Carmelo  
los picos azulados,  
que acaso se confunden  
con el etéreo espacio.  
Y brota de sus ojos  
amargo y crudo llanto,  
mientras el rumbo siguen  
de algún velero barco

que en medio al remolino  
del piélago salado,  
navega majestuoso  
hacia los lares patrios.

- V -

Mas luego de la vida  
volvía la celeste desterrada  
a la afanosa realidad; y unida  
a la de Magdalum, joven amada,  
llevaba ardiendo en amoroso anhelo  
el bálsamo divino del consuelo  
del mendigo a la choza derruida;  
a la infeliz guarida  
del leproso a la vista repugnante,  
como madre solícita, anhelante,  
que en el seno materno al hijo caro  
guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorría,  
y a la llorosa viuda consolaba;  
y pobre de tesoros terrenales  
con los menesterosos compartía  
los bienes celestiales  
que en su gran corazón atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas  
de la alma compasión, cuando su pecho  
cumplido había, al templo do el cristiano  
de contrición en lágrimas deshecho,  
a aquel de soberanos soberano  
sus preces elevaba,  
con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí a torrentes  
de la fe las verdades elocuentes  
copioso derramaba  
sobre los fieles a su voz unidos,  
que escuchaban de gozo enardecidos  
de su divino acento  
el fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo  
cuya base más firme y más segura  
es el divino amor, tuvo en el suelo  
tan elocuente explicación: la impura  
doctrina del pagano, combatida

por la palabra de virtud y vida;  
de su anterior prestigio despojada  
lidiaba aún, feroz, desesperada,  
    en sus ciegos furoros,  
moribunda en verdad mas no vencida.

Aun surgen los altares  
de los nefandos númenes traidores  
coronados de ofrendas y de flores:  
    millares de millares  
de hombres ilusos al error uncidos  
y en el mar del pecado sumergidos,  
lidian por el error: la sangre humea  
de torpes sacrificios, en las aras  
de Moloch y Belial, cuando aún el viento  
de la mañana orea  
allá del negro Gólgotha en la cumbre  
la sangre del Señor, y monte y llano  
aún repiten su acento soberano,  
tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento  
de esclavitud y torpe tiranía,  
    donde estaba sentada  
la majestad de Roma, ya cedía  
    no al empuje violento  
de la bárbara plebe amotinada;  
ni a la indomable y brusca acometida  
del esclavo que rompe su cadena:  
    en la sangrienta arena  
en vano fuertes Catilina y Graco  
por la alma libertad honor y vida  
expusieron, y en raptó generoso  
su noble sangre derramó Espartaco:  
-La religión caduca ya vencida  
    del negro paganismo,  
arrastraba el imperio al hondo abismo  
    desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,  
esclava del horrendo soberano  
del reino del dolor y la amargura,  
    ardiendo en saña impura  
a combatir se apresta frente a frente  
la palabra de un Dios omnipotente:  
sus fuertes escuadrones,  
sus verdugos prepara y sus leones:

Mas, ¿qué son los tormentos,  
qué el número infinito de soldados,  
de los fieles de Cristo denodados  
contra los indomables corazones?

No a la lid turbulentos  
ardiendo en torpe cólera se lanzan,  
oponen al furor la mansedumbre  
del divino cordero;  
la blanda persuasión al crudo acero;  
y acaso el triunfo alcanzan  
aun so el yugo de férrea servidumbre,  
oponiendo al rencor de su tirano  
el amor y paciencia del cristiano.

Miriam fue la columna luminosa  
que en la borrasca impía  
de la noche del mal caliginosa,  
fue a la naciente iglesia claro guía:

Cual madre cariñosa  
a los sencillos neófitos mostraba  
la eternidad y la excelencia suma,  
de la ley que su labio predicaba.

Y nunca humana pluma,  
ni humana voz, ni entendimiento humano,  
ni aun de los mismos hombres que vivieron  
al lado de Jesús, y de él oyeron  
su celeste doctrina;  
ni el indecible encanto soberano,  
ni la dulzura y persuasión tuvieron  
de aquella voz divina.

Las profundas tinieblas que ofuscaban  
aquellas mentes rústicas, cual nieve  
acumulada en el invierno frío  
que derriten los fuegos del estío,  
a la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve  
los congregados fieles prorrumpían  
en himnos de placer: el crudo lloro  
cesaba entonces, y en alegre coro  
con unánime voz la bendecían.

- VI -

Pero ya la fructífera simiente  
de aquel divino sembrador crecía,  
apesar de las recias tempestades

que del bátratro horrendo la malicia  
contra ella suscitó por mar y tierra,  
con suma esplendidez y lozanía.  
La refulgente luz del Evangelio  
en extensas regiones difundida,  
no había menester cuidado alguno  
para acrecer su llama siempre viva,  
y la reina del cielo fatigada  
de esta mansión de llanto y agonía,  
volvió los ojos hacia aquellos campos  
de perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos  
a este destierro de dolor la unían  
sólo quedaba Juan: ya Magdalena,  
compañera leal y tierna amiga,  
volado había a la mansión celeste,  
en el llanto dejándola sumida;  
como una flor que al postrimero rayo  
del sol en cuya luz su ser bebía,  
cierra el rosado cáliz lentamente  
y sobre el leve tallo cae marchita:  
desde la muerte de Jesús, la joven  
privada de la fuente de agua viva  
en cuyas puras ondas mitigaba  
su abrasadora sed; las purpurinas  
rosas de su semblante, que a las flores  
del plácido vergel dieran envidia,  
perdió. -Jamás sus amorosos labios  
volvieron a dar paso a una sonrisa;  
y poco a poco, sin dolor ni susto  
ni esfuerzo, fue apagándose su vida,  
como en las ramas de la selva umbrosa  
la brisa de la tarde blanda espira.

Mas antes de partirse a los eternos  
lares, aún visitar quiso MARÍA,  
los santos sitios de la inmensa obra  
de nuestra redención se vio cumplida;  
y el deseo de su alma conociendo  
el amado y amante Evangelista,  
con ella se embarcó en velera nao  
que enderezaba el rumbo a Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas  
que las nocturnas auras leves rizan,  
rápida voga la feliz galera

de su carga inmortal envanecida.  
Ya divide orgullosa aquellos mares  
de plata y de zafir que las divinas  
regiones bañan, fortunada cuna  
del arte y de la egregia poesía.  
Surge Chio del piélago espumoso,  
cual de un arroyo en la argentada linfa  
levanta acaso el cisne su alba frente  
que a los rayos del sol fúlgida brilla;  
y cuando aún, al fin del horizonte  
se ve como una vaporosa cinta,  
Lesbos, la patria del sublime Alfeo  
y de Safo la amante poetisa,  
en medio de las ondas se levanta,  
cual Venus bella, como Juno altiva.  
Después, la patria de Esculapio surge,  
la noble Delos; Rodas, la divina,  
y Chipre, paraíso del deleite  
do fue la religión torpe lascivia.  
Y en breve, vacilando en el espacio,  
como tal vez el águila atrevida  
cuando cerca del sol se cierne, viose  
un punto negro en la región vacía:  
era el pico final de la montaña  
do levantó un profeta en otros días  
altares a Miriam y le dio culto;  
al través de las lóbregas neblinas  
de lo futuro, alegre contemplando  
a la estrella del mar enaltecida.  
Y el viaje prosiguiendo, a la alborada  
serena y pura del siguiente día,  
a vela y remo entró la leve nao  
en uno de los puertos de la Siria.

Muerte de María

- VII -

Era la noche: -en una vasta pieza  
de la augusta mansión que viera un día  
raudo bajar desde la suma alteza  
el fuego de inmortal sabiduría:  
esplendente de luz y de belleza

como en su verde edad, se ve a MARÍA,  
la excelsa esposa del Señor amada,  
sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,  
en grande multitud, de la divina  
ley, los mantenedores valerosos  
que ora el dolor más ímprobo domina:  
allí oscuros aún los que animosos,  
su sangre verterán por la doctrina  
del Cristo, aguardan el fatal momento  
en que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el justo, su quebranto  
entre calladas lágrimas devora;  
da Pedro suelta rienda al crudo llanto  
que su dolor empero no aminora;  
mientras en los pliegues de su griego manto  
oculto Juan, inconsolable llora,  
y su dolor exhala en reprimidos  
ayes, y dolientísimos gemidos.

Y a la cárdena lumbre, vacilante,  
que en rojizos manojos despedían  
lámparas que del techo culminante  
cadenillas de bronce suspendían,  
y que como la péndola oscilante  
a compás en lo oscuro se mecían;  
más vasta parecía aquella escena,  
más lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso  
que interrumpiera sólo algún gemido,  
rompió un acento vago, melodioso,  
no semejante a terrenal sonido:  
a aquel acento dulce, afectüoso,  
como del seno del Señor nacido,  
del cisne celestial postrero canto,  
cesó el dolor, interrumpiose el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura  
bajo el ramaje de la selva umbría,  
ni el ruiseñor que canta en la espesura  
al espirar del moribundo día;  
ni el céfiro süave en la verdura,  
del prado, ni la múltiple armonía  
que en mañana feliz de primavera

alza a su rey la creación entera:

Ni el vago son de los tranquilos mares  
cuando las playas besan adormidos;  
ni el rumor de domésticos hogares,  
bienes del corazón los más queridos,  
que en fatigas y turbidos azares  
para siempre juzgábamos perdidos,  
y en velada aromosa de verano  
percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que al anhelante  
pecho, asegura la feliz victoria;  
ni el clarín de la fama resonante  
que canta al universo nuestra gloria;  
ni en medio del desierto al caminante  
que juzga el fin llegado de su historia,  
el creciente rumor, ya de él cercana  
que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura  
celestial, la suprema jerarquía  
entona al Crëador; puede en dulzura,  
ni en amor, ni en süave melodía  
competir, ni en blandísima ternura,  
con las postreras voces de MARÍA;  
ni voz alguna en tierra o mar o cielo  
jamás a tal dolor dio tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente  
que ha de correr perenne, inagotable,  
sabroso amparo de la humana gente  
en la vida del cuerpo deleznable:  
luego, de la bondad omnipotente,  
de la futura vida perdurable,  
do cabe a Jehová, los escogidos  
serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,  
más vivos y fulgentes resplandores  
al extinguirse en derredor derrama;  
así la emperatriz de los amores  
al espirar parece que se inflama  
aun más en los espléndidos fulgores  
de aquella eterna, engendradora lumbre  
que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y explica a aquellos puros corazones  
del porvenir remoto los arcanos:  
caerán aquellas ínclitas legiones  
en que su orgullo fundan los romanos;  
y a pesar de verdugos y leones,  
alzarán vencedores los cristianos,  
signo de redención al orbe entero,  
de Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades  
y encarnizadas y sangrientas lides,  
triunfarán en desiertos y ciudades  
los del Señor preclaros adalides:  
azotes del error y las maldades,  
de la santa verdad nuevos Alcides,  
opondrán el amor y mansedumbre  
al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla  
de los soldados del Señor plantada,  
tal como el sol sobre los astros brilla,  
lucirá al universo tremolada:  
y la palabra de verdad, sencilla,  
cual ley universal será acatada  
y en uno refundidos tantos nombres,  
a un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó. -Los dulces ojos  
fijó Miriam en la sublime esfera  
sonriendo al dejar tantos enojos  
que cercan esta vida pasajera:  
y a medio abrir los bellos labios, rojos,  
cual si en el seno del amor durmiera,  
sin fuerza ni dolor voló su alma  
a las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos  
de aquel salón los ámbitos poblaron,  
y de fúnebre canto los sonidos  
trémulos en los aires se elevaron:  
los ecos de Sión adormecidos  
al rumor plañidero despertaron,  
y sus cándidas alas desparciendo  
fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,  
en grande profusión preciadas gomas,

los fieles compitiendo en santo celo  
llevaron y riquísimos aromas.  
Y cubierto el cadáver con un velo  
de finísimo lino, por las lomas  
que de Getsemani cercan el llano  
lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar do abierta estaba  
la más afortunada sepultura,  
el lecho depusieron que encerraba  
aquella flor de mística hermosura:  
el astro vespertino iluminaba  
con trémulo fulgor desde el altura  
la triste escena de dolor y luto,  
del más piadoso amor, postrer tributo.

Y durante los tres primeros días  
velaron los Apóstoles constantes  
del sepulcro en las márgenes sombrías,  
con otros fieles de Jesús amantes:  
y de noche las blandas armonías  
repetían los ecos circunstantes,  
que acompañado de sus sistros de oro  
cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido  
que de un país tornaba muy lejano,  
y era aquel que tocar osó atrevido  
de Jesús las heridas con su mano,  
y por ver a Miriam era venido;  
obedeciendo a impulso sobrehumano  
rogó a los otros que la losa alzarán  
y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron  
la losa, y con asombro descubrieron  
que no estaba Miriam do la dejaron,  
y el sudario vacío solo vieron:  
entonces en el polvo se postraron,  
y las glorias de Dios enaltecieron,  
que quiso sublimar a tanta altura  
una mortal, terrestre criatura.

La asunción

- VIII -

Es una noche plácida  
del abrasado estío;  
el viento calla indómito,  
se aduerme el mar bravío,  
y espira el blando céfiro  
entre una y otra flor.

En las azules bóvedas  
de estrellas mil cercada,  
su faz ostenta nítida  
la luna nacarada,  
el llano y la alta cúspide  
bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos  
raudales se desprenden  
de viva luz: mil ráfagas  
de fuego el aire hienden,  
y alto cantar de júbilo  
se oyó en aquel confín.

Moviendo al par las cándidas  
alas de nieve y oro,  
cruza veloz la atmósfera  
entero el sumo coro,  
hacia el estrecho límite  
del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea  
losa que tanto encierra  
alzan, los rostros fúlgidos  
humillan a la tierra,  
ciegos al astro vívido  
que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe  
que la falange impera  
y que a la diestra ciérnese  
de Dios en la alta esfera,  
bajo el mirar fulmíneo  
pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas  
y fajas purpurinas,

tras la borrasca lóbrega  
y en tierras ya vecinas,  
surge al cansado náufrago  
del sol la rabia faz:

Así entre lienzos cándidos  
y delicadas flores,  
bañado el rostro límpido  
de espléndidos fulgores  
la reina de las vírgenes  
yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,  
espíritus guerreros,  
que cabe al trono altísimo  
de Dios, son los primeros,  
y en cien batallas hórridas  
vencieron a Luzbel,

Sobre sus alas rápidas  
pusieron a MARÍA,  
y con cantar melódico  
por la región vacía  
más breves que el relámpago  
vuelan a do está ÉL.

- IX -

El hijo de su amor, el cariñoso  
amigo, el padre y el amante fiel;  
el que lloró perdido, tierno esposo,  
a cuya planta el sol es escabel!

A cuya voluntad generadora  
del caos tenebroso y a la par,  
lució en el cielo la primer aurora  
y la tierra surgió del ancho mar!

A cuya voz las roncadas tempestades  
conturban los dormidos elementos;  
y se abisman los montes y ciudades,  
convertidos en polvo sus cimientos!

Ante cuyo saber la ciencia humana  
es miseria y vacía oscuridad,  
y a cuya omnipotencia soberana  
sólo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio a la cohorte  
de espíritus de luz innumerables,  
en medio de los grandes de su corte  
y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento  
estará del Supremo imperador;  
respirará el aliento de su aliento  
y anegarse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío  
por la misericordia y la piedad,  
astro Miriam de amor, sereno y pío,  
lucirá en la infinita eternidad.

Fin del poema

Corona poética de María  
Epílogo

- I -

O tú, cuyo poder creó la luz del día,  
inmenso manantial de amor y poesía  
y santa inspiración;  
un rayo de tu luz a mi anublada mente  
envía, y tu vigor le presta omnipotente  
al débil corazón:

¿Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales  
profana inspiración y símiles mortales,  
la lumbre perenal;  
de aquella blanda luz que cabe a ti destella,  
fuerte como el amor, cual la esperanza bella  
cómo la fe inmortal?

No es signo del poder que impera y que castiga  
y cuya fuerte voz a la obediencia obliga  
la torpe humana grey:  
símbolo del poder que ampara y que perdona  
su cetro es la piedad, de amor es su corona,  
la súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza  
al mísero mortal cual sueño de esperanza  
un plácido jardín;  
do cabe al Crëador, las almas escogidas  
en goces vivirán inmensos sumergidas  
y júbilo sin fin.

Da pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbré,  
a mi razón mortal, porque a la excelsa cumbre  
pueda feliz volar;  
y a mi confusa voz la plácida armonía  
que entonan al morir del astro rey del día  
el cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa  
inunde, y tu piedad quebrante poderosa  
mi triste esclavitud;  
que sólo así alcanzar pudiera el ronco acento  
que exhala el corazón en afanoso aliento  
a tanta excelsitud.

María amante

- II -

Nació Miriam a este mundo  
tan perfecta y acabada,  
así en las dotes del cuerpo  
como en las prendas del alma,

Que no ya a los flacos seres  
de nuestras razas humanas,  
allá en el celeste coro  
pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura  
y saber fue la más alta,  
a ser en todo perfecta  
fue en el amor extremada.

Amor, la ley poderosa  
que entre sí encadena y ata

las partes del universo  
más distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra  
brotan fecundas las plantas,  
mientras la plata y el oro  
se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos ríos  
a la mar llevan sus aguas,  
y vuela el ave en el viento  
y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos  
que en medio al espacio vagan,  
entorno al sol que es su centro  
amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo  
que es de los cielos monarca,  
hasta el granillo de arena  
que le confunde en la playa:

No hay viviente criatura  
ni átomo en la inanimada  
materia, que no se humille  
a aquella ley soberana.

Amor es del poderío  
supremo, inmensa palanca;  
vida allá en la eterna altura,  
y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia  
dio a Miriam parte tan larga  
de la llama generosa  
que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura  
enfermiza y limitada  
del hombre; ni las eternas  
nobilísimas sustancias,

Que ante su inmutable trono  
en su mismo ardor se inflaman,  
de amor en el puro fuego  
pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos  
prendió la simiente amarga  
que da por amargo fruto  
la ingratitud e inconstancia.

Así el arcángel maldito  
ardiendo en soberbia ingrata,  
arrostró las iras sumas  
en sacrílega batalla.

Mas al nacer la doncella  
de antemano señalada  
a ser feliz mediadora  
entre Dios y nuestra raza:

Sobre su cándida frente  
de su amor y de su gracia  
derramó las aguas puras  
la potencia soberana.

Y como a tan altas dichas  
después de penas tan arduas  
allá en su mente suprema  
Jehová la destinaba:

Como incontrastable escudo  
en las terribles batallas,  
fe y amor inmensos diola  
y diola inmensa esperanza.

Y el corazón defendido  
con esta triple coraza,  
díjola Dios: «Nace al mundo  
»y serás mi esposa amada!»

María creyente

- III -

Hija del amor querida,  
generadora lumbrera

que guías al débil hombre  
de la vida en las tinieblas:

Consuelo en el infortunio,  
amparo en nuestra flaqueza,  
fuego sacro desprendido  
de la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas  
que a la par de Dios sustentas  
la frágil, humana arcilla,  
en las más terribles pruebas:

Sublime fe, que en el trono  
de Dios, cabe a Dios te asientas,  
entre las altas virtudes  
la mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel  
humana viviste estrecha,  
hallaste en Miriam un trono  
más grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos  
de la suma Omnipotencia,  
ella sin ti no sería,  
ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades  
eras tú la luz incierta  
que así ilumina el escollo  
como la amiga ribera;

La luz que al náufrago alumbra  
al rugir de la tormenta,  
no de salvarse el camino,  
sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARÍA,  
y existiendo al par con ella,  
subiste a ser fe CRISTIANA  
de mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo  
que sin ti camina a ciegas,  
en el cielo, eterno faro,  
alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza  
allá en la región suprema,  
el plácido puerto, amigo,  
do hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta virgen  
que en sus entrañas maternas  
llevó al que es la fuente pura  
de la virtud verdadera;

Se abrasó en tu ardiente lumbre  
con tan insigne creencia,  
que ni un punto de su vida  
vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos  
allá donde el Sumo impera,  
al través de los dolores,  
males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy más crudos  
desgarraron su alma tierna,  
en proporción que excedía  
la común naturaleza:

Siguió impávida el camino,  
si atormentada, serena;  
que en tus raudales bebía  
más que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercana  
allá en la sublime esfera,  
por dosel tiene su trono,  
por alfombra las estrellas.

Y a los viajeros mortales  
que arrastran sobre la tierra  
llenos de pena y zozobras  
su miserable existencia:

Desde el lugar sublimado  
que de Dios mismo a la diestra  
ocupa, amante sonrío,  
de futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias

y nuestras amargas quejas,  
por ella son recibidas  
y presentadas por ella.

María esperante

- IV -

De ardiente amor y fe pura  
emanación altecida,  
como los ángeles bella,  
como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente  
creó con una sonrisa  
cuando sobre tantos mundos  
sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre  
leal y constante amiga,  
que de la cuna al sepulcro  
su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras  
fuerzas del alma se humillan,  
ante el crudísimo embate  
del dolor y la desdicha;

Alza la cándida frente  
que entonces fúlgida brilla,  
y al cansado caminante  
sostiene a un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas  
en medio a las crudas iras,  
el flaco arbusto se salva  
cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo  
pisó la cárcel maldita,  
aquella virgen excelsa  
do el Sumo Ser se reclina:

No fue tu amorosa lumbre  
si no vacilante chispa,  
que al acaso entre  
tinieblas brillaba y desaparecía.

Mas al posarte en el alma  
de la mujer elegida  
a ser de la fe del cielo  
primera sacerdotisa;

Al complemento llegaste  
de tu esencia enaltecida,  
que ella de ti fue en la tierra  
encarnación peregrina.

Como tú, virgen y pura,  
casta como tú y sumisa,  
como tú hermosa y modesta,  
fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna  
que allá en la arena intranquila  
del desierto, iluminaba  
a la nación escogida;

Que opaca en las claras horas  
del sol, en la noche umbría  
inmensa faja de fuego  
la marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,  
fanal perenne, encaminas,  
al través de este desierto  
borrascoso de la vida;

Mas nunca desde la aurora  
primera que purpurina  
anunció al vasto universo  
del primer sol la venida,

Animara humano pecho  
tu llama plácida y viva  
con fulgor tan generoso,  
como el pecho de MARÍA!

Que nunca hubo criatura  
a quien fueran prometidas,

al través de tantos males,  
venturas tan inauditas.

Flaca mujer, engendada  
de carne mortal, que un día  
debe ser madre dichosa  
de un Dios; pudibunda inclina

La frente, y a los dolores  
inmensos, como a las dichas  
que el mismo Dios le promete,  
valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento  
de las promesas divinas,  
en su puro amor se anega  
y en su firme fe confía.

María doliente

- V -

¡Dolor, dolor! -Férreo yugo  
que la mano poderosa  
de Dios, impuso en la tierra  
contra amor, placer y gloria:

Poder de cuya existencia  
lució la primer aurora  
con el delito primero  
que registran las historias.

Aquella primera falta  
que en la mansión deleitosa  
del perdido Edén, la madre  
de la gente humana toda,

A instigación cometiera  
de la serpiente engañosa,  
cuya implacable malicia  
aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,  
se depuran y valoran  
las más ínclitas virtudes  
que el humano pecho adornan:

De la fe sublime escuela,  
contienda de amor heroica,  
do en proporción del peligro  
más ilustre es la victoria:

Palenque do la esperanza  
se ejercita y desarrolla,  
pues sin tu embate es inútil  
su fuerza reparadora:

Contrapeso inevitable  
que a domar nuestra orgullosa  
naturaleza, dispuso  
la voluntad creadora;

Poder en fin cuya fuerza  
a tanto en la vida monta,  
que sin estar adunadas  
las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo  
imagen deslumbradora  
de la trinidad suprema  
que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates  
debilitadas y rotas,  
sucumbieran una a una  
cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma  
hiciste heridas tan hondas;  
tales torrentes vertiste  
de envenenada ponzoña

En el purísimo seno  
de aquella casta paloma,  
que entre Dios y los humanos  
fue divina intercesora;

Que sin la fuerza invencible  
de la llama generosa

de eterno amor y fe pura  
y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardía,  
trina, incontrastable antorcha;  
vencida acaso, doblara  
su frente a tales congojas.

Desde el instante supremo  
en que de la etérea bóveda  
partió el paraninfo, nuncio  
de la nueva portentosa

De la redención del mundo:  
¡cuántos sustos y zozobras,  
cuántos agudos pesares  
desgarraron su alma heroica!

Madre pierde al hijo caro,  
huérfana a su padre llora,  
y viuda desolada  
es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano  
tan crudamente acongojan,  
cuando en el mar de la vida  
vienen distantes y solas:

Juntas, terribles, sañudas,  
en el corazón se agolpan  
de Miriam, y lo desgarran  
con ansia devoradora;

-Mas en la ruda palestra  
triumfa la excelsa matrona,  
y el negro báratro gime  
confesando su derrota.

- VI -

Así Miriam fue en la tierra,  
que desde la enorme culpa  
de nuestra primera madre  
yacía en noche profunda:

La llama de amor sublime,  
de la fe lumbrera augusta,  
y de la blanda esperanza

antorcha serena y pura

En ella el Omnipotente  
de las humanas angustias  
apiadado al fin, envionos  
consuelo y paz y ventura,

Y en vano allá del Averno  
aquella ominosa turba  
de arcángeles maldecidos  
que bajo el pendón se aduna

Del feroz Luzbel, en saña  
ardiendo implacable, aúlla,  
exhalando en gritos roncros  
su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra  
generaciones ilusas,  
del negro error defensoras  
contra la alma verdad pugnan,

Que como el sol en el cielo  
con fulgor más vivo alumbra  
de una deshecha borrasca  
tras la espantosa pavura:

Tal del torvo paganismo  
tras la impenetrable bruma,  
lució el sol del Evangelio  
con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro  
brillar en la eterna altura,  
los númenes del Erebo  
de nuevo a nefanda lucha

Se preparan, ostentando  
la temeraria bravura  
del que en el mortal combate  
su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota  
que en la lid primera injusta  
sufrió su rebelde brío  
contra la potencia suma:

En conciliábulo torpe  
la inmensa falange impura,  
a despecho de su audacia  
con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios  
vencer la pérfida astucia,  
y ya al hirviente coraje  
la sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota  
domina en la negra altura,  
ven los ángeles perversos  
de sus altares la tumba.

Como acorralada fiera  
que ve imposible la fuga,  
y a perros y cazadores  
se revuelve furibunda:

Así Luzbel maldecido,  
a quien su rencor abrumba,  
prepara el último alarde  
de su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto  
de sanguinolenta espuma,  
a la ardua lid se abalanza  
con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra  
el bátraco se conturba,  
y las maldecidas haces  
se desparraman confusas

Sobre la tierra: de Cristo  
los soldados fuertes luchan:  
corre a torrentes la sangre  
en montañas y llanuras;

-Pero Miriam los acorre  
desde el cielo en la ardua pugna,  
y esplendorosa y triunfante  
sale la fe con su ayuda!

- VII -

MARÍA fue la milagrosa fuente

entre espesos zarzales escondida,  
de cuya linfa pura y transparente  
brotó copioso el manantial de vida:  
creola para sí el Omnipotente,  
entre todas las otras elegida,  
y a completar su esencia soberana  
hízola madre de la fe cristiana.

La fe cristiana

- VIII -

«¡Haya luz!» dijo Dios.- Aún turba el viento  
con terrible rumor su voz divina,  
y ya luce en el vasto firmamento  
la primera alborada matutina:  
mil mundos con pausado movimiento  
marchan a do su amor los encamina,  
y en un instante el universo adulto  
rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes  
y a confundirse van al manso río,  
y el río con sus diáfanas corrientes  
se arroja en medio al piélagos bravío:  
surgen los montes, brotan los torrentes,  
y a la voz del Supremo poderío,  
de seres mil, millares de millares  
van a poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios! -Le tributan homenaje  
la encina secular en el altura,  
el zumbador insecto entre el follaje,  
el cristalino arroyo que murmura;  
en su tierno, dulcísimo lenguaje,  
le canta el ruiseñor en la espesura,  
en su gruta el león con su rugido,  
con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento  
cantando van a un tiempo en su alabanza;  
revela su hermosura el firmamento,

la tempestad su tórbida pujanza;  
su infinito saber el pensamiento,  
su bondad infinita la esperanza,  
el almo sol su brillo soberano,  
su vasta inmensidad el Océano!

Sólo el hombre infeliz erró el camino,  
ceguera incomprensible y lastimosa!  
el más perfecto ser que al mundo vino,  
de Dios la criatura más preciosa;  
el Soberano del Edén divino,  
aquel a quien su mano generosa  
dio un fulgente destello de su ciencia,  
ese sólo dudó de su existencia!

Dudó; -fue más allá:- negó el menguado  
que hubiera un Dios, en su febril locura!  
¡Negó al Señor, el Rey de lo creado;  
renegó del Criador la criatura!  
Él, miserable siervo del pecado,  
ardiendo en saña y en soberbia impura,  
¡no hay más Dios, exclamó en su desatino,  
ni más ley ni más freno que el destino!

¡El destino! -Dios ciego que un demente  
a su antojo formó, como él pequeño;  
monstruosa creación de insana mente,  
mentida sombra que abortó un ensueño:  
al bien como a los males impotente,  
mirando sin favor ni torvo ceño  
al vicio y la virtud, y así al verdugo  
como al que espira so el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera  
es do tiene la muerte su dominio;  
divinidad terrífica que impera  
sobre campos de sangre y exterminio,  
monstruo devorador, cuya hambre fiera  
no saciada en el lúgubre triclinio,  
le impele a devastar con ciego encono,  
y asienta entre cadáveres su trono.

Si a todo pone fin la cruda muerte,  
¿a qué el renombre que el mortal ansía?  
Si todo ha de parar en polvo inerte,  
¿a qué tanto anhelar, tanta agonía?  
¿Para qué la virtud del varón fuerte?

¿Para qué la inspirada poesía  
el numen de los cantos inmortales  
¿qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,  
abandonó las salas diamantinas,  
para cernerse acá con triste lloro  
sobre desolación, luto y ruínas?  
y el eterno laúd de cuerdas de oro,  
las armonías del Edén divinas,  
¿qué entonces fueran, sino duelo y llanto  
digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona  
al cerrar a la luz sus tristes ojos;  
de fúnebre ciprés mustia corona  
que anuncia de la muerte los despojos;  
viento que gime en solitaria zona  
entre zarzas estériles y abrojos,  
sin hallar una planta, un eco amigo  
que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,  
sin la luz de la antorcha soberana,  
sin el raudal de júbilo que encierra  
la fuente pura de la FE CRISTIANA?  
Muévenle sus pasiones cruda guerra,  
y si la débil fortaleza humana  
opone sólo a su tremendo embate,  
¿cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno  
con la savia del sol vivificante,  
gala y orgullo del pensil ameno,  
crece olorosa y bella y rozagante;  
transplantada después a suelo ajeno  
pierde su esplendidez, su olor fragante,  
y a darle nueva vida, extraño fuego  
nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal a la flaqueza  
del propio corazón abandonado,  
camina de este mundo en la aspereza  
de negras sombras y de horror cercado:  
víctima del temor y la tristeza,  
con la ominosa carga del pecado  
pesando siempre en los cansados hombros,

se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fe vacilante, su amor frío,  
su caridad mezquina y limitada,  
su pensamiento el caos o el vacío,  
tinieblas el fulgor de su mirada:  
su ardimiento temor, flaqueza el brío,  
miseria su ambición, su ciencia nada!  
Júzgase un dios en su delirio insano,  
y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia  
crea, pasa veloz. -De cien naciones,  
¿dónde ahora la fama y prepotencia?  
¿qué fue de los temidos Faraones?  
¿qué del griego poder, la clara ciencia?  
Imperios y ciudades, religiones,  
y leyes y costumbres ¿dónde fueron?  
¡Ay! en polvo fugaz se convirtieron!

Del Éufrates undoso en la ribera,  
acaso busca el docto peregrino  
dónde fue la Metrópoli altanera  
del vasto imperio del famoso Nino:  
restos, cenizas fúnebres do quiera  
embarazan el lúgubre camino,  
y el eco de su voz sólo retumba  
so el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura  
en las tinieblas de la noche humana;  
el mundo era una vasta sepultura  
do reinaba la muerte soberana:  
cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura  
do la santa verdad copiosa mana,  
del Sinaí celestial bajaste al suelo  
a darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error. -Hombres oscuros  
se lanzan a la lid con faz serena:  
«¡Morir para vencer!» gritan seguros,  
y en sangre bañan la ominosa arena:  
ya tiemblan los satélites impuros  
al ver el entusiasmo que enajena  
a las sagradas víctimas, y el fiero  
dejan caer, ensangrentado acero.

Y no sólo los fuertes campeones  
arrostran el poder de los tiranos;  
las vírgenes de tiernos corazones,  
las esposas, los débiles ancianos,  
inermes al furor de los sayones  
se entregan, y a los tigres africanos;  
y la madre tal vez en santa ofrenda  
presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz: -Llegó a su complemento  
la humanidad maldita y degradada;  
la tierra, el mar, los ámbitos del viento  
repitieron la nueva deseada:  
y del báratro al fondo turbulento  
la falange de espíritus malvada,  
huyendo se lanzó del numen fuerte,  
único triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,  
omnipotente fe, siempre triunfante!  
del alma fortaleza diamantina,  
que miedo infunde al infernal gigante;  
fuente de amor serena y cristalina  
que ofrece grata sombra al caminante,  
y con sus puras ondas le convida  
en medio del desierto de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano  
al náufrago infeliz en noche oscura,  
cuando rugiendo airado el Océano  
y llena el alma de mortal pavor,  
en vano esfuerza la cansada mano  
a luchar con su indómita bravura,  
y al ver la luz en la ribera ansiada  
cobra vigor y con aliento nada:

Sublime fe, del hombre compañera,  
a sus trémulos pasos docto guía;  
única luz de claridad sincera,  
única inspiración que no extravía:  
único amigo cuya voz severa  
nos consuela y ampara en la agonía,  
mostrándonos risueño en lontananza  
el puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella desprendida  
del foco inmenso de la eterna lumbre!

¡Salve, perenne manantial de vida  
que brotaste del Gólgota en la cumbre!  
Tú eres el ígneo rayo que intimida,  
el iris de la paz y mansedumbre,  
de todo bien generador fecundo,  
ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

